CONTAR LA PLATA

Maximiliano Álvarez

CONTAR
LA
PLATA

SÉVERLED

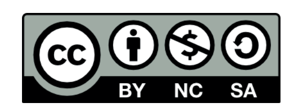
Álvarez, Aldo Maximiliano
Contar la plata / Aldo Maximiliano Álvarez. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Séverled, 2017.

146 p. ; 21 x 14,5 cm.

ISBN 978-987-46440-3-9
1. Literatura Uruguaya. I. Título.

CDD U863

Séverled Ediciones
Edición: Ed. Hernán Rozenkrantz
Diseño de tapa: Pampa & Charrúa DG



Independencia 551 6 º - (B1702DUK) Ciudadela, partido de Tres de Febrero, provincia de Buenos Aires.

Email: editor@severled.com

Tirada: 100 ejemplares.

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

A mi familia, por
apoyarme en las malas y
en las peores.



Advertencia

Todos los hechos, personajes, situaciones, éxitos, fracasos, alegrías y desgracias que suceden en esta obra son pura y exclusivamente fruto de la imaginación del autor.

¡Avisadito estás!
Iris Lima

Parte 1

Abril de 2004

PROPUESTA

¡Al fin! —grité al colgar. Recibí la propuesta un lunes 28 de abril. Había pasado un fin de semana agitado, en especial porque había cumplido años y en mis cumpleaños siempre me descontrolo. Los nervios por querer ser un buen anfitrión hacen que chupe desenfrenadamente y asesine millones de neuronas en una noche. Igual debo decir que no son solo los nervios los que me incitan a esa conducta alcohólica. Me gusta ese otro yo que suelta frases osadas y muchas veces incoherentes; el que no deja de entrelazar ideas y conversa de todo durante horas; el que se anima a discutir para entrar gratis a un lugar fingiendo ser una importante celebridad del *underground*; el que se encara a las minas sin tapujos y que les dice lo que pretende hacer con ellas. Ese yo nunca va a la segura. Tira muchas balas porque recuerda un poco de probabilidad matemática del bachillerato.

Ese lunes 28 de abril me llamaron para una entrevista de trabajo. El teléfono sonó a media mañana y yo estaba con una resaca histórica ya que mi cumpleaños había caído un domingo, y siendo un pendejo de veintiún años recién cumplidos sin responsabilidades, lo festejé igual. Había hecho el famoso clericó que empieza con vino, fruta picada, jugo, y finaliza con agregados de caña, vodka y todo lo que se traiga. Un auténtico «ojo de gallo». Fueron todos mis amigos y se quedaron hasta cualquier hora así que yo no era el único ocioso en esos tiempos.

Atendí el teléfono, hablé con una mina de voz sensual bien de Línea Erótica 0900 y concertamos la entrevista para el día siguiente a la una de la tarde en la empresa. Solo tenía la dirección. No sabía de qué iba el asunto, pero como hacía un año y

medio que estaba buscando trabajo y nunca me habían llamado, para mí fue como una victoria anticipada. Como quien dice firmé el empate antes de empezar el partido. En esos días salíamos de una violenta crisis y tener una entrevista de trabajo no era algo habitual, menos con nula experiencia laboral o experiencia no comprobable e inútil para el puesto como haber pintado el techo de casa con mi viejo.

Al día siguiente estaba en la empresa ubicada en la calle Defensa, a unas quince cuadras de mi casa. El lugar abarcaba una cuadra de largo y poco más de media manzana de área. Sobre una de las entradas había un cartel enorme que decía PROVAL. Había dos maneras de ingresar: la entrada grande que era en realidad un garaje por donde entraban los camiones blindados y todo el personal, y la entrada principal con puertas de vidrio, por donde entraban los potenciales clientes y los trabajadores echados o los renunciantes que iban a retirar su cheque de liquidación o despido. O sea, si no pasaba algo raro, por ahí uno entraba dos veces: a la entrevista y a buscar el último cheque. Me di cuenta de que había pasado mil veces por ahí en el ómnibus y no me había percatado de semejante lugar. Como no tenía idea de lo que me deparaba me vestí de la forma más formal que pude: camisa negra, pantalón de vestir, zapatos y un sobretodo de paño que me quedaba grande. Al llegar me encontré con la mina que me llamó. Era una gran rubia fornida de unos treinta años. Parecía rubia natural, (supe luego que lo era) tenía unos ojos azules saltones y labios bien carnosos como para que una bandada de fans del sexo oral se vuelvan locos, dementes. Rodeada de un halo de vicio, la imaginaba con facilidad en un antro a las siete de la mañana dura como un mármol, o borracha dando lengüetazos a una mesa porque se le cayó la bebida y no le quedaba un mango, o teniendo sexo telefónico mientras se fuma un pucho y deja el filtro manchado

de lápiz labial: una especie de Cicciolina versión murga y mate. ¡*Um mulherão*[1]!

Charlamos un rato. Me contó lo que tenía que hacer, de qué constaba la jornada laboral, cuánto me iban a pagar, y me dijo que si quería podía empezar en ese momento. Yo le dije que no podía empezar porque tenía otro compromiso (mentira), pero que aceptaba la propuesta y podía empezar al día siguiente. El pago era una porquería pero para un pendejo como yo alcanzaba. Durante los primeros tres meses me pagaban veinte pesos la hora y a partir del cuarto mes veintiocho pesos.

CINCO PESOS LA DE CHINA

En casa se pusieron contentos. Al principio no les gustaba la idea de que dedicara tiempo de estudio para trabajar pero la realidad era que mi padre hacía un gran esfuerzo para traer dinero a casa, y mi madre para administrarlo a un nivel militar, así que experimentaban un culpable alivio porque iba a entrar dinero fresco a la casa. A mi hermano Jonathan le chupaba un huevo toda la situación.

Mi padre siempre fue aventurero. Es un emprendedor que fracasó, tuvo un ligero éxito, volvió a fracasar, y finalmente se quedó en un empleo de tiempo completo. El viejo, mi viejo, tuvo un pequeño taller de corte y confección por años, y durante esos años, entre el ´96 y el ´99 estuvimos bien de bien. Trabajaba dieciséis horas por día pero hacía tremenda plata y cada seis meses delegaba todo en su socio y se tomaba una licencia para evitar el *burnout*[2]. En dos años hicimos cuatro viajes: Miami, Florianópolis, Isla Margarita y Cataratas cuando empezó

1 Mujer voluptuosa.

2 Síndrome generado por exceso de trabajo y situaciones de estrés. Puede provocar fatiga crónica e ineficacia en el trabajo. En ciertos países se lo considera una enfermedad mental.

el declive. Después apareció la ropa importada de China y lo arruinó. Las prendas que sacaba a cincuenta pesos, los chinos las sacaban a cinco. No había chance. Cuando batallaba por no cerrar, su socio, amigo de toda la vida, vació la cuenta de la empresa y se fue del país. Entonces mi viejo sacó un préstamo para pagar los gastos de tramitar la quiebra y, con lo que le sobró, compró unos cartones de cigarros 51, Galaxy y otras marcas de «excelente calidad» y empezó a vender en las ferias que quedaban más lejos de casa porque le daba vergüenza que lo vieran los vecinos. Mientras tanto buscaba otro trabajo. Así estuvo durante un año hasta que un amigo suyo, esta vez un amigo de verdad, abrió un pequeño bar de minutas en plena Ciudad Vieja y le ofreció trabajar allí como mozo. Mi viejo aceptó y allí trabaja hasta hoy. Es feliz en ese trabajo porque entre el sueldo base y las propinas gana bastante bien además de lo bueno que tiene trabajar con un fiel amigo. Solo a veces, su mirada se pierde y queda inmóvil durante unos minutos: la mirada de quien alguna vez lo tuvo todo.

Mi madre trabajó por quince años cortando el pelo a domicilio. Tenía una clientela estable, no muy abultada porque no le gustaba salir mucho de casa. Trabajaba lo justo y necesario. Cuando mi padre la empezó a hacer toda dejó de trabajar. Cuando se fue todo a la mierda y tenía que volver a trabajar ya era tarde: se había volcado al cuidado de los hijos y la maquinaria del sedentarismo estaba muy aceitada. Una vez que probó la libertad no hubo marcha atrás. Igual siguió haciendo alguna moneda porque, una vez que en la familia se fue corriendo la bola de la quiebra, con el tiempo las tías y tías abuelas empezaron a caer en casa para que mi vieja les cortara el pelo. Mi madre no les quería cobrar pero las tías le dejaban la plata en la mesita con el teléfono fijo al lado de la puerta.

HERENCIA

En ese momento yo estaba en medio de la típica transición de adolescente a casi adulto. Hacía unas semanas que había terminado con mi novia Viviana luego de una relación de cuatro años y me sentía mal. Tenía constantes ataques de celos, rabia, furia, luego tristeza, y finalmente llanto por lo que jamás volvería a suceder. Me encontraba en esa etapa en la que uno solo puede preguntarse dónde estará ella en ese momento y la imaginaba cogiendo con otros tipos rústica y salvajemente estilo misionero. La etapa enfermiza que muchos pasan por un tiempo breve. Los más pasionales y estúpidos llegan a matar en esa etapa. Yo más bien me sentía como Fred Neil hundido en la composición de «Everybody´s Talking» mientras se toma una raya de merca en el asiento trasero de un Falcon negro, y tristes personas que pasan y lo observan cuando, no muy lejos, una tormenta se avecina.

Viviana había estado en mi último cumpleaños, el día previo a que me llamara la rubia Superlabios para trabajar en PROVAL. Se suponía que habíamos terminado pero yo seguía llamándola y a veces iba a la casa solo para ver si estaba o no, y en caso de no estar, quemarme la cabeza. Yo tenía mis sospechas a partir del hecho que Viviana tuvo novios desde los catorce años de forma ininterrumpida. Desde su primer polvo siempre tuvo novios porque cuando el asunto iba en caída ya empezaba a buscar otro: me lo contó ella en algún momento íntimo, y juro que no es un arrebato de bronca difamatoria. Sus últimos tres hombres o chiquilines fueron Damián, apodado «El Tarado», mi amigo el Munúa y yo, quien entonces la acosaba para saber quién sería el heredero al trono. Todo indicaba que el sucesor era «El de la Moto» según mis futuros ex-cuñados que me mantenían informado porque me apreciaban mucho y no querían

que Viviana hiciera cambiazo.

Decía que Viviana había ido a mi último cumpleaños, una situación muy incómoda porque todo el mundo sabía que habíamos terminado. Todavía no sabía si había hombre sucesor aunque yo manejaba en secreto que «El de la Moto» lo era, pero con su presencia en mi casa, puse todas mis sospechas en duda y pensé que había ido para reconciliarse.

El cumpleaños fue de menos a más. Empezó con suaves conversaciones entre amigos y terminó en bailongo con temas de los Redondos y otros himnos del rock argentino, rematando luego con Chocolate, Mayonesa y otra porquería de pop latino que puso mi hermano cuando tomó el control del equipo. Mi hermano Johnatan es algo así como mi proyección en un universo paralelo de juerga constante y carencia de códigos en relaciones humanas. Nos queremos mucho pero somos desierto y océano.

Había bastante gente para ser domingo. Por un lado, estaban el Topo y el Munúa. Después estaba mi amiga Patricia, compañera de la facultad de Humanidades, Licenciatura en Ciencias de la Educación para ser más específico: una carrera que forma en todo lo que tiene que ver con la educación excepto dar clases. También había varios de la Banda de las Canicas: Conde, Pedro Araminda, el Charles, Jomi y Cantidades. Más tarde llegó el Japonés que se sumó al Topo y al Munúa.

Sobre las cinco de la mañana se fueron todos menos Viviana. Yo estaba medio en pedo y hacía un par de horas me había tomado una pastilla que me dio Conde para aguantar un poco más. Me acosté y Viviana se acostó junto a mí. Nos besamos, nos sacamos la ropa al toque y cogimos. Acabé en menos de un minuto. A ella no le dio ni para empezar, pero no pareció molestarle como lo hacía en los últimos meses porque la realidad es que ése fue su regalo de cumpleaños. El último polvo antes del final. La última noche con ella.

Cuando le conté a mi hermano que habíamos terminado, le faltaba saltar de la alegría porque la detestaba. Me decía todo el tiempo que la dejara pero yo no le daba bola. Pocas personas pueden decir algo con tanta frontalidad como un hermano. Si un amigo te dice que dejes a tu novia porque es una mierda, es muy probable que dejes al amigo antes que a ella. ¿Por qué? En la mayoría de los casos porque somos imbéciles y preferimos vivir infelices antes que reconocer un error. Otras veces es simple vagancia. Lleva mucho trabajo empezar todo de nuevo con alguien.

Mayo de 2004

LIBRILLOS Y ZAPATILLAS: EL PROCESO

Primer día de trabajo. Era de 13 a 19:30 con posibilidad (impuesta a prepo por varios empleados) de entrar 15:30 o 16hs e irte más tarde si querías hacer algún peso extra.

Yo ya había estado en el lugar durante la entrevista pero no había entrado sino que me quedé en la parte de administración. Este primer día «de verdad» entré por la entrada «garaje», recorrí unos pasillos de paredes hongueadas, abrí unas tres puertas, todas requerían autorización, es decir, te veían por la cámara y te abrían, hasta que al fin llegué. Era una gran oficina tipo bunker inserta en las profundidades de PROVAL. Muchas mesas blancas con mamparas de vidrio al frente y a los costados, muchas cámaras, y un ruido constante de máquinas, grapadoras, fricción de billetes y humanos. Las máquinas eran básicamente calculadoras y máquinas contadoras de billetes. Los humanos eran de todo tipo y tamaño. Yo temblaba de los nervios. Además estaba vestido formal y todo el mundo andaba de remera, jeans, sandalias, championes...

La primera impresión fue la de un ambiente bullicioso pero ameno, así que me tranquilicé y me dispuse a esperar la tarea que me asignaran. Todavía no sabía lo que tenía que hacer. La rubia Superlabios me había contado a grosso modo en qué consistía el trabajo pero ya lo había olvidado. La oficina estaba dividida en pequeñas secciones, una de ellas era la «microficina» de las encargadas. Allí estaba Superlabios, otra caderona llamada Aldana y Natalia Sanz, una mina con una cara horrible y cuerpo voluptuoso como ninguno: culo grande, tetas grandes,

nariz grande, todo grande. Con el tiempo me llamaría mucho la atención pero siempre con la leve impresión de que bajo esa ropa había algo decepcionante. Estaba bien así. No quería verla desnuda. Su cara no había sido favorecida por los dioses: parecía la caricatura de una bruja. Luego me iría acostumbrando a esa cara y, con el tiempo descubriría, tras esa fealdad, el vicio que veía en Superlabios. Excitante.

Me sentaron con Martina, una veterana de lentes y muy buena onda. Era la vocacional encargada de enseñarle a los nuevos. La primera parte del trabajo consistía en contar guita como un desquiciado. Sobre la mesa había montones de «zapatillas» de cien billetes de 20, 50, 100, 200, 500, lo que quisieras. Había que contarlo, separarlo en «librillos» de diez, luego ponerle una gomita y tirarlo a un costado. Durante el proceso teníamos que descartar los billetes feos y los falsos, obviamente. Notarán ustedes que cuando van al cajero a sacar plata, pocas veces salen billetes deteriorados. ¡Ahí tienen la explicación! Entonces al final tenías los «librillos» de un lado y los billetes viejos del otro. Allí ibas con Paula, la encargada de darte billetes nuevos y se lo cambiabas por los viejos. Fácil. Me gustaba. Siempre me gustó contar y hacer cuentas mentales. Me pareció poder adaptarme rápido. Es más, al empezar a contar la plata Martina me preguntó si no había trabajado antes en algo parecido. Cuando, con nueve años, empecé a estudiar inglés, la profesora le preguntó lo mismo a mi madre sobre el idioma. Claramente aprendo rápido.

En síntesis, esa era la primera parte de mi trabajo. Controlar y filtrar billetes que posteriormente irían a cajones y luego serían enviados a los cajeros automáticos de todo Montevideo y Canelones. En dos horas y media contamos un aproximado de un millón quinientos mil pesos.

BUSCABA LOS PELITOS

Los dólares los contaba uno que andaba bien para detectar falsos. El loco Pablo tenía todos los piques y era un obsesivo. Buscaba los pelitos que identificaban un buen billete de uno malo y además conocía cada error de tinta que indicaba la falsedad del billete. Era casi imposible contar rápido y encontrar esas fallas tan ínfimas, pero Pablo andaba bien. Los de dólar hay que mirarlos con lupa y Pablo no tenía lupa. Estaba enfermo nomás. Él era flaco con una cara parecida a la caricatura del bajista de Gorillaz, siempre iba vestido de negro y escuchaba música clásica. Se pasaba sumergido en la lectura durante sus ratos libres. A mí me caía bien porque leía, y me gustaba que no interactuara demasiado con el resto. Yo sabía que él no hablaba con la gente porque le parecía poco interesante. Simplemente estaba en otra sintonía. El loco superaba los treinta y en comparación con el promedio era de los experimentados. Era una AM que lidiaba con un montón de FM´s. No sabía ubicarse y cada tanto tiraba unos comentarios de corte sexual muy desubicados. Recuerdo una vez que estábamos nosotros dos y Fabiana, una mina con un antojo en la mejilla y unas tremendas tetas:

Pablo —...porque fijate que el diseño de los billetes conlleva un montón de intereses. El gobierno de turno tendría sus propios diseños. En el caso del Frente, un billete con Rodney Arismendi pegando un grito por ejemplo.

Yo —Me sorprende cómo los colorados no mandaron a imprimir un billete con Pacheco o Sanguinetti.

Fabiana —No es tan sencillo. Para salir en un billete hay que tener cara de billete. Por ejemplo, Hierro Lopez tiene terrible cara de billete. Los que dijeron ustedes son más cara de moneda. Bueno, no sé quién es Rodney Arismendi pero Pacheco no tiene cara de billete, tiene cara de moneda. Sanguinetti es muy

reciente como para estar en algo tan duradero.

Pablo —El billete que me gusta más es el de mil con la Juana, aunque la cambiaría por alguna figura femenina representativa del país que tuviera unos buenos pechos.

Mientras decía «buenos pechos», como para inspirarse, contempló los de Fabiana durante el medio segundo que le tomó decir la frase. Fabiana lo vio, se abrochó de manera improvisada el saco rosa que llevaba puesto y dijo «¡Qué desubicado que sos!». Sin embargo Pablo no tenía cara de arrepentimiento sino de indiferencia. Parecía suceder con frecuencia.

Sobre Pablo solo agregaré que un día se levantó de su lugar habitual y se dio un bruto golpe con los tubos de luz y la cámara. De inmediato disparó hacia fuera de la oficina todo colorado porque fue protagonista de un hecho que, para los presentes, fue una boludez, pero para él fue el papelón del siglo. Es lo peor que le puede pasar a un tipo de perfil bajo y arrebatos maníacos. Un loco lindo.

¡CONTÁ BIEN, DESGRACIADO!

Esos billetes iban luego en unos cajones dentro de unas bolsas. Esas bolsas se las llevaban los policías, portavalores (encargados de llevar la bolsa con los cajones de guita y controlar que llegue a su destino) y operadores de cajero en un blindado. Ese blindado hacía un recorrido de cuatro o cinco cajeros, se cambiaban los cajones con plata y volvía a eso de las seis. Tenían que cambiar los cajones de todos los cajeros antes de las seis porque sino el Banco Central multaba a la empresa con no sé cuántos cientos de dólares.

A partir de las seis comenzaba el balance de los cajeros, o sea, teníamos que controlar, ya de vuelta en la oficina, que la

plata que había depositado la gente se correspondía con lo que registraba el rollo de la auditoría del cajero. Lo más importante era procurar que la suma de la plata que había en los sobres y la suma del valor impreso por el cajero en los sobres fuese el mismo. Cuando no daba lo mismo había problemas. Si detectaba el problema genial, pero a veces no lo detectaba. A veces el problema era que había sumado mal la plata y tenía que contar todo de nuevo. Durante las primeras semanas mi problema fue ese. Al final había que registrar todo en una planilla y tenía que dar todo igual. Plata y sobres. Lo más incómodo era que antes de cerrar el balance del cajero, una de las encargadas controlaba que los números dieran cero, es decir, si habías hecho todo bien, y si alguien se equivocaba la encargada gritaba su nombre desde la microficina para que fuera a corregir el problema. Los primeros días mi nombre se escuchó algunas veces pero casi siempre era por algún número que no se entendía dado que el cuatro y el cinco los hago muy parecidos. Hay muchísimos más detalles como por ejemplo el asunto de los cheques pero sería muy aburrido entrar en esa. ¡Ups! ¡Ya entré!

OCHO SEGUNDOS

El primer día era puro nervios. Me sentía como los bebés: todo era un gran descubrimiento. Es una sensación parecida a la del primer día en un liceo nuevo en el que ya todos se conocen y vos caes cual bosta de caballo en una calle recién asfaltada. Aparte de lo nuevo hay otro sentimiento: el de inutilidad. Y en efecto lo sos al igual que todos en algún momento. El asunto es que se olvidan de aquello, entonces no te entienden, como si todos fuesen gatos y vos una lagartija de la Era Jurásica. Me ignoraban por completo y cuando preguntaba algo me respondían con una o dos palabras. Por supuesto que hay personas

con mayor empatía y que tienen memoria. Saben cómo fueron sus primeros días entonces intentan que los nuevos no sufran lo mismo. Algunos son así porque no tienen prejuicios, otros porque son buena gente, otros algo inocentes, otros indiferentes pero no contigo sino con toda la situación: como Pablo, que se pone de tu lado porque sos un trabajador más, entonces te da esos consejos del tipo «no te estreses, que con lo que vas a ganar acá no vale la pena». Por otro lado, tenés al resto, la gran mayoría, que entiende el derecho de piso como una especie de desafío o iniciación que uno debe superar para volverse un verdadero trabajador: un *working class hero*[1].

Ese primer día me senté junto a Martina y contamos la plata. Ella tenía el pelo enrulado, desaliñado, lentes de señora grande aunque parecía rondar los treinta, y un aire optimista, como si estuviera contenta con su trabajo. Charlamos alegres durante un par de horas mientras contábamos y luego paramos.

El descanso resultó ser eterno. Se juntaban todos a la salida de la oficina en el intermedio entre una puerta blindada y otra, y allí, unas veinte personas sentadas que formaban un óvalo, conversaban trivialidades, cuestiones como los partidos de fútbol del fin de semana; discotecas donde van las mejores minas y los mejores pibes; la mina que uno de los feos se levantó; mina que no le dio bola a otro de los feos, el novio que le regaló un adorno con forma de sofá y a ella no le gustó. Asuntos para mí carentes de un mínimo de interés. No es que yo sea especial, pero si no me interesa lo trivial no me interesa y punto. Aunque, como buen diplomático, nadie notó mi desinterés, además me mostraba interesado porque quería saber cómo era cada uno, a ver en quién podía confiar, con quién podía empezar a tener una amistad pero no profunda: esa amistad del trabajo medio efímera que en cuanto dejás de laburar ahí deja de existir.

En esa primera charla de descanso descubrí a Sebastián, un

1 Héroe de la clase trabajadora.

mujeriego empedernido con una esposa de personalidad fuerte que lo tenía vigilado, aunque él se las ingeniaba para andar a las cogidas por ahí a lo Parker Lewis en una versión porno de «Parker Lewis Can´t Lose». Se notaba que era de esos tipos que le iba bien con las minas porque demostraba el gusto por el sexo. Una fuente de testosterona. Uno de los personajes femeninos de «Las Invasiones Bárbaras» diría: `A las mujeres les gusta coger con Sebastián porque notan el deseo por las mujeres que él tiene, por eso es tan exitoso a pesar de su cuerpo flácido y gastado´. De ese tipo aprendí eso. No hay que hacerse el boludo. Si te gusta una mujer hacele entender que querés algo con ella, no vayas con la estrategia del amigo porque ella se va a poner el chip de amiga, y una vez que se lo puso, andá a sacárselo. De la otra manera, tarde o temprano «se la sacás». El Seba fue un antes y un después en mi forma de abordar mujeres, principalmente porque le iba bien como un tipo con pocos premios ganados en la repartija de virtudes genéticas. Un tipo al que le decían «enano» y con justicia. Tenía una cara aceptable y pelos de tonalidad rojiza en todo su cuerpo robusto. El tipo era de esos bien varoniles sin aire alguno de confusión sexual, aunque más adelante lo vería en una fiesta de fin de año, harto borracho, haciendo cosas muy confusas. Él quería dejar su semilla en todas partes y las mujeres colaboraban. Hasta se levantó a Natalia Sanz, una de las encargadas, toda una hazaña dada la alta dosis de moralina de Natalia en cuanto a cómo se deben hacer las tareas, cómo debe funcionar el mundo y cómo deben comportarse las personas. Una mujer con reglas bien claras que sucumbió a los encantos de macho alfa de Sebastián.

Después estaba Teo. Flaco, casi menor, de lentes, parecido a Riki Musso el que tocaba en el Cuarteto de Nos antes de que la banda se hiciera famosa de verdad con los Grammy y todo

eso... Teo era fanático de la música electrónica, los autos, lo gótico pero solo desde afuera, los juegos de rol y las películas relacionadas con esos juegos. También le gustaba el animé y se enfermaba con las lolitas asiáticas. Pegamos buena onda con Teo. Fue uno de los que tuvo más chance de convertirse en algo más que un compañero de trabajo. No sucedió porque un día salimos junto con otros compañeros y vimos lo pesado e insoportable que se ponía cuando tomaba cerveza. Además de hablar mucho sobre autos, algo intrascendente para mí, sacaba un tenebroso costado fascista. No llegaba a un grado «Hitler» pero en su peor momento podía alcanzar un «Rudolf Hess»: básicamente, todo lo que decía empezaba con «si tuviera un caño...».

Luego del descanso, que fue como de una hora, fuimos a hacer los balances y ahí me sentaron con Fabiana, la mujer más linda de la oficina. Tenía una cara perfecta y algo refinada, como se dice a veces, asquerosa, pero tenía un toque imperfecto excitante: un antojo en la mejilla izquierda. Para muchos un defecto. Para mí, algo que la sacaba de la categoría «muñecas intocables del estante», hermosa. Una mujer eliminada del campeonato de la perfección estética por un solo gol y allí estaba, solo para mí. Pero lo celestial estaba al bajar la vista: unos perfectos senos grandes y firmes. Era todo un desafío que no te agarrara junándoselas. Fue un placer trabajar esa tarde con ella. Más tarde, en mi casa, tuve el orgasmo más largo y profundo del año. Duró como ocho segundos.

O`HARA NUNCA DUERME

Fumaba porro como si estuviera en un eterno recital de El Congo y tomaba vino como el pichi instalado frente a mi casa desde que era chico. El problema no era la frecuencia sino la

calidad de lo que tomaba. Me tomaba los vinos más baratos que se podía adquirir. Ni siquiera se me ocurría pensar en lo que podía contener para que fuera tan barato. Solo pensaba disparates luego de tomar ese líquido viscoso color violeta que el dueño del almacén, el viejo O´Hara, llamaba vino. ¡Qué viejo chanta, que lo parió! Uno golpeaba la puerta y momentos después aparecía el ojo del viejo por la ventanita y ahí le pedía. Al rato volvía con el vino y le dabas la plata. Minutos más tarde volvía con el cambio. Siempre demoraba. Pocas veces vi el almacén abierto porque siempre iba en la noche, pero el viejo estaba despierto todo el tiempo o se despertaba al toque. Nunca tenía cara de sueño. Me enteré que murió asesinado en un asalto hace un par de años. Se resistió. Atrincherado detrás del mostrador con una vieja Lüger de su padre se tiroteó a muerte. Eran dos asaltantes y uno se fue al cielo... al cielo con O`Hara.

El chorro se escapa,
O´Hara sangrando le dispara,
Y el otro se fue al cielo,
Al cielo con O´Hara.

El porro lo conseguía con amigos que iban a lo de la Holanda: una vieja que armaba buenas «palancas[2]». Nunca iba solo. Me daba mucho miedo. Siempre eran lugares tenebrosos de gente atemorizante. No sé si gente mala pero sí demasiado marginal para mis costumbres de clase media. Estaban en otra historia, una vida muy diferente a la mía. Eso me apuñalaba de miedo. Basta con decir que en ese momento yo ya entendía que la policía estaba para ayudarme mientras que estos otros podrían vivir tranquilos en una ciudad anárquica sin la yuta[3]. Serían de esos que en un apocalipsis *zombie* sobreviven porque hacen lo que

2 Dosis.
3 Policía.

sea por vivir.

Con el tiempo aprendí que lo mejor era fumar solo porque se puede volar tranquilo sin que a uno lo bajen de una patada. Igual es muy difícil estar solo en la vida. Siempre aparece alguien para perturbar la hermosa soledad. Un teléfono que suena; un timbre que aturde. «¡La puta madre! ¡Qué nadie se puede quedar solo con sus pensamientos un ratito!» pensaba cuando alguno de estos sonidos me perturbaba. De todas formas, lograba tener muchos momentos de «vuelo» con un disco, una peli, porno *amateur*: cualquier expresión que excitara mis sentidos. A veces estaba re loco y medio en pedo y me ponía a hacer karaoke de temas de Babasónicos, colgadísimo porque creía tener el timbre de Dárgelos, ¡ja!

EL CABALLO LUJURIOSO

Decía que en ese momento estaba deprimido porque había terminado con mi novia Viviana. Nos conocimos a los diecisiete. Ella no fue mi primer amor pero fue mi primera experiencia sexual. Estuvo genial. Estaba tan excitado...aunque debo decir que fue en el segundo intento. El primero fue fallido porque estaba muy nervioso y no pude. Nunca se me paró. Ella hizo todo lo posible pero eran como las...no sé...había salido el sol y además había otra gente en el cuarto. Estábamos en una fiesta en una casa en medio del Paso de la Arena en las viviendas del 3 de Abril. Estaba con el Topo, el Munúa, el Gato y el Charles. Las minas eran Viviana, Maite y una porteña colorada recontra hippie con rastas y piojos incluidos. Se pasaba diciendo «boludo» ...típico. Viviana estaba con el Munúa desde hacía unas semanas y las otras dos estaban solari. En una la colorada se va con el Munúa a buscar vino (porque el Munúa tenía moto) y cuando volvieron estaban de la mano y a los chupones con

lengua. Al principio Viviana me dio algo de pena pero luego me di cuenta que le chupó un huevo la situación así que cuando en la radio empezó a sonar un tema de los Cadillacs (Padre Nuestro), la saqué a bailar y bailamos.

Me estás consumiendo...
Me estás malgastando...
Me estás desesperando...
Y me arrodillo por vos.

Al rato empezamos a chuponear y nos tiramos en el sofá. Ella estaba encima de mí, besándome con intensidad y frotándose con frenesí. Estábamos cogiendo con la ropa puesta. Yo la tenía medio parada y ella estaba excitada haciendo unos movimientos toro-mecánicos. Apretamos y nos tocamos hasta que no aguantamos y fuimos al cuarto. En el cuarto estaban todos: Maite durmiendo con el Topo que roncaba como loco; el Munúa medio dormido mientras la colorada se la mamaba bajo la sábana; y nosotros. Pero no pintó. El que pueda hacerlo por primera vez en un cuarto lleno de gente, abrazo medalla y beso. Yo no encaré. Ni siquiera con una buena mamada mientras miraba otra mamada.

La segunda vez sí. Estábamos en el Prado los mismos de la vez anterior. Era una noche cualquiera, difícil de recordar porque para los adolescentes todas las noches son viernes o sábado, así que supongamos que fue un martes. Teníamos la costumbre de ir a drogarnos, chupar vino y jugar al fútbol a ciegas, un deporte tan divertido como el fútbol visible. Nos pasamos toda la noche en la de siempre. Se empezó a ir todo el mundo y Viviana y yo nos quedamos. No recuerdo de dónde salió pero teníamos una especie de sábana que nos cubría a los dos. Era como una carpa pero 30% algodón y 70% poliéster y sin los fie-

rros que la sostienen. Parecíamos un fantasma con dos cabezas en medio de la cancha de fútbol detrás del Carlitos Prado. Ahí nos tocamos hasta que salió el sol. Lo hicimos un rato bajo esas sábanas pero no acabé. Ahora que lo pienso ésa fue la primera y no lo que pasó después pero como todo pasó el mismo día no importa. En medio de la actividad sexual recreativa vimos que empezaba a pasar gente y nos fuimos a la casa de su tía donde no había nadie y ahí sí pude liberar al caballo lujurioso. La penetré con todas las ganas y al final cuando ella, entre gemidos, me dijo «acabá afuera», la saqué y le acabé en los pechos y cara. A ella no pareció importarle, solo se limitaba a mirar su pecho y sonreír. Luego me pidió algo para limpiarse.

RECORRIDO DE HOSPITALES

A las dos semanas tenía claro mi trabajo y era obvio que el «período de prueba» de tres meses iba a ser un trámite. Contaba rápido la plata y no me equivocaba mucho con los balances. Se notaba que era mi primer trabajo y quería dar el máximo. Cada tarea era un desafío que tenía que vencer en el menor tiempo posible. Así me lo tomaba y me divertía. Con el tiempo fui entablando vínculos más fuertes con mis compañeros hasta que empezó a ser más divertido charlar y contar chistes que vencer los desafíos. Pero en las primeras semanas estaba muy copado con los desafíos. Quería estar haciendo algo todo el tiempo y no entendía la actitud poco proactiva de algunos compañeros. Meses más tarde lo captaría a la perfección.

El asunto es que Aldana, una de las caderonas encargadas, me vio trabajar bien así que, junto a Superlabios, decidieron enviarme «de recorrida». Esto era salir a recorrer uno de los circuitos de cajeros automáticos en un blindado con portavalores (ex-policías, policías retirados, soldados dados de baja) y escoltado por

un coche con policías activos. En cada cajero había que hacer unos ajustes de software y hardware, para luego cambiar los cajones con el dinero y retirar los sobres con los depósitos que más tarde abriríamos para hacer los balances. Empecé a salir con Teo, que era sobrino de Aldana, y hacíamos el recorrido de hospitales. Ahí llegábamos, vestidos como en la vida, con jeans algo gastados, *hering* de diversos colores y *All-Star* negros. A veces Teo se ponía una de esas remeras de humor gráfico, como la de Tocador de Damas en la que hay un muñequito de palitos recibiendo sexo oral de una muñequita de palitos. Yo tenía un cierto aspecto *grunge*[4] pero sin las camisas de leñador, solo lo desaliñado. Un par de años seguidos de drogas duras y estaba pronto para tocar en Green River o Mother Love Bone, o de última en alguna banda *under* local haciendo el clásico Tributo a Nirvana. El recorrido de hospitales y mutualistas era un garrón porque veías mucha gente enferma y anciana todo el tiempo. En pequeñas dosis no pasa nada pero cuando lo ves muy seguido te empieza a afectar la cabeza y decae el espíritu. En especial los ancianos. Me da mucha pena su fragilidad, la sensación de inutilidad donde alguna vez hubo utilidad, la pérdida del respeto por parte de la sociedad y la depresión por no ser joven. Eso lo puedo ver en sus ojos con mucha claridad y, si alguna vez me sucede, supongo que también tendré esa mirada nostálgica. Todo el clima hospitalario en sí me resulta deprimente, como de muerte inminente que anda por todos los rincones, tocando gente y huyendo con una bolsa de almas enfermas y fracasadas.

Así que, a partir de ese día, el día en que Aldana me vio trabajar a *full*[5], empecé a salir todos los días al recorrido de los hospitales. ¡Puaj!

---

4 Movimiento cultural y comercial de los ‘90.

5 Con intensidad.

PATRICIA

A las tres semanas de haber empezado a trabajar me encontré con Patricia, mi amiga y compañera de estudios en la Facultad de Humanidades. Ambos cursábamos segundo año de Ciencias de la Educación, una carrera que hasta el día de hoy tenemos que explicar en qué consiste. Lamentablemente no es tan prestigioso recibirse de Licenciado en esto como de abogado, médico, ingeniero, etc. Aunque me haya tomado una tonelada de vitaminas, cantidades industriales de café y algo de merca de vez en cuando para mantenerme despierto y estudiar, al final me recibiré y a la gente no le importará mucho porque no sabe de qué te recibiste en realidad. La ignorancia propia es una bendición pero la de los demás te perjudica.

Patricia tiene dos años menos que yo (*barely legal*[6] en ese momento) es morocha, tiene unas lindas pecas y un cuerpo recto. Es de extrema izquierda aunque no se note al charlar con ella. Es de esas comunistas respetuosas que no toca un punto polémico hasta que metés el dedo en la llaga con una pregunta del tipo: «¿Y qué querés que haga Bush si los terroristas lo tienen acorralado?» o «¿Cómo querés salir de una crisis como la del año pasado si no es pidiendo plata al Fondo Monetario Internacional?» o «¿Se vendrá una oleada de populistas como Chávez?» Siempre le rompo las pelotas con una pregunta de esas.

Una de esas tantas templadas mañanas otoñales con hojas secas por todas partes me la encontré:

—¿Cómo estás? —saluda.

—Hola. ¿Qué carajo te pusiste? —llevaba puesto un «buszo[7]» estilo boliviano, con una de esas combinaciones del altiplano tipo verde, fucsia, amarillo y rojo.

---

6 En la jerga XXX, "apenas mayor de edad".

7 Con Patricia escribimos «buszo» porque no estamos convencidos de que se escriba con s ni con z.

—Es la nueva «unimoda[8]» .

—Ah... felicitaciones supongo... ¿Te pasó algo, que no estabas viniendo?

—Estaba enferma. Parece que era un virus.

—Siempre es un virus.

—Sí...

—Ok. Che, tengo la última.

—Que sería...

—Empecé a trabajar.

—¡Bueno, bueno! ¡Mirá qué prolijo que saliste!

—¡Dejate de prolijo! Encarar la vida se llama. Necesitaba plata y con veinte pirulos me siento un pelotudo pidiéndoles plata a mis viejos.

—¿Qué decís? Es lo más normal del mundo. Hay gente que pide plata toda la vida. A los padres, parientes, luego a los amigos y al final a los hijos.

—No es lo mismo. Es probable que ellos no hayan tenido las mismas posibilidades que yo en la estructura de oportunidades.

—Bueno, ¿y qué onda ese trabajo? ¿Colaborás con la sociedad o es de esos trabajos irrelevantes en los que apenas sabés a quién ayudás a enriquecer?

—Un poco de cada uno. Cuento plata y hago grandes paquetes de cambio. Esa es la parte irrelevante porque no sé a dónde va esa plata. Luego recorro la ciudad con los cajones llenos de billetes para colocar en los cajeros automáticos en lugar de los vacíos, y me llevo también los depósitos. Al final hago un balance de los mismos. Esto último sería lo relevante. Ponele que ayudo a que el dinero de la gente llegue correctamente a sus bellas cuentas bancarias y además la gente puede retirar billetes nuevecitos del cajero. ¿Qué te parece?

—Parece interesante.

---

8 Expresión utilizada para justificar vestimentas fuera de lugar que a veces utilizamos para distanciarnos del ciudadano ordinario.

—Si, está copado.

—¿Y el ambiente de trabajo?

—Está bueno. No he tenido que pagar mucho derecho de piso. Hay tres encargadas que son agradables. Luego somos como treinta en los diferentes sectores de una oficina muy grande.

—Te filman, ¿no?

—Sí.

—Tené cuidado con eso. Mirá que si te descuidás te agarra el efecto Gran Hermano y terminás haciendo o diciendo cualquier disparate solo porque te olvidás que está la cámara. Al principio te jode y no dejás de estar pendiente de ella, luego te olvidás y empezás a rascarte los huevos para todo el mundo. Eso es lo que le pasó a Viviana Colmenero en el último Gran Hermano. Habló de que era puta y todo eso. Se olvidó de las cámaras.

—No vi Gran Hermano.

—¡Está buenísimo boludo! ¡La gente encerrada cambia de verdad!

—No quiero ser un radical pero la idea me parece una porquería decadente. Los del estudio les dicen todo lo que tienen que hacer. Vos lo podés mirar porque sos pendeja. Sos su público objetivo. Pero cuando leas «1984» de George Orwell y algo sobre el panóptico de Foucault olvidate, no lo mirás más.

—¡Ay perdón, señor maduro! Ya leí «1984» y «Vigilar y Castigar».

—Dale, si a vos te encanta el chusmerío.

—Si, ya sé. Prefiero ser chusma antes que público objetivo de algo.

—Todos somos público objetivo de algo.

Así siguió la charla hasta que entramos a clase de Educación y Sociedad II diez minutos tarde. Éramos densos.

Julio de 2004

LAS CÁMARAS

Al poco tiempo de trabajar en PROVAL me había olvidado de las cámaras que se encontraban en la parte superior de cada cubículo y en cada esquina, y en cada sección de la empresa, y en el comedor, y afuera de la oficina. Pero luego de la conversación con Patricia, las volví a tener en cuenta. Mientras contaba y depuraba billetes ya de forma mecánica y natural como respirar, pensaba si había hecho algo fuera de lugar, algo que, de aparecer en cámaras, implicara mi despido o la burla de las encargadas, pero lo único que se me ocurrió fue la rascada de huevos habitual. Eso debe ser moneda corriente para los que miran las cámaras. Claro, al tiempo me di cuenta de que no miraban las cámaras por cuestiones de vigilancia. Es decir, las filmaciones se miraban solo cuando faltaba guita, para ver si el error fue nuestro.

En otras ocasiones llegaban clientes de algún banco que habían hecho un depósito y se habían equivocado en digitar la cifra o que habían puesto la cantidad equivocada de dinero. Por ejemplo, un tipo ponía mil dólares pero luego digitaba 10.00. En esos casos, el funcionario que abría el sobre, tenía que desplegar todos los billetes sobre la mesa y acercar el sobre a la cámara para que se constatara el error. Los peores casos, que eran aquellos en los que iban los clientes a ver la filmación, era cuando el cliente creía haber depositado mil dólares pero en realidad había puesto novecientos. Esos casos eran bravos porque todo el mundo piensa que siempre hace todo bien y nunca se equivoca. Todo el que ha trabajado con público sabe eso. Por eso había que tener la filmación del funcionario al sacar los novecientos dólares para que el terco cliente confirmara su equivocación, la

cual nunca reconocía, por supuesto. Había que estar concentrado al contar la guita de los depósitos, porque si se te pasaba ese error, y al final te faltaban esos cien dólares la última opción era mirar la filmación completa de tu actuación con todos los sobres que abriste. Un garrón. A los que se comían un par de errores de esos los echaban, pero tenías que ser muy malo. Los pocos echados que vi eran casi retardados: se comían los billetes falsos y no sabían contar.

Al darme cuenta del uso que le daban a las filmaciones, todos mis pensamientos sobre el tema fueron reemplazados por un intenso deseo de obtener un video que circulaba en secreto por la empresa. Un video de Fabiana contando plata en verano. Una hora y media de su escote asesino mental. Tenía que averiguar quién lo tenía pero aún era muy nuevo como para ponerme a preguntar por un video erótico *amateur* porque, como en todo grupo humano, tiene que haber confianza para reconocerse pajero.

Agosto de 2004

PRE-NOSTALGIA

Veintitrés de agosto. Me preparaba para la noche de la nostalgia. No tenía un plan en particular pero estaba listo para cualquier sorpresa. Cuando llegué de trabajar me llamó Viviana. Habíamos terminado en marzo. Para mi cumpleaños, fue a regalarme una última noche de sexo y se fue. Me gustó, pero se notaba que me estaba haciendo un favor. Poco tiempo después de mi cumpleaños descubrí que hacía unos meses había conocido a un flaco adicto a la pasta base (El de la Moto) que la metió a fondo en eso y a fondo estaba cuando me llamó ese veintitrés de agosto para pedirme doscientos pesos. Le dije que sí, al rato apareció y charlamos un rato sobre el presente de nuestras familias y el nuestro. Mientras charlábamos, yo miraba por la ventana y veía al flaco en la moto. Ella me había dicho que era muy celoso, «de esos que matan» imaginé, así que le dije que tuviera cuidado.

La situación me dejó con un profundo dolor de estómago y un ligero temblor en las piernas. Meses atrás la vida nos tenía felices, buscando trabajo juntos y planificando el futuro, y ahora ella estaba consiguiendo plata para el nuevo novio drogadicto.

Al otro día fue la noche de la nostalgia.

No salí.

KEVIN COSTNER Y EL REY JUAN CARLOS NO PINTABAN

Eduardo tenía treinta años en ese momento. Hacía ocho que estaba en la empresa y parecía estar feliz. Era callado a un nivel autista, pelado, y se vestía como si estuviéramos en 1991: jeans

gastados, remeras gastadas (no agujereadas), *Topper* celestes gastados. Sería el único preparado estéticamente para una actuación sorpresa de Mudhoney.

Unas semanas atrás había empezado a charlar a fondo con Eduardo a través de Martín, otro pelado treintañero que trabajaba en la empresa hacía tiempo y estudiaba en la facultad de ciencias sociales. Era de esos que vienen del interior semi-bancados por los padres y tienen que conformar un ingreso digno con un trabajo cualquiera en la capital. Me caía muy bien Martín y con el tiempo formamos una tríada que charlaba de música, de las tetas de Fabiana, y que fumaba tabaco como gaucho borracho. Los tres allí entre el humo hubiésemos sido la publicidad ideal de cualquier tabacalera de no ser especímenes tan patéticos de la raza humana: pelados o canosos, bajitos y peludos o altos y con granos.

Una tarde, Eduardo y yo estábamos contando plata y armando un paquete de cambio entre los dos. A los dos meses, uno ya puede hacer dos tareas al mismo tiempo y con la misma precisión. El hemisferio izquierdo puede hacer que cuente a gran velocidad y depure billetes viejos al mismo tiempo, mientras el otro hemisferio me permite pensar en bandas de rock alternativo del *under* nacional.

De pronto, Eduardo puso cara de que acababa de recordar algo y dijo:

—Me acabo de acordar de algo que soñé.

—¿Qué soñaste?

—No es un gran sueño, solo recuerdo un momento. Yo tenía muchos años. Era un anciano. Estaba junto a otros ancianos en una casa de salud arruinada. Las paredes eran de un verde descascarado y dejaban ver la pintura anterior de un color celeste con muchas escrituras que parecían estar hechas con uñas afiladas.

—¡Qué «*creepy*[1]»!

—Lo más raro es que de fondo sonaba un tema de Creedence que no conocía ni ahí. No soy muy fan de los Creedence pero hay temas que conoce todo el mundo, esos que están en una especie de Greatest Hits que tienen. Ese que tienen casi todos nuestros padres en su colección de cd´s o vinilos.

—¡Es verdad! Mi madre tiene un cd.

—Sí, mi padre tiene todos los discos en vinilo.

—Sobre el lugar ese «de menos[2]» que soñaste, si fuera a ver a mi abuela de ochenta años a un lugar así no estaría tan mal. De última, las casas de salud se tienen que ver así: deterioradas como los propios ancianos. Y los Creedence como banda sonora del lugar le daría un toque especial. Cuando vivía en Belvedere tenía unos vecinos con una casa igual de hecha mierda. Allí vivía una vieja de unos setenta años con sus dos hijos solteros de unos cincuenta y cuarenta y cinco años respectivamente. El de cuarenta y cinco se parecía a Kevin Costner pero pelado y medio negro. El otro era igual al Rey Juan Carlos de España pero un pelín más joven. Hasta que fui adolescente no me di cuenta de lo raro que era todo allí. A veces se escuchaban gritos de los hijos que se emborrachaban y le reclamaban a la madre el acumulado de traumas, y ella lloraba y pedía perdón una y otra vez. Cada vez que tenía que ir a buscar la pelota entraba a la casa y las paredes eran amarillas con trozos de pintura descascarada en verde. El olor a viejo parecía salir de todas partes. Era olor a humedad y a anciano.

—¿De verdad tenías esos vecinos? ¿Y cómo te animaste a entrar a buscar la pelota?

—Cuando era chico no tenía miedo. Además eran buena gente. Tenían eso de los gritos de borrachera pero para mí era normal, yo que sé. Mis viejos también gritaban en mi casa así

1 Escalofriante, tenebroso.

2 Algo que no está bueno. Si estuviese bueno se diría "de más".

que estaba acostumbrado.

—Yo hubiese comprado otra pelota...

—¿Por qué sonaban los Creedence si no los escuchás?

—Ni idea. Cosas del cerebro. Lo que sí hice fue buscar ese tema porque lo recordaba bien. Me había gustado. Después de ese sueño conseguí varios discos de Creedence y la verdad que no están nada mal.

—¿Cómo es eso?

—Si te salís del compilado y escuchás los discos vas a ver que están buenos. Yo escuché «Bayou Country», «Green River» y el «Cosmo´s Factory»; el primer tema es el que ambientaba la casa de salud de mis sueños. Escuchalo que es un temazo. «Ramble Tamble» se llama.

—¿Sabés que conozco una banda grunge llamada Green River? ¿Habrán tomado el nombre por el disco ese de los Creedence?

—Sí, lo averigüé el otro día. Y además encontré otros datos. ¿Sabías que tocaron en Woodstock?

—No, ni idea. Vi el documental pero no los recuerdo.

—Es que no salen. No salen porque tocaron muy tarde y John Fogerty no quiso que el show saliera en la peli porque dijo que el show no había sido «decente». Parece que tocaron a las tres y media de la mañana, que para nosotros es como si fueran las seis, porque los Grateful Dead se pasaron de la hora estipulada y se quedaron «zapando» en el escenario, jaja.

—Mal ahí...

—Sí, estarían de ácido. Y los Creedence también. Tocaron tardísimo cuando ya no sabían con qué darse.

—Yo todavía no entiendo cómo tocaban de ácido. ¿Vos probaste alguna vez?

—No. ¿Vos?

—Sí.

—¿Y?

—No se puede tocar de ácido. O sea, podés tocar pero no a un nivel profesional. Podés hacer algo decoroso si ensayaste los temas unas mil veces, sino es imposible. ¡Alucinás!. ¡Escuchas conversaciones inexistentes! ¡Las caras se deforman! ¡Todo se mueve! —gesticulaba mucho mientras decía esto—. Está buenísimo pero no para tocar un instrumento. El único que quizás podés tocar es el bajo si los temas no tienen muchos arreglos. Si sos el frontman también podés enfrentarlo. Capaz que sonás como las niñas de las Brujas de Salem al grito de: «¡Demonio, demonio!» pero igual vas a pensar que sos bueno. Yo toco la batería hace cinco años y te digo que no me puedo dar con nada porque pierdo la coordinación de inmediato. Con el faso me pongo paranoico y me persigo mucho con lo que toco. Además, se enlentece mi *tempo*[3] interno. Con el alcohol, en la medida justa, motiva, pero si me paso un poco marché con los ritmos más complejos.

—Yo toco el bajo así que puedo probar si lo del ácido es cierto.

—¿Tocás el bajo?

—Sí.

—¿Tenés banda?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Jugadores Sensibles.

—Buen nombre. ¿Y qué hacen?

—Onda Pixies, Luna, Yo la Tengo.

—No conozco nada. ¿Tenés algo para pasarme?

—Mañana te traigo algo de los Pixies para empezar.

—Dale.

—Te traigo el «Surfer Rosa» y el «Dolittle». Con la banda hacemos un cover de los Pixies. El mes que viene tocamos en

3 Una manera de medir la velocidad de un ritmo.

Amarcord.

—Bueno, estoy ahí.

Llega la voluptuosa y cara de bruja Natalia Sanz:

—Miren los bohemios cómo se juntaron.

—¡Rock and roll baby! —le digo. Eduardo vuelve al autismo.

Septiembre de 2004

DOS PENDEJOS MOJADOS

Empezaba la primavera y yo volaba para contar plata y cerrar en cero[1]. No parecía difícil. Ahora podía contar y pensar en otros asuntos sin dificultad. En una de esas, pensé en aquel fin de semana en Punta del Diablo. Verano del 2002. Junto al Topo arrancamos un fin de semana porque tocaban Las Manos de Filippi y Todos tus Muertos sábado y domingo por la noche. Nosotros estábamos a full con el ska-punk, el reggae y otros géneros de poco acorde y letra contestataria, así que nos mandamos con toda la fuerza cósmica.

Llegamos el viernes de noche a eso de las once y fuimos al Bitácora a hacer puerta. Antes habíamos ido al pueblo a conseguir alguna bebida fuerte porque no teníamos donde quedarnos, entonces la estrategia de la noche era agarrarnos terrible pedo para poder tirarnos en cualquier lado sin problema. Conseguimos una caña barata, de esas del Chuy pero con algo de sobreprecio, nos adentramos en pleno monte para encontrar el lugar y quedarnos en la puerta viendo gente pasar y charlar con otras personas en el mismo plan. Esas quedadas afuera eran una buena alternativa porque se quedaba mucha gente haciendo puerta. Gente de todos colores y formas. Una verdadera reunión comunitaria de «gente como uno».

Luego de pasar la noche bordeando la inconsciencia con esa caña nos metimos en el monte a dormir. Nos adentramos en pleno monte agreste, sin linterna y nos quedamos en un claro al que llegamos guiados por el sonido del océano. Tiramos allí nuestros sobres de dormir y caímos desmayados del pedo. A las pocas horas nos despertó una lluvia intensa con unas gotas súper

1 La suma de lo que había en los depósitos debía coincidir con la suma que imprimía el cajero automático.

gordas que nos daban en la cara como pequeños kamikazes en estado líquido queriendo conquistar nuestros cuerpos destilantes. Nos levantamos como balazo y corrimos hacia el pueblo. Era un trecho bastante largo por lo que no quedó una sola parte seca de nuestro cuerpo. Nos quedamos sentados en el estar de un depósito de pescador artesanal *random*[2] mojados y sin confort. Son esos momentos en los que uno piensa: «Mataría por estar en mi casa ahora». Allí estuvimos todo el día porque resulta que ¡LLOVIÓ TODO EL DÍA! Comimos buñuelos de algas, fumamos como ocho porros, tomamos mate e intercambiamos pocas palabras. El Topo no es muy conversador. A la noche adquirimos otra caña demoledora y volvimos a Bitácora a ver Las Manos de Filippi. «Suspendido por mal tiempo», decía el cartel en la entrada. El cincuenta por ciento de la motivación del viaje se había esfumado por el clima de mierda, la lluvia podrida y los truenos cagados. Esa noche de sábado nos quedamos en la vuelta del boliche hasta el amanecer, acompañamos a la comunidad periférica del boliche y luego, dentro del mismo, bailamos e intentamos un levante veraniego. Hermosos cuerpos femeninos de temporal alma lasciva bailaban al son de un reggae que no suelen escuchar en la rutina de la ciudad. No hay nada como un levante veraniego. Me apreté a una psicóloga española que estaba más borracha que yo. Recuerdo algunos rasgos: ojos grandes y marrones, nariz pronunciada sin ser algo escandaloso y cara de pájaro. No llegamos más lejos porque estábamos muy en pedo. Ella se fue y al rato me di cuenta que la podía haber llevado a revolcarnos al monte. «Ta, ya fue». Caminamos monte abajo por las calles de tierra, arena y pedregullo. Algunos autos pasaban a nuestro lado levantando una tierra que endurecía nuestras narices llenas de arena y sal. Encontramos una playita algo alejada del pueblo y nos acostamos pulverizados del cansancio.

2 Uno al azar.

Domingo por la mañana. Habían pasado unas tres horas desde que nos tiramos a dormir. El sol reventaba nuestros rostros como patada de Genaro Gattuso. Nos despertamos, nos levantamos y nos fuimos de inmediato producto del calor insoportable de las diez de la mañana. Recorrimos el pueblo durante el día, fumamos mucho porro y permanecimos en un constante estado de ensoñación post locura.

Domingo de noche. Llegó el plato fuerte, único plato al fin: Todos tus Muertos. Banda que nos partía la cabeza aunque ya en ese momento Fidel Nadal había abandonado la banda para hacer su carrera solista, que no sería reconocida hasta «International Love», un tema de mierda que me hace cuestionar el rol verdadero de Fidel en los Muertos.

Llegamos al Bitácora arruinados por la bebida. Estábamos muy borrachos y teníamos pinta de punks, algo normal en un show de esas características, pero la gente no conocía mucho la banda por lo que estábamos algo desubicados con nuestras remeras gastadas y apretadas de la banda, bermuda de jean con símbolos grafiteados y chancletas.

Fue un gran recital. El Pablo «Dronkit Master» sacudía las rastas como desaforado. Yo tambaleaba del pedo que tenía pero me quedaron diversos recuerdos de ese show. Para muchos fue el show de una banda más pero para mí fue el segundo y último show que vi de mi banda insignia en ese momento. Luego la abandonaría para siempre, como a muchas otras que tan solo dejan de estar ahí, como que se las lleva la corriente congelada y salada del Océano Atlántico.

Octubre de 2004

SONIA WINS

Pasaron cinco meses y me consolidé en la empresa como un buen empleado. Es decir, no hubo destaques por un gran trabajo ni llamados de atención por alguna cagada. Lo del destaque no me importaba porque nadie parecía querer destacarse así que si no hay competencia no tiene gracia. Todos llegaban al mínimo aceptable y pocos intentaban superarse en el día a día. Era claro que había una ficha que todavía no me había caído.

Me seguía sorprendiendo la gente que tenía que mantener una familia con el mismo salario que, a mí, apenas me alcanzaba para el vino, cigarros, revistas *Rolling Stone*, algo de porro, fotocopias para estudiar, boletos y antibióticos para el acné. Uno de esos magos era Raúl. El tipo era una onda Tío Lucas pero con todas las costumbres uruguayas: mate, murga y fanatismo por un equipo grande del fútbol uruguayo.

Sonia también era uno de esos casos, a mí entender, el peor. Tenía cincuenta y seis años y laburaba ahí como cualquier pendejo que recién entraba como yo. Sonia era bien bajita, morocha, pelo honguito, lentes, cara de vida llena de obstáculos, voz de whisky y personalidad curiosa, es decir, medio chusma. A pesar de las complicaciones que su aspecto evidenciaba, tenía más vida que muchos pendejos, que en algunos casos parecían haber envejecido de forma prematura. Sonia siempre iba con la frente en alto, reía, pasaba un buen rato en el trabajo, sin estrés, un ejemplo de trabajador optimizado para no rendirse. El único problema de Sonia era que venía de la vieja escuela. Eso quiere decir que fue una de las me hizo pagar más derecho de piso y, durante varios meses, me sentí la rata nueva del sótano a la que ni siquiera le gusta el queso. En una semana determinada llegué

a odiarla con todo mi ser. Ella no tenía maldad pero intentaba enseñar como en el IAVA[1] en los ´50: con disciplina, palabras fuertes, reglas claras y cara de culo. Solo faltaban los golpes con algún objeto y era lo mismo.

De un día para el otro se convirtió en otra persona, o debería decir que se convirtió en esa persona que trataba de maravilla al resto de los compañeros. Se ve que me «recibí» de «resto de los compañeros» así que pase a tener otro trato. Fue algo radical y cuando sucedió, Sonia pasó a ser una de mis compañeras favoritas. Todo un caso.

1 Liceo público de Uruguay de gran reputación por su severidad y alto nivel de exigencia.

Noviembre de 2004

JUGADORES SENSIBLES

Escuché los discos de Pixies que me pasó Eduardo. No me gustaron mucho. Lo encontré muy ruidoso y sin sentido pero los temas que salían de esa norma sí me gustaron. «No. 13 Baby» me pareció alucinante. En especial ese final tan largo y colgado con un sonido despreocupado pero de una meticulosidad milimétrica. La forma en la que se van sumando las capas te va envolviendo como si fuese una telaraña pero sabiendo que no vas a morir. Escuché el tema como diez veces seguidas.

Era sábado, día en que se presentaban los Jugadores Sensibles en Amarcord. El nombre de la banda prometía mucho. Tocaban con otra banda llamada Vértebras, liderada por un tipo que parecía muy viejo con sus mechones de pelo largo y canoso, pero que en realidad tenía menos de treinta años y además contaba con una voz prodigiosa para el rock alternativo local. Más tarde ese «viejoven», junto con otros sujetos, abriría un boliche clave para el movimiento *under* en el que muchas bandas emergentes encontraron un trampolín al esbozo de estrellato que se puede alcanzar en Uruguay.

Fui con el Topo y el Munúa. Llegamos algo borrachos de vino en caja y nos fumamos un porro en la puerta. No veía a Eduardo por ninguna parte. Capaz que estaba al lado mío pero nunca me iba a dar cuenta porque cuando estoy entre multitudes no reconozco a las personas sino que ellas me reconocen. Esto se debe a mi falta de mirada periférica –igual que los caballos–. Como que siempre miro un agujero negro suspendido en el aire. Mientras le daba las últimas secas, me tocan el hombro: Eduardo.

—¿Qué hacés loco? ¿Preparado para el show? —le interrogo.

—Más o menos. No pudimos ensayar mucho así que veremos.

—Qué cagada. Debe ser difícil que coincidan los tiempos de cada uno para juntarse, ¿no?

—Si, pero no es eso. Es que el cantante y el guitarrista andan re-duros[1] y no aparecen. Cuando aparecen están hechos unos zombies. Pasan días sin dormir. Se van al boliche del Salsa, un tipo de la Aguada que tiene el boliche al final de la calle esa toda empedrada y en bajada cerca del Palacio a la vuelta del IPA. El Salsa cierra el boliche y se quedan ahí con putas y merca[2]. Una bacanal.

—¡Uy, que bajón! Para vos, digo...

Al Topo y al Munúa se le salían los ojos de envidia. Eduardo les había descrito el paraíso.

La charla siguió por un rato más. No me animé a decirle que no me habían gustado los Pixies. Ingresamos al boliche y nos preparamos para el show con unos buenos dos por uno de whisky nacional. Con el Topo y el Munúa formábamos un trío silencioso. Cuando nos animábamos con drogas fuertes hablábamos sin parar, pero en circunstancias normales no nos dirigíamos la palabra salvo para hablar de algún culo interesante o para discutir si fumarnos un porro o no. Éramos callados y estábamos bien así. Es un estado al que se llega con el tiempo. Un estado en el que el silencio no es incómodo sino familiar, conocido. Así éramos.

A eso de las dos arrancó Vértebras. Me dejó estupefacto el timbre de voz del cantante. Nunca había escuchado algo igual. Era como escuchar al cantante de Alice in Chains pero con la voz más limpia, no tan *whisky-soaked*[3] y chicharra. En el momento que escuchaba el estribillo que decía «Saboreando el néctar...» tuve la visión de que les iba a ir muy bien. Al final no llegaron

1 Drogados con cocaína.

2 Cocaína.

3 Término que refiere a esas voces con cierta ronquera. También se las describe como «cascadas». Muchas veces, los años y la ingesta de alcohol fuerte la generan.

muy lejos porque el grupo se disolvió quién sabe por qué: droga, conflicto de egos o una mina. Nunca sale de eso. El músico estándar es muy básico.

Cuando aparecieron los Jugadores Sensibles el ambiente estaba caliente. Circulaban más cervezas, la gente se tambaleaba un poco más y no dejaba de entrar y salir del baño para encajarse unos saques[4]. Otros fumaban porro y se preparaban para la banda con los sentidos agudizados y ojos que desprendían paranoia. Apareció la banda uno a uno. Primero entró Eduardo y empezó a tocar una figura de bajo centrada en *Mi*. Un arranque muy Joy Division se podría decir. Luego entró el violero y empezó a hacer lo mismo que el bajo pero potenciado con varios pedales activados al mismo tiempo. Después la batería siguió la melodía con algo sobrio, una melodía con bombo y redoblante haciendo medio compás en blanca y el otro en negra más un *hi-hat* cerrado en corchea: algo simple, intrascendente para el que busca virtuosismo pero fundamental para alimentar un clima musical progresivo. Finalmente apareció el cantante dando largos pasos, con una melena rubia demasiado brillante para ser natural, jean ajustadísimo, remera ajustadísima y una cara parecida a la de Jack White pero con el triple de vello facial. Luego de dar un paseo por el escenario en el que rodeaba a cada uno de los músicos, oliéndolos, sincronizándose con ellos, se paró sobre el borde y de pronto dio un gran salto. Al caer formó una V invertida con sus piernas y de inmediato la música cambió de tenor y, sin cambiar el tempo ni las notas, pasa a algo más intenso y potente, más distorsionado pero manteniendo la base anterior. Como más stoner y con más presencia del bombo, algo tipo ¡*Tutu pah tututu pah tututu pah tututu*! La gente se meneaba en ese clima que consiguieron. La banda tenía una gran actitud en escena, es decir, eran todos como Eduardo, parcos, secos, serios. Todos casi inmóviles, tocaban una música muy oscura y muy

4 Dosis de cocaína aspirada.

noise, stoner, post-punk, post-rock, yo que sé, no importa. Eran tal para cual. Todos medio pelados, salvo el cantante que tenía esa cabellera rubia, aunque yo sospechaba que era una peluca y él era otro pelado. Todos vestían jeans, remeras gastadas y *All-stars*. Mientras escribo estas líneas no dejo de comparar a Eduardo con el bajista de Mogwai. Una fotocopia. Gran banda los Jugadores Sensibles. Me dieron ganas de armar una banda así.

FACHOS

Luego de ver a los Jugadores Sensibles se me metió la cabeza la idea de estar en una banda. En ese momento no tenía grandes pretensiones. Solo quería estar en una banda. Así que durante los meses siguientes hablé con amigos que andaban en la música hasta que di con Esteban, ex compañero de liceo que buscaba gente para tocar en vivo su amplia lista de canciones. Yo tenía una batería desde los quince pero no la tocaba con mucha frecuencia. Hacía como un año y medio que no tocaba. Estaba guardada en casa de mi amigo Godsuki, con quien tuvimos por poco tiempo una banda llamada La Alcantarilla, conformada por Godsuki en bajo, el Topo en los teclados y yo en batería. Esporádicamente aparecían Bartolo o el Chino a hacer coros. Hacíamos *covers* de Todos tus Muertos, Molotov y algún tema nuestro entre los que se destacaba «Círculo Vicioso» que era el que tenía algo de estructura. Nuestro primer y único recital fue en un festival organizado por el cuadro de Baby Fútbol del barrio, festival del que fuimos expulsados después del segundo tema («Puto», de Molotov). El público estaba compuesto por madres y niños, por lo que los temas no fueron bien recibidos. A sus ojos éramos una banda de pendejos fachos. Los dirigentes del club nos querían linchar. Por suerte mi viejo se metió a dialogar con ellos y en lugar de lincharnos nos dieron una

hamburguesa –que nos comimos– y nos invitaron a retirarnos. Nos fuimos hacia el otro lado de una vía de tren que separaba la cancha de un complejo de viviendas. Jalamos[5] cemento toda la tarde y a la noche volvimos por las calles sin iluminación y rodeadas de cantegriles. Igual teníamos un aspecto tan reventado que probablemente quienes se acercaran cruzarían la calle para no enfrentarnos.

Las influencias de Esteban se concentraban en los acordes y melodías que hacía Oasis. Luego de entrar en el cómodo y compacto apartamento en el que vivía nos encerramos en su cuarto que también era cómodo y compacto. Todo estaba en su lugar o con un desorden muy medido, como si alguien pusiera todo en su lugar cada quince minutos. No imaginaba que allí pudiésemos colocar un equipo de guitarra, uno de bajo, una batería, un teclado con su soporte correspondiente y además, quienes tocaban esos instrumentos. Iba a ser un Tetris.

Charlamos largo y tendido con Esteban. Eran mis primeras experiencias con otros músicos por lo que todo era fascinante. ¡Hablar de música con alguien que escribía canciones y quería tocarlas en vivo! Era demasiado excitante para mí, y allí estaba, escuchando cada una de las canciones que componían su álbum de casi cien canciones. Me mostró las destacadas. Cada una de ellas estaba inspirada en una canción de Oasis. «Esta es mi Wonderwall» decía. «Esta es mi Champagne Supernova» decía después de tocar «Una copa mirando al cielo».

Esteban era muy ambicioso. Tenía unos planes magnánimos que incluían grabar un disco, salir de gira y conquistar el mundo. Él estaba seguro de que era un astro aún no descubierto y yo me lo creí por un tiempo. Me puse la camiseta de Esteban y le di para adelante. Yo solo quería tocar en una banda de rock. No me importaba más nada. Para mí ya era genial que tuviera su propio álbum de canciones. ¡Supremo! Yo tenía también mis

5 Inhalamos.

letras pero nunca se lo mostré: eran muy superficiales, casi todas escritas de un tirón luego de un viaje de ácido. Una noche en Piriápolis estaba escuchando una AM en la radio y en tres horas escribí catorce letras, todas inspiradas en lo que sonaba en ese instante. Las canciones de Esteban, aunque melódicamente fraudulentas, líricamente parecían salir del alma y reflejaban lo que le pasaba. Era capaz de explicarte cada línea de cada canción y no había escrita frase alguna solo porque rimaba, porque sonaba bien o porque estaba drogado y no se acordaba por qué la había escrito. Todo tenía una explicación: «Esta es sobre mis tíos que tuvieron un accidente mientras navegaban en kayak por el Amazonas»; «Esta es sobre los políticos de turno que viven de la gente»; «Acá quise decir que no hay escapatoria a la muerte...» y todo así.

Esteban tocaba la guitarra y cantaba, yo estaba en batería y faltaban un bajista y un tecladista. Reclutamos a un amigo de Esteban, Néstor, para tocar el bajo. Era flaquito, de lentes y con una barbita que lo hacía parecer de treinta cuando en realidad tenía veinticinco como Esteban. Tocaba bien y tenía un Fender rojo vivo recontra terraja[6].

Para el teclado conseguimos a Rodrigo, apodado Fito ya saben por qué. Era policía pero trabajaba en la parte administrativa. Es decir, no tenía formación policial pero tenía que decir que era policía y por lo tanto tenía sus mismos deberes.

Así empezamos a ensayar durante el verano. Nos juntábamos un par de veces por semana de noche, o los sábados o domingos de tarde. A veces tenía muy pocas ganas de ir porque era tarde o estaba cansado o era domingo y nunca me gustó salir los domingos, pero había que ir igual porque con el tiempo una banda se vuelve otro trabajo, solo que uno que se disfruta.

---

6 Conjunto de modismos y patrones estéticos considerados vulgares por las personas que no los tienen.

Diciembre de 2004

NUBE DE PEDOS

Fin de año de 2004. Había pasado más de un mes desde la victoria del Frente Amplio en las elecciones de octubre. Por primera vez un partido distinto a blancos y colorados iba a tener la posibilidad de gobernar. Los cambios que anunciaba Tabaré Vázquez sonaban revolucionarios y por lo tanto, la gente estaba esperanzada, alegre: esperaba salir de la mediocridad del subdesarrollo. En la oficina todos parecían estar en una nube de pedos, sosteniendo que comenzaba el sueño progresista, todo el mundo en igualdad, los ricos despojados de sus bienes mal habidos en un pasado capitalista salvaje, los pobres saliendo del cante, ¡tierra para el que la trabaja!, la reforma agraria, el fenómeno arcoíris y animales sonrientes que cargan las piedritas para construir un nuevo mañana.

A todo lo anterior se sumaba el estar en diciembre, un mes de bajada de cambios y en el que todos están con la cabeza en las vacaciones. También es época de fiestas, regalos, espíritu navideño y todas esas boludeces que hacen feliz a la gente, incluso a mí.

El veinticuatro después de medianoche, o sea el veinticinco, me tomé un ácido con el Topo, mi hermano Jonhatan y sus compinches La Rata y el negro Masita. Caminábamos por Gonzalo Ramirez a la altura del Parque Rodó sintiendo solo nuestras cabezas mientras reíamos y tragábamos alcohol sin parar. Nuestros cuerpos parecían gigantes plataformas autómatas que sostenían nuestras cabezas con caras sonrientes.

Luego fuimos a la cancha de fútbol playa en Pocitos y jugamos un partido de drogados. Mi hermano se quedó sentado en el muro riendo sin parar. Llegó a ser molesto y le empezamos a

tirar todo lo que teníamos a mano para que se callara y dejara jugar. Se suponía que tenía que ser el juez pero él solo reía, miraba para el lado de la calle y no para donde estaba la acción. Pobrísima su actuación como *referee*[1].

Luego de la locura festiva de la Navidad, un terremoto en el Océano Índico derivó en un tsunami que mató a más de doscientas mil personas. Hasta la fecha es el más importante que se ha registrado. Justo cuando uno piensa que la naturaleza y el planeta simplemente se rendirán a la destrucción por parte del ser humano, aparecen estos fenómenos que parecieran funcionar como válvula de escape; así como las enfermedades sin cura, como el cáncer, el alzheimer, las gripes letales, diferentes síndromes, enfermedades de X, males de X y otros recursos que tiene el planeta para quitarnos de encima. ¡Pum para arriba!

1 Árbitro.

Parte 2

Enero de 2005

ESTALLÓ EL VERANO

Estalló el verano en la empresa y se notaba a pleno. Como había entrado en mayo, al no tener antigüedad no tenía licencia ese mes. Pero como había estallado el verano al menos me podía deleitar viendo los voluptuosos cuerpos que vagaban por la oficina. Ondulaban sus caderas y reían enamoradas de la empresa. La mejor por lejos era Fabiana con su precioso antojo y esas pornográficas tetas. En verano mostraba todo. Me gustan las mujeres que le dan más importancia a la comodidad que al pudor. Todos los días llevaba remeras blancas y ropa interior negra. Lo que más me ponía de punta era la marca del sutién ajustado en su espalda, que parecía estar dividida en dos, denotando que sostenía algo grande, pesado, mmm... soy un asco.

Pero era verano y todas parecían estar buenas: Superlabios con sus labios más sugerentes que nunca, bien rojos, junto con su cabellera rubia natural; Natalia Sanz con su tembloroso cuerpo bien marcado que no dejaba de caminar por toda la oficina mostrando su escote, con unas extrañas pecas que empecé a notar, y el culo siempre metido en jeans; la veterana Aldana que con sus tremendas caderas causaba su alboroto y, por encima de todas ellas, Tesa.

Tesa estaba desde que había entrado, pero nunca habíamos hablado. Era demasiado pendeja. Tenía dieciocho y era lo que llamamos con Patricia una bipolar de clase: por momentos cheta[1], por momentos terraja. Su cuerpo era recto y poco atractivo y tenía una cara que te hacía pensar más en su padre que en su madre. No tenía nada que llamara la atención más que un dejo

1 Conjunto de modismos que suelen tener las personas de la alta sociedad aunque no son exclusivos de las mismas.

virginal que me generaba pensamientos perversos. Lo de virginal no era por decir; era sabido porque un día el hijueputa del Seba le preguntó si era virgen y ella respondió que sí, dejándolo en un estado febril por el resto del fin de semana.

Era una especie de prima de Teo, por eso no podía hacerle muchos comentarios lascivos al respecto, por las dudas. En esas semanas habíamos estado hablando con Tesa durante la media hora y me empezaba a caer bien, aunque la sensación no era muy profunda. Solo me provocaba algunas fantasías de chuponear en el parque tipo adolescente. No mucho más.

Uno de esos días del verano en que la cabeza me hizo clic fue cuando me dijo: “te queda bien el pelo largo”.

Ahí me despertó algo. Cuando me dijo esto, me abordaron un montón de sentimientos y sensaciones confusas típicas del amor de verano. Lo más palpable: mis testículos que vibraron ligeramente. A partir de allí nuestra relación cambió y empezamos a hablar cada vez más. De todas formas, estaba muy lejos de que sucediera algo. Yo era un pendejo, pero ella... ¡era una nena!

¿POR QUÉ NO ME QUEDÉ PARA LA ORGÍA EN LA PISCINA? 1 - LA BANDA DE LAS CANICAS

Hasta el día de hoy lo lamento. Hasta el día de hoy el Topo me sigue preguntando lo mismo y yo siempre le respondo lo mismo: «porque tenía que laburar, boludo». Pero pasan los años y esa pequeña mala decisión se va volviendo cada vez más grave.

Aparte del famoso fin de semana de Todos tus Muertos y Las Manos de Filippi, tuvimos otro fin de semana de locura en aquellos lugares del hermoso Este. Cuando la gente no tapaba cada hueco de oxígeno; cuando no cubrían cada metro cuadrado

con hedor etílico y cuando no iban los manipulados por el lugar de moda, yo iba.

El asunto es que ese enero de 2005, el enero de Tesa, volví a ir a Punta del Diablo. Esta vez íbamos a encontrarnos con personajes del barrio que conocía hace años y que nos ofrecieron un lugar en un rancho para cuatro en el que se quedaban ocho. Por supuesto que dijimos que sí. Antes nos íbamos a quedar un par de noches con el hermano del Topo y su novia. Esos días fueron una mierda porque hubo que ajustarse a la rutina de viejos amilanados en una eterna jaulita con una ruedita para girar. Nada para destacar durante esos días. Solo que el Topo y la novia del hermano tenían una química especial. Ese vínculo extraño entre dos personas que se pelean pero que uno sabe que en el fondo no se odian y que podrían caerse bien, o quererse mucho o amarse.

Nos fuimos un jueves porque yo había conseguido algunos días y tenía que volver el lunes de mañana sí o sí. Luego de dos noches con el hermano del Topo fuimos al encuentro de nuestros amigos de la Barra de las Canicas. Se hacían llamar así porque cuando eran todos guachos jugaban a la bolita y un día apareció un australiano que les dijo en español horrendo: «Así que les gusta jugar a las canicas». La gracia que les causó llevó al nombre de la banda. Y allí nos recibieron en ese rancho diminuto. Por ahí estaba Cantidades, un tipo caracterizado por consumir grandes cantidades de todo; Jomi, pelado de ojos claros y muy abiertos. Parecía estar siempre duro pero con esos ojos tan claros y tan abiertos era difícil notarlo. Luego estaba Charles, un humorista, caricaturesco, futuro guarda de ómnibus; Pedro Araminda, callado, introvertido, reservado, insensible y con una voz horrible; Conde, un demente fanático de Liquid Tension y la merca, con un corazón enorme, amigo de sus amigos y camarada de la noche de cualquiera;

Hans Martinez, el gracioso del grupo, aunque para mí era un retardado (me inclinaba por el humor de Charles) y fanático de Nacional; Ianara, cara de bruja, estética *post-punk* y ropa holgada que ocultaba un delicado cuerpo según Charles y Conde, y la Amarga, que no sabe que le dicen así. Parece que el apodo se lo puso Cantidades luego de una noche de sexo bruto en la que el asqueroso volcó su horrible semen en esa delicada boca y ella puso cara de quien toma el primer mate mientras contenía el fluido para no ensuciar (supongo). Apenas vi a La Amarga no logré entender cómo Cantidades tuvo algo con ella. Cantidades era medio gordo, cara bien redonda con un corte de pelo tipo Islander, como un casquito pero un poco más largo, fanático de los Redondos, Sumo y Peñarol, se drogaba con lo primero que tenía delante y era altamente misógino. Tenía aspecto de músico tropical o contratista de fútbol. La Amarga, o Noelia, era flaca, delicada, tenía pensamientos coherentes, escuchaba buena música; buena mina. Yo que sé, capaz que era todo mentira. Por un lado, no podía creer que Noelia, con esa delicadeza, ese hermoso pelo oscuro, esos jeans que marcaban una buena figura, sus ideas tan definidas con respecto al rol de los géneros, haya tenido apasionadas noches de sexo con Cantidades. Por otro lado, siempre me excitó ver una mujer inocente y vulnerable con un hombre bruto. Esa incoherencia lógica me disparaba la libido. Y aunque no podía creer que estuviera con ese tipo, en secreto fantaseaba con sus polvos y me torcía el coco. Esa onda «La Bella y la Bestia» debería ser todo un género xxx al mismo nivel que el gangbang[2] interracial.

Sábado de noche. Llegamos al rancho y encontramos una situación de hacinamiento radical. Mil sobres de dormir ocupaban cada metro cuadrado del pequeño rancho de unos tres metros y medio de diámetro con un piso superior en el que solo había una cama de dos plazas rodeada de redes de pescar. Allí dor-

2 En la jerga xxx, sexo entre una mujer y muchos hombres al mismo tiempo.

mían Cantidades y Noelia. Es que Cantidades era el líder del grupo por su carisma y porque era el que estaba mejor de guita en ese momento y había puesto un mayor porcentaje de la plata del alquiler. Eso le dio derecho a la privacidad del piso superior.

Después de hacer algunos movimientos tal cual puzzle, dejamos nuestras porquerías y nos preparamos para arrancar a la colina de los boliches. Pedro Araminda se había chupado una batida de frutilla entera y hablaba como loco: el clásico loco tímido que en pedo deja salir temporalmente algunos de esos millones de pensamientos que esperan tan remota posibilidad. Su voz denotaba el poco uso de sus cuerdas vocales. Como que había un roce constante en cada palabra aparte de las patinadas alcohólicas. Una de las voces más horribles que he escuchado en mi vida. Era tan horrible que yo pensaba que lo mejor que podía hacer para levantarse una mina era hacerse el mudo y andar con una libretita y una lapicera para todos lados. En la libreta podía dibujar corazoncitos atravesados por una flecha. Charles estaba exultante al igual que el resto de la banda porque al fin había llegado el porro. La hermana de Charles se lo mandó por encomienda escondido en una radio vieja hecha pedazos. Metió la bolsa donde irían las pilas y a nadie se le ocurrió mirar allí.

Noche con trillones de estrellas en Punta del Diablo. Estábamos fuera del rancho sentados en círculo mientras tomábamos batidas del Chuy y pitábamos faso en un estado casi congelante. Deseaba que ese momento nunca se terminara, nos mirábamos unos a los otros y nos decíamos frases aleatorias: «las catástrofes empiezan en lugares como este», «las miradas de los parroquianos son entreveradas. Detectás sentimientos ancestrales. Podés hacer una regresión a través de sus ojos». «El otro día me echaron de un almacén porque focalicé la mirada en una fiambrera», «si en otros países se entregaran boletos como los entrego yo, subiría la tasa de suicidios», «En diez años este lugar va a ser

una mierda, corrompido por gente poco interesante que verá tan solo una esperanza de novedad. No se encariñen con esto».

La última que habló fue Ianara. A ella le gustó el Topo de una. De inmediato noté que era de esas mujeres atormentadas por la sumisión y que luchan por tener una personalidad desequilibrante, auténtica, especial, pero que cuando se encuentran con un alma perturbada desde su génesis como la del Topo, no pueden más que sucumbir ante él. Esto lo puedo describir con lujo de detalles porque lo he vivido un par de veces con otras minas en apariencia atormentadas que veían en el Topo algo así como una figura protectora recia y rústica. En definitiva, el Topo se agarraba minas raras que por lo general estaban buenas y se vestían de negro. Ese era el patrón habitual. Así era Ianara, con la excepción de que no usaba tanto negro sino que alternaba con alguna tonalidad verde.

Yo estaba loco por la Amarga; ese apodo me ponía a mil. Quería hacerle de todo, pero Cantidades me lo impedía moralmente. Nunca le podría hacer eso a un pseudoamigo así que solo me limité a fantasear. Seguía drogado y enroscado con la idea de Pedro Araminda mudo levantándose a una mina. A mi lado estaba Charles:

—Charles, imaginate que sos mudo y te querés levantar una mina. Tenés una libretita con una lapicerita y ahí vas escribiendo todo lo que querés decirle. A la mina le gustaste porque sos audaz y gracioso y escribís frases copadas en la libreta. Llega el momento de ir más allá y querés invitarla a coger pero no podés escribirlo porque no es lo suficientemente potente como para que te diga que si: tenés que dibujarlo. ¿Qué dibujas?

—¡Pará! ¿Por qué no puedo escribir?

—Por lo que te dije. Porque crees que no va a funcionar. Los dos sabemos que podría funcionar pero lo estamos viendo con el diario del lunes. Vos en ese momento crees que no va a

funcionar y listo. Tenés que dibujar algo.

—Fácil: Un culo y una pija que se va metiendo. Saco una flechita del culo que dice «vos» y una flechita de la pija que dice «yo».

—Nos quedamos dos segundos en silencio pensando en ese dibujito y luego estallamos en una carcajada compulsiva de esas que te hacen llorar.

—¡Aahhh, qué anormal! —le digo mientras me seco las lágrimas.

Una hora más tarde estábamos detonados y nos tiramos todos a dormir. El rancho estaba tan feo y había tan poco lugar para moverse que lo mejor era entrar, meterse en el sobre y dormir. Las comodidades que años más tarde resultaron obligatorias podían obviarse en momentos como ese en que no había baño y para moverte un metro tenías que pasar por encima de dos personas.

¿POR QUÉ NO ME QUEDE PARA LA ORGÍA EN LA PISCINA? (2) FLORENCIA BONILLA Y LA RUBIA DEL TOPO

La noche siguiente nos preparamos para salir a dar unas vueltas por el pueblo. Era domingo pero nadie lo mencionó. Con el Topo estábamos algo tristes porque queríamos quedarnos. Por supuesto que el Topo no demostraba tristeza: ese sentimiento fue producto de mi imaginación. El Topo tiene algunos momentos «Sensatez y Sentimientos» y muchos otros Capitán Frío en «Batman IV: la horrible». Podría ser el de los dibujitos pero yo no dejo de pensar en Schwarzenegger.

A eso de la una de la mañana salimos. Caminamos un rato

hasta que nos quedamos en medio del pueblo. A un lado, las construcciones; al otro, los barcos y el océano. Algo paradisíaco que no puedo describir con pasión porque es otoño mientras cuento estos hechos.

Pasaron dos horas y se acabaron las batidas ricas traídas de la frontera. Cantábamos temas inventados. Jomi hacía acordes tipo Pixies y nosotros le pedíamos que hiciera La, Mi, Re, clásicos. Pero como no podía evitar ser alternativo tocaba siempre acordes raros y notas disonantes así que hubo que inventar. Así fue como se crearon temas como «Van Flanaghan no puede votar», «La vanguardia está de luto» y «Rompéme» temas que meses más tarde tocaría en vivo la banda de Jomi, Conde y Ianara: Corro.

A las tres de la mañana nos metimos en un boliche para boludear con la música del momento y ver si alguno levantaba algo. Yo estaba con un pantalón Nike remangado y dos *hering*, una roja de manga larga y otra negra de manga corta por arriba. Las dos *hering* parecían formar una sola bicolor en la oscuridad. Era copado en ese momento.

Estábamos apoyados en la barra con el Topo y el resto de la Banda de las Canicas cuando súbitamente se acercan dos chicas y piden algo al barman. De inmediato vi que la situación era la más apropiada. El tren pasaba y había que subir:

—Hola. Estamos buscando nuevos términos para definir caras en la oscuridad porque la verdad que acá no se ve nada.

—Es cierto, no se ve nada.

—Bueno, con mi amigo hace un rato que venimos pensando en eso y en base al vocabulario rústico que armamos vos sos difusamente linda.

—Gracias. Yo a vos te veo difusamente pero porque ya me tomé una cerveza y algunos tragos —y suelta una risa infantil.

Esa que se animó a contestar con semejante honestidad era

Florencia Bonilla, una mina de pelo oscuro, metro y medio, todo pequeño menos sus ojos que eran muy redondos y verdes. Pegamos onda enseguida. Me contó que trabajaba para un laboratorio y que se dedicaba a investigar. Yo me empeñé en saber qué era exactamente lo que tenía que investigar, a lo que ella me respondió que no se sabe qué es lo que hay que investigar, que la idea es encontrar un nuevo saber. Era algo relacionado con la biología, las moléculas y el tiempo.

Como a las cuatro y media, después de una hora de charla, me fui sobre ella y la besé metiendo la lengua a fondo. Ella respondió y allí comenzamos a besarnos durante una hora y pico. Cuando estábamos muy calientes paramos un poco porque el próximo paso iba a ser sacarnos la ropa allí mismo.

Mientras tanto el Topo se animó con Branca, la rubia portuguesa que estaba con Florencia. No sé qué carajo le habrá dicho pero se la levantó. Así que allí estábamos, los recién llegados que a la segunda noche habían conseguido algo. La Banda de las Canicas festejaba nuestras conquistas como si fuesen suyas. Les gustaba tener miembros que se pudieran relacionar fácilmente con las mujeres. Como que les daba un sentimiento de que se podía, porque ellos sabían que no éramos unos galanes sino unos tipos de belleza ordinaria que solo tenían un par de palabras para iniciar una conversación con personas de otro género.

Charles y Conde se salían de la vaina. Querían saber todo lo que estaba haciendo para levantarme a la mina. Todos los detalles. Yo no podía contarles demasiado porque estaba entretenido con Florencia. Les dije que no me estaban ayudando así que se alejaron con disimulo.

Se hicieron las siete de la mañana del lunes y el Topo y yo teníamos que volver a Montevideo a nuestros respectivos trabajos. Yo entraba ese mismo día a la una de la tarde.

En algún momento de esa madrugada me desvanecí y volví a reaccionar en el bus rumbo a Montevideo a la altura del Cerro Pan de Azúcar. Desperté con una erección gigante, esa que se alcanza unos segundos antes de acabar. Se había montado un circo cerca de mi pelvis. Hice lo mismo que hacen las personas que tropiezan aparatosamente en la calle y miré a ver si alguien había visto lo sucedido y, como no podía ser de otra manera, a mi izquierda dos pendejas me miraban riendo entre ellas. ¡Qué putitas!

Al hacer un poco de memoria tenía dos fotografías mentales que son casi lo único que recuerdo hasta ahora: una es con La Banda de las Canicas acompañándonos en la espera del ómnibus mientras con el Topo nos apretábamos a Florencia y Branca. Otra es una foto mía en el piso embarrado con un perro comiendo pan sobre mi y el Topo riendo como un hijo de puta, probablemente el culpable de que ese pan estuviese en mi pecho. Luego de recordar esta imagen miré mi remera y tenía huellas de perro pequeño en barro.

El ómnibus llegó al mediodía a Tres Cruces. Bajamos y nos compramos una cerveza. Seguíamos medio en pedo porque hacía solo cuatro horas que habíamos dejado de chupar. Pero hacía mucho calor y nosotros queríamos seguirla. Nos terminamos la cerveza y nos despedimos. Yo fui diez minutos a mi casa a saludar, lavarme la cara y salir de inmediato rumbo al trabajo.

Llegué a las 13:30 y el ambiente era el mismo de siempre solo que yo estaba medio borracho y notaba todo raro. Apenas llegué me puse a laburar como siempre. A la media hora de haber llegado me agarra Superlabios, experta en excesos, y me dice:

—¿Estás bien?

—Si, si...

—Andá para tu casa.

—No, estoy bien. Por algo vine; si no, me quedaba dur-

miendo.

—¿Seguro?

—Seguro, todo bien.

—Bueh ...dale.

Me parece que no se animó a mandarme a mi casa tipo orden. Si era Aldana capaz que hasta me echaba. Superlabios era encargada sin querer serlo, no podía enojarse con un compañero. Esa oprimida nunca se volvió opresora. ¡Grande Silvina!

Yo no me daba cuenta pero parecía seguir en pedo. El hecho es que el día transcurrió y yo seguí lo más bien, aunque noté que tenía olor a destilación alcohólica, a borracho. En una de esas, mientras contaba la guita de los depósitos apareció Johnny, un canariazo que hace mil años trabaja en la empresa pero tiene aspecto de tener solo veintitantos. Apenas se puso a ayudarme con un cajero me dijo:

—¡Pah!, salimo´ anoche, ¿no?

—De Rocha vengo.

—Se nota. `Ta destilando alcohol como loco muchacho.

—Me bajé del bondi y me vine.

—Ah, pero t`hubiera` ido pa´ tu casa muchacho.

—¡Qué me voy a quedar! Para eso me quedaba en Rocha. Si estaba con un par de minas y me invitaron a pasar el día en una piscina y les dije que no para venir acá. Soy un gil, ¿no?

—Ah, *mabién* que sí muchacho. Te quedaba` allá y era` Gardel.

Chisté y negué con la cabeza, arrepentido.

Un par de días después hablé con el Topo, quien seguía medio quemado porque no aceptamos la invitación de Florencia y Branca a la piscina del camping. Yo le dije que no recordaba haber dicho que no pero el me dijo que yo estaba obstinado en volver a Montevideo.

Se ve que a pesar de todo soy un tipo responsable aunque hasta

la fecha sueño con esa piscina, con Florencia envolviéndome con sus piernas mientras se mece hacia arriba y abajo con suavidad, dejándose llevar por el agua que lo hace todo más sencillo. Hoy, en mi mente, su cara es otra porque ya olvidé gran parte de sus rasgos. Bien podría ser mi vecina o la veterinaria.

Febrero de 2005

EL RESTO DEL VERANO

Yo miraba a Tesa todo el tiempo y, como un repentino, fulminante rayo, percibía en cada uno de sus movimientos la sensualidad y cadencia de una *top model*. Su pelo era muy suave y lo demostraba moviendo su cabellera todo el tiempo. Se daba vuelta para decirte algo y, con ella, llegaba un aroma intenso mezcla de perfume y su propio aroma natural, ese que cada uno de nosotros tiene, en algunos casos terrible, como a carne luego de tres días en la heladera. Viviana sentía esa esencia y decía que a veces no aguantaba lo horrible que era. Había dejado un par de hombres por ese olor terrible, imperceptible para algunos mortales sin olfato como yo.

Quizás las feromonas estaban haciendo un gran trabajo. Sentía la voz de Tesa cada vez más dulce e inocente y hasta me empezaba a gustar su vulgaridad cuando se calentaba. Por las noches tenía grandes fantasías en las que la besaba y acariciaba bien despacio, luego le sacaba la ropa con mucho tacto y me detenía para sacarle la tanguita rosa con más suavidad aún. Al final la penetraba y a ella le dolía un poco, después se calmaba y gozaba. Más cerca del *climax* yo ya no la besaba sino que directamente le pasaba la lengua por su tersa piel mientras ella comenzaba a delirar de placer. A mí me excitaba aún más el poder sobre ese cuerpo vulnerable. La podría matar si quisiera... Acabé.

En efecto, todo se sabe. Yo no soy muy misterioso en cuanto a los sentimientos. Si me gusta una mina, se lo tengo que hacer notar, como me enseñó el colorado Sebastián, para que me devuelva la onda o se prepare para mandarme a la mierda cuando la encare. Luego de mi viaje a Rocha comencé con ese plan, así

que cada vez que la veía le decía algo:

—Hola Tesa, ¿cómo estás?

—Bien, ¿vos?

—Todo bien. ¿Mucho trabajo?

—No, lo de siempre. Tranqui.

—¿Te cortaste el pelo o algo?

—No, ¿por?

—Por nada. Solo que estás un poco diferente. Estás más buena que de costumbre.

—¡Ay, qué guarango!

—¡En serio! ¡Más buena que comer con la mano!

Casi como escondida, cubierta por su cabello, esbozaba una sonrisa. Le había levantado la autoestima. ¡Pulgares arriba y sonrisa Colgate!

A Tesa le gustaba la ropa de marca; salir los fines de semana a boliches de la Ciudad Vieja y emborracharse de tragos caros; mandar y recibir mensajes de texto, la cumbia y no viajar en ómnibus. No había nada que yo considerase interesante y sin embargo me gustaba. A veces, las estupideces que dicen sobre el amor no están tan alejadas.

Pasaban los días y yo hacía mi trabajito de hormiga con Tesa pero tenía dos inconvenientes: uno era mi propia autoestima. Algunos días me levantaba con la cara deformada por el acné y entonces no tenía ganas de hablar con nadie y no quería que nadie me mirara porque me sentía un monstruo. Ése era un problema aunque no se interponía en mi camino porque sabía que si uno puede hacer reír a la mujer que pretende conquistar entonces tiene chances. Primero la chispa, después la facha. El otro inconveniente era que no se me ocurría a qué lugar invitarla ya que estábamos muy distanciados en cuanto a gustos. Yo no tenía ni idea de adonde ir, y en caso de hacerlo, cómo comportarme; qué música bailar; cómo bailar sin quedar como

un boludo que no se sabe los pasos, un sinfín de información que desconocía.

Un día de febrero me desperté con una erección monumental. Me senté en la cama, pensé, y recordé que había soñado con Tesa pero esa vez fue diferente. Fue un sueño salvaje, lleno de ropa lanzada por el aire, lenguas entrelazadas y penetración desenfrenada. A ella le gustaba. Interpreté ese sueño como una señal y dije que ése sería el día decisivo. La iba a encarar. Llegué a la oficina, dejé la mochila en el lugar correspondiente y me senté a contar plata concentrado y preparado para el gran momento. Tesa no aparecía. «¿Donde mierda está?», me preguntaba ansioso. Pensé palabra por palabra. Iba a intentar agarrarla en la media hora y la iba a invitar a hacer algo. La táctica sería preguntarle por sus gustos, hacerme el boludo, el ignorante. Mi mensaje era «no te conozco, no sé nada de vos, pero me gustás y me gustaría conocerte de verdad» Ella no debería sorprenderse dadas las conversaciones pasadas. Tenía que verla venir.

En eso llega una llamada a la oficina. Atiende Superlabios, dice algunas frases sueltas y cuelga. «Tesa está enferma. No viene.», le dice a Natalia Sanz. Mierda. Me quedó adentro.

Marzo de 2005

LOS NUEVOS
TENER CELULAR
TESA

Se fue con rapidez el verano de 2005. A nivel laboral nunca sucede demasiado en verano. La mitad de los empleados está de licencia y el resto quejándose de sus vidas y solo esperan el fin de semana para ir a Playa Ramírez o algún otro lugar igual de triste. El trabajo también escasea porque toda persona con un poder adquisitivo medio no está en la ciudad en todo el verano, particularmente en enero. La ciudad entera se apaga ese mes y en la empresa solo parecen quedarse los peores o los más nuevos o aquellos que no toman licencia porque no sabrían qué hacer con tanto tiempo libre.

Ese verano fue revolucionario a nivel tecnológico. La gente se preocupaba por tener un celular. Yo me resistí hasta el último minuto. Por algún motivo, quizás persecutorio, no quería tener celular. Más adelante compraría un Nokia 1100, luego pasaría a un Nokia que sacaba fotos y ahora tengo un Nokia 1100 versión 2015 color azul con radio y linterna. Tres celulares en diez años.

Resistiréee...
¡Resistiréeeeeeeee!

Ese verano me tuvo colgado con Tesa más que nunca. No entendía porque sabía que esa pendeja no tenía nada en común conmigo y que tener algo con ella no iba a ser algo más que «un breve murmullo de ángel nocturno a un hombre moribundo antes de partir a tierra de espíritus bipolares[1]». Pero no lo podía

1 Cita de algo que tenía escrito por ahí.

evitar, era una cuestión de desesperación, de estar con alguien, y Tesa generaba ganas de protegerla, de enseñarle sobre el sexo y luego protegerla de todos los peligros de este mundo poco inocente. Tesa me despertaba sentimientos más paternales que románticos.

En la empresa ingresó mucha gente nueva, entre la que se destacaron Mariano, Serrana, Nicolás y Dumas.

Mariano tenía unos treinta años, lentes y una actitud parsimoniosa, hablaba siempre lento y su autoestima estaba muy baja. Cuando hablaba de sí mismo se tiraba abajo. Creo que malinterpretaba la humildad. Era muy descuidado en su vestimenta y en su apariencia. Era un generación X que viajó al futuro.

Serrana tenía algo más de treinta, un pelo larguísimo, nariz roja, una hija de una relación terminada y un culo enorme, no lindo, solo enorme. Apenas llegó adquirió el estatus de madre de todos, así que no podías tener «pensamientos impuros» sobre ella porque hubiese estado mal visto. Yo los tenía pero en plan secreto «ninja».

Nicolás era hijo de uno de los portavalores de la planta baja. Un tipo con ojos de Leonardo Di Caprio, una chivita diablesca y un tremendo talento para jugar al fútbol. Parecía buen pibe pero con el paso del tiempo resultó ser un «toma zumo de huevo de un mamón[2]» . Yo lo detestaba en secreto, como buen perdedor, sombra constante del carismático de turno.

Luego estaba Dumas. Un tipo que rendía tributo a su nombre no leyendo un carajo. Se ve que los padres, obsesionados con la literatura, lo traumatizaron y en lugar de acercarlo a los libros y a las grandes obras literarias lograron que ante la aparición de un libro, cualquiera que fuere, reaccionara con un doble pestañeo como de sorpresa, seguido de una mirada fija al libro, como si viese algo que el resto no ve. Yo pensaba que veía su propio rostro prendido fuego.

2 Traducción memorable de *motherfucker* vista en una peli con subtítulos en español castellano.

Abril de 2005

BÁMBOLA

Al cabo de unos meses Mariano y yo nos hicimos buenos compañeros. En general, charlábamos sobre arte. Algunos días tocaba cine, otros literatura, otros música... de todo. Tomábamos mucho café durante el descanso o «la media hora» que muchas veces sobrepasaba la hora. Durante uno de esos descansos fue cine:

—Mariano, tenés que mirar Bámbola.

—¿Bámbola?

—Si, vale la pena. Valeria Marini...ufff.

—No la conozco.

—Yo tampoco la conocía hasta que la vi en esta peli y quedé como loco.

—¿De qué va?

—En un lejano pueblo de Italia vive una mujer alcohólica con sus dos hijos, un flaco rubio gay y la Bámbola. Tienen un restaurante cuyo plato principal es anguila. Hacen como un avance rápido del tiempo hasta que la madre alcohólica muere de cirrosis mientras dispara con un rifle a un barco que explota como si estuviese lleno de dinamita. Los dos hijos quedan solos y deciden buscar un inversor para seguir adelante con el restaurante y darle un toque diferente. A la especialidad de la casa, la anguila, querían agregarle otros platos como por ejemplo pizza con mortadela.

—¡Bieeah!

—Bueno, resulta que aparece un inversor. Un gordo pelado repugnante que invierte porque se enamora de la Bámbola en cuanto la ve.

—¿Qué hace? ¿Lo compra?

—El gordo gestiona el restaurante y es recontra cuida con la Bámbola. La sigue constantemente con la mirada y es muy celoso. La Bámbola se hace la boluda pero sabe que el gordo está enamorado de ella. En una la Bámbola dice que al día siguiente irían al parque acuático a tirarse a la piscina por un tobogán altísimo, a lo que el gordo dice que no pueden ir porque están de luto por la madre, entonces la Bámbola remata: «no te preocupes, me pondré un bikini negro». La siguiente escena es el culo grande y precioso de la Bámbola en un bikini negro subiendo para tirarse por el tobogán.

—Jaja, buena escena esa.

—Al final fueron los tres: la Bámbola, el hermano gay y el gordo. En una de esas la Bámbola ve a un tipo que le gusta. Un español moreno de nombre rarísimo. El hermano gay también lo mira y se enamora. Están un rato viendo si el tipo mira a la Bámbola o al hermano: por supuesto que la miraba a ella. Cuando se acerca y comienza a charlar con la Bámbola, aparece el gordo y se la lleva. Pasa un rato, y mientras el gordo y el hermano duermen en las reposeras, la Bámbola se va «a hurtadillas» con el tipo atractivo. Al rato el gordo se da cuenta de que la Bámbola no está y sale a buscarla hasta que la encuentra en la cima del tobogán a los besos con el tipo atractivo. El gordo sube a la cima del tobogán, forcejea con el tipo atractivo, este lo empuja al gordo quien se da la cabeza contra un fierro y muere. El cadáver del gordo se desliza inerte por el tobogán. El tipo atractivo va preso y la Bámbola se siente culpable por lo sucedido así que comienza a visitar seguido al tipo atractivo a la prisión. En una de esas visitas el preso que está en la cabina de al lado ve a la Bámbola y queda hipnotizado, obnubilado por sus curvas avasallantes y su pelo rubio rizado. El tipo es un cubano que hizo en Fresa y Chocolate un papel muy delicado y sensible de un joven homosexual en épocas complejas.

Aquí hace un personaje bruto, asqueroso, violento, pero con cierto aire atractivo. El nombre del personaje es Furio. Furio mira a la Bámbola y le dice un par de disparates. La Bámbola, asqueada, se va para no volver en mucho tiempo. Al tiempo, el hermano se pone a conversar con la Bámbola y le cuenta que ha estado yendo a visitar al tipo atractivo, porque acordate de que al hermano también le gustaba el tipo, y dice que el Furio le está haciendo la vida imposible porque quiere que deje de pensar en la Bámbola a tal punto que manda unos tipos para que se lo violen en la cocina mientras él tiene que recitar a viva voz la receta de la pizza. La situación es crítica porque si la Bámbola no va a hablar con Furio, este va a seguir haciéndole la vida imposible al tipo atractivo. Esto es lo que le comenta el hermano y le sugiere a la Bámbola que vaya a ver a Furio. En el medio de todo hay una escena que muestra a un Furio desesperado de amor, con la piel cortada y la sangre que emana de los cortes. La cámara se aleja y se nota que los cortes forman la palabra Bámbola. Mediante unas triquiñuelas carcelarias Furio logra estar a solas con la Bámbola en una celda con aislación acústica, esa que usan para los reos más peligrosos. La Bámbola intenta hablar con Furio, pero este lo único que hace es mostrarle el brazo cortado con su nombre y empieza a desnudarla como hiena rabiosa. La tira al suelo y la penetra salvajemente mientras le amasija las tetas. Ahí hay una toma muy buena. La cámara asciende desde la celda y te muestra el paisaje fuera de la prisión sonorizado por los gritos de la Bámbola y la respiración agitada de Furio. Muy excitante...

—¡Sí, sí! —comentó Mariano notoriamente excitado.

Al día siguiente el hermano se encuentra con una Bámbola destruida en lo emocional. Uno piensa que es por la vejación sufrida pero pronto la Bámbola comenta que está mal porque está confundida. Al parecer la experiencia con Furio le gustó.

Fundido en negro. La Bámbola habla nuevamente con el hermano. Está embarazada de Furio. El hermano le dice que debe ir a contárselo. Ella va a ver a Furio pero no se lo cuenta. Él se la pone con brutalidad otra vez.

—Tremendo bruto ese Furio.

—Eso no es nada: un tiempo después, el hermano gay de Bámbola va a ver al tipo atractivo a la prisión. Llega y lo encuentra contento. Estaba contento porque Furio no estaba en prisión: lo habían liberado por buena conducta. En ese momento sabe que empieza el infierno. Furio llega al restaurante donde está la Bámbola sola. El tipo la agarra y, luego de decirle puta un par de veces, la mina sale corriendo por el campo. El tipo la persigue hasta que la agarra, se tira encima de ella, la pone boca abajo, le dice un par de chanchadas lindas y le da un beso en el cuello. La Bámbola cede y Furio se la da por el culo mientras babea como perro rabioso.

Siguiente escena: la Bámbola en bikini dentro de su casa. El tipo la agarra así como está, le saca la ropa y cogen de nuevo. Llega el hermano y escucha desde lejos los gritos de Bámbola. Golpea la puerta un par de veces hasta que sale la Bámbola con el pelo revuelto. Le dice al hermano que se vaya, que ella lo maneja. Cierra la puerta y a los cinco segundos se vuelven a escuchar gritos de Bámbola. Furio maltrata a Bámbola y el hermano lo nota.

—Yo si soy el hermano lo mato.

—¿Tenés hermana?

—Sí, diez años mayor que yo.

—¿Está buena?

—Mmm... neeh.

—Bueno, el hermano de Bámbola se enoja porque sabe que Furio le pega, le grita y se la pone con violencia. Un día discuten y Furio intenta matarlo pero el hermano escapa.

Furio lo persigue hasta que el hermano se esconde en un bote dado vuelta en un lago. Furio deduce que él está ahí así que va a buscar gasolina, la rocía sobre el bote y lo prende fuego. Vuelve al restaurante y encierra a la Bámbola. La toma como para cogerla de nuevo y Bámbola le dice que aprenda a hacer el amor. Furio responde penetrándola con una anguila muerta. Furio sale de la habitación donde tiene encerrada a la Bámbola y se queda afuera comiendo mortadela hasta quedar dormido. Al otro día Bámbola intenta escapar rompiendo unas maderas y lo logra. Se escapa en una camioneta. Furio la persigue y le dispara hasta que la camioneta vuelca y cae al lago. Bámbola sale de la camioneta y corre por la orilla del lago saltando de una piedra a la otra, descalza. Furio la persigue hasta que la agarra, le saca la ropa y, cuando se la va a meter de nuevo, aparece el hermano gay de Bámbola, que le dispara dos veces con la escopeta de la madre alcohólica y Furio muere. Bámbola lo llora.

Al terminar la película, Bámbola se va del pueblo, como quería en un principio, pero el espíritu de la madre le pedía que se quedara a cargo de su hermano. Mientras, el hermano maneja el restaurante junto al tipo atractivo quien en prisión redescubre su sexualidad. Fin.

—Me gustó la trama. La voy a conseguir para mirar.

—Mirala que por la Bámbola vale la pena. Está tan buena que llegás a entender la brutalidad de Furio.

—¿Dónde conseguiste la peli?

—La conseguí en vhs en un video club que te alquila cinco por una semana a ciento veinte pesos. Si querés ver las mejores escenas, buscala en internet. Es de Bigas Luna, el de La Teta y la Luna y Jamón Jamón, con Penélope Cruz hecha un fuego.

—Dale.

Pasó el descanso. Fue como de una hora y cuarto ese día.

Mayo de 2005

¿DONDE ESTÁ MARTINA?

...Nos preguntábamos todos a una semana de su ausencia. En la microficina: hermetismo. Natalia Sanz, Aldana y Superlabios no hablaban del tema. Otros allegados a las encargadas ponían cara de póquer transmitiendo el secreto, como si se tratara de un lenguaje encriptado asimétrico. Pero esa maldita clave privada apareció y la noticia se filtró: la madre de Martina se había suicidado. Se tomó un frasco de pastillas y después se colgó. Al parecer ya lo había intentado varias veces en su pueblo natal de Carmelo y esta vez funcionó. Producto de este hecho, Martina no estaba yendo al trabajo porque estaba internada en el Vilardebó luego de una crisis nerviosa que derivó en un estado de shock por cuarenta y ocho horas. Decía que era su madre que había reencarnado en ella y que le decía que había un gran complot para que volvieran los militares al poder.

Estuve triste durante los días siguientes. Veía en Martina a una mujer con un gran deseo de superación y un optimismo inofensivo. Una mujer inquebrantable. Resulta que estaba siempre al límite, pudiendo caer del cerro en cualquier momento.

Años más tarde, viajé a Buenos Aires y encontré a Martina de uniforme en la aduana de Carmelo. Parece que le salió un trabajito municipal y se fue a su pueblo natal. De inmediato me sentí bien porque aún la imaginaba internada y medicada. Cuando me tocó pasar por el puesto le di mi cédula y puse la sonrisa cómplice de «¿te acordás?». Me dijo «Hola» con ojos vacíos como de gato recién castrado y focalizados en un punto fijo en mi cara. No me reconoció.

Junio de 2005

EL DIÁLOGO DE BOLICHE

Después del último período de exámenes en 2004 dejé de ir a la Facultad porque se me superponían los horarios y además estaba podrido de estudiar. Necesitaba ser un hombre de acción por un tiempo y no llenarme de material teórico académico. Quería dedicar más tiempo a leer libros que me interesaran, me entretuvieran y que me sirvieran como influencia en el lento camino hacia la escritura decente. Hasta ese momento solo había escrito mediocres letras de canciones. Sabía que no era lo mío pero tampoco sabía qué más hacer. Lo único que me motivaba a seguir adelante era saber que Cervantes escribió el Quijote a los cincuenta y ocho años, así que tenía tiempo para hacer de esto algo perdurable. Un día comencé un blog llamado «Ardiles Personas» y arranqué a escribir lo que se me ocurrió después de un par de vasos de vino suelto. No había tema ni forma. Lo que pintó en el momento. Un día era un cuento sobre un secuestro, otro día era una denuncia de los males de la sociedad y luego una reseña de un disco o una película. El asunto era escribir porquería y que con el paso del tiempo esa porquería fuese aceptada por ir dentro del camión de la barométrica.

Dada mi deserción de la Facultad, no veía a Patricia muy seguido así que la llamé y nos encontramos luego de varios meses. De aquí en más siempre nos veríamos cada tanto pero somos de esas personas que cada vez que se ven, aunque hayan pasado años, son los mismos de siempre. Sabíamos que la posmodernidad es la enemiga de las relaciones interpersonales y también sabíamos de forma implícita que ninguno había cambiado demasiado. Era un viernes de noche cuando nos encontramos. Fuimos a Alquimia, un boliche de reggae, porro, neohippies y

cerveza barata. Ya dentro del boliche, nos sentamos en una mesa del piso de arriba, pedimos una jarra de sangría y nos pusimos al día:

—¿Cómo va esa vida? —mi habitual pregunta rompehielo.

—Va. En mi casa todo mal como siempre. Mis viejos que no se hablan, mis hermanas que crecen y se van convirtiendo en planchitas[1] ...lo de siempre. ¿Y vos? ¿Cómo vas con ese laburo?

—Bien. Acostumbrado. A veces tengo la sensación de que me voy a quedar para siempre ahí aunque sepa que no. Llego a entender a esa gente que se queda toda la vida en el mismo lugar solo por no querer algo nuevo, por no querer cambiar. No digo que sea lo mismo pero lo pongo en el mismo grupo genético que las adicciones.

—¿A qué?

—Al cambio de trabajo. Tenés que prepararte mentalmente para cambiar. Implica pila de estrés porque no sabés cómo va a ser la nueva experiencia. Suponte que estás en una isla en la que solo hay pizza con muzzarella para comer, que resulta que es una de tus comidas favoritas, pero no lo que más te gusta por lejos que es el asado o cualquier tipo de carne con papas al horno, fritas, *noisette*, como venga. Entonces aparece un tipo desde el cielo con aire celestial, perfecto, gigante, como de diez metros, que producto de la ilusión óptica pareciera abarcar todo el cielo: llamale Dios. Entonces te dice «Si accedés por esa puerta...», de inmediato se abre una puerta gigante hecha de nubes a la derecha del tipo grande, «...podés encontrarte con algo que puede mejorar radicalmente tu vida en esta isla, como por ejemplo, empezar a comer todos los días asado como sé que a vos te gusta, tener postre después de las muzzarellas que te comés, o ambas: lo que sea. O, por otra parte, puede ser algo diferente a la muzza de todos los días como mondongo que con el calor que hace en esa isla no creo que te vaya a gustar,

1 Tribu urbana similar al "villero" en Argentina. Similar, no igual.

o puede ser arroz con huevo frito, sopa, ensalada, mejillones, cualquier comida».

—No es una situación comparable. En el caso de la isla me quedo con lo que tengo, primero porque comer muzzarella todos los días me encantaría, y segundo son muchísimo más grandes las posibilidades de que te toque una comida fea que una rica, porque hablamos de comida que comerías todos los días sin parar por un tiempo indeterminado, quizás para siempre, son más las comidas que rechazarías que las que aceptarías. Por ejemplo, como decía el «Dios» de tu situación, te puede tocar arroz con huevo frito. Normalmente es una buena comida pero para comerla todos los días...¡agghh! Empezarías a vomitar a la tercer semana.

—¿Y qué hay que agregarle para que sea una situación comparable?

—Bueno, para que sea comparable a la decisión del cambio de trabajo, hay que agregarle alguna pista que te permita saber cómo viene la mano. O sea, que ese «Dios» tuyo dé alguna pista en su discurso que permita vislumbrar el tipo de comida que vas a tener si pasás por esa puerta. Que te diga algo como «podés pasar por esa puerta y encontrar algo vivo pero no para tus intereses...» entonces te das cuenta que puede ser carne y decidís pasar por la puerta. Y es comparable porque también puede suceder que interpretes mal el mensaje entonces pasás por la puerta y te empiezan a dar pollo con arroz, que está bien pero no es lo que querías.

—Tenés razón, ahí sería comparable. ¿Y vos qué elegirías?

—Mmm... yo elegiría pasar por la puerta.

—Te tenés fe con el asado.

—Si. Además, así como apareció una vez el tipo ese ofreciendo una puerta podría aparecer de nuevo en el caso de que te toque algo feo, ¿no? Nadie dijo que iba a ser una única vez en

tu vida solitaria en esa isla.

—Ah, pero no se te escapa una.

Así seguimos por un buen rato. Mientras bajaba la sangría, las situaciones eran cada vez más voladas y las soluciones más que singulares. En una de esas nos levantamos y fuimos a bailar. Eran como las tres de la mañana y tocaba la hora de los Redondos. Sonaba «Queso Ruso».

—¿Hay alguna mina que esté buena en tu trabajo? —pregunta sonriente y con una ceja algo más levantada que la otra.

—Si, hay un par. Está Fabiana que está divina pero nunca me va a dar bola. Después está Natalia Sanz, una de las encargadas que también está buena pero no sé, no me gusta su actitud, es muy moralista y a mí la gente muy moralista me da hipocresía, falsedad. Hay demasiados estímulos como para que exista una extrema moralidad.

—Te vas por las ramas. ¿Te gusta alguna o no?

—Bueno, hay una pendeja, Tesa, que no sé qué tiene pero pienso bastante en ella. Nada del otro mundo pero no sé, como que la quiero coger.

—¿Así nomás?

—Si, me vuelve loco su inocencia.

—Entonces te gusta pero de viejo verde que sos, jaja.

—Tampoco exageres. Nos llevamos tres años nomás.

—Así que tiene dieciocho. Es una *barely legal* como te gusta decir a vos.

—De la manera en que lo decís suena algo depravado.

—Lo es...

—Ta, dale, mandame castrar químicamente y poneme una etiqueta de agresor sexual.

—Si, si estuvieras en una película doblada al español por Palmera Records serías un «bastardo hijo de perra». Acá en Uruguay sos un degenerado de mierda hijo de puta.

—Pará, tampoco exageres. Vos tenés diecinueve si no me equivoco, no?

—Si.

—¿Entonces si yo te encarase sería un degenerado también?

—...

Le doy un pico. Pasan dos segundos de desconcierto. Me responde con un beso largo de lengua. Así estuvimos largo rato. Estábamos muy borrachos por la sangría y la cerveza que pedimos para ir a bailar. Seguimos a los chupones una hora más hasta que nos fuimos. Eran como las cinco y media de la mañana. Salimos, caminamos un par de cuadras y nos sentamos en el cordón de una vereda al lado de un árbol. La invité a coger y me dijo que no. Me pareció sensato. Estábamos re en pedo. No íbamos a poder hacer nada. Mi cuerpo anestesiado por el alcohol no iba responder nunca.

LA MAÑANA SIGUIENTE

Estaba hecho mierda. Una resaca histórica. Poco recordaba de la noche con Patricia y los chupones. Prendí la compu para boludear un rato con el Sensible Soccer[2], y horas más tarde me conecté unos minutos a internet para escribir en «Ardiles Personas». Al ingresar vi que había algo de la noche anterior escrito en un estado deplorable:

De «Ardiles Personas»:

CONVERSACIÓN ENTRE GUY WILLIAMS Y GENE SHELDON

Gene: Oye Guy, ¿Crees en el futuro?

Guy: ¿Cómo que si creo en el futuro? ¿Si creo que habrá futuro?

Gene: ¡Si!

2 El mejor juego de fútbol para PC de toda la historia. Alguno podrá discrepar.

Guy: ¡Pues claro!

Gene: ¿Y qué crees?

Guy: ¡Creo que lo habrá!

Gene: Si, claro. Pero, ¿qué crees que habrá en el futuro? ¿Cómo imaginas el mundo cuando los años empiecen en 20...?

Guy: Pues, no me interesa mucho porque no creo que vaya a estar vivo... pero supongo que entre 1990 y 2000 sí lo estaré asi que te contaré lo que pienso de esa década.

Gene: Dime.

Guy: Esto puede parecerte extraño, pero creo que para ese momento encontrarán la manera de darle vida a objetos inanimados.

Gene: ¿Qué quieres decir?

Guy: Quiero decir que, por ejemplo, la historia de Pinocho se podría hacer realidad, menos la parte del crecimiento de la nariz con las mentiras, por supuesto. Eso sería demasiado difícil de lograr.

Gene: ¿No te parece algo absurdo?

Guy: Bueno Gene, tú empezaste con tu absurda pregunta.

Gene: Ok. ¿Y cómo crees que lograrán eso?

Guy: No lo sé...

Gene: Quizás si el muñeco es asistido por algún mecanismo... una máquina.

Guy: Podría ser. O quizás un químico, quiero decir, un componente químico que al volcarlo en el objeto hace las combinaciones necesarias para crear un organismo vivo.

Gene: Es interesante tu teoría aunque apoyo más la idea de la máquina asistente.

Guy: También creo que en ese momento lograremos descifrar lo que dicen los animales.

Gene: ¡Pero qué dices Guy! Los animales no pueden articular un enunciado... no les da el cerebro. Eso no puede suceder.

Guy: Me refiero a que conoceremos sus pensamientos.

Gene: Pero Guy, los animales no piensan. Se guían por el instinto.

Guy: Quizás tus animales sean así pero yo estoy seguro que los míos piensan. Mira, el otro día mi gato logró comerse las pastillitas del paquete que yo había guardado en una caja en el bargueño y no hay manera de que haya logrado hacerlo sin un mínimo de pensamiento. Es decir, tuvo que pensar en dónde guardo las pastillas y en cómo abrir la caja.

Gene: Ok. Piensan pero sin profundidad. Si los humanos pensáramos como animales estos serían nuestros pensamientos: «sexo, sexo, sexo, no morir, no morir, no morir, sexo, no morir, comer, comer, comer, caca, sexo, sexo», ¿me entiendes?

Guy: Si.

Gene: Pues así piensan los animales... ¿Qué otro pronóstico tienes?

Guy: No mucho más. Lo otro que siempre he pensado es que habrá una organización dentro de cada estado que acudirá en la ayuda de aquellos que tienen pensamientos oscuros. A los bebés de ese momento se les colocará en el ombligo una especie de aro que detectará los pensamientos oscuros.

Gene: ¿Qué es un pensamiento oscuro?

Guy: Seguramente tuviste uno alguna vez. Es un sentimiento de muerte que te aborda por una fracción de segundo. A mi me sucede cuando voy a cruzar la calle. En una milésima de segundo me veo atropellado y expulsado decenas de metros hacia adelante, y mi cuerpo cae destrozado en el pavimento, o camino por la acera y algo pesado y grande me cae en la cabeza: un pedazo de hormigón de una casa vieja, un tablón, algo que me destruye la cabeza y trozos de materia gris quedan expuestos en plena acera. No es algo suicida. No tienes que estar deprimido… simplemente sucede. Un pensamiento oscuro.

Gene: Entiendo. He tenido pensamientos oscuros cuando voy a caballo. Pienso que voy a caerme pero no completamente sino que mi pie queda atado y me arrastro por el camino sufriendo raspaduras que dejan mi piel al rojo vivo, y luego se ven mis huesos que allí están...expuestos, blancos, en contacto con la superficie empedrada. También imagino que recibo golpes del caballo y de a poco el rostro se me desfigura. Luego me veo

en un documental de esos que cuentan las trágicas muertes de algunos personajes célebres. Lo bueno es que me volveré célebre gracias a mi muerte.

Guy: ¡Ese es un auténtico pensamiento oscuro, Gene!

Gene: Volviendo a la organización y al aro... ¿Por qué van a controlar estos pensamientos?

Guy: Para que el mundo sea perfecto y todos estén obligados a pensar en positivo. Es el paradigma vencedor. Ganarán los idealistas. Los realistas serán controlados ya que son los que más pensamientos oscuros tienen.

Walt Disney: Hola muchachos, no pude evitar escuchar su conversación y me pareció muy interesante, pero vayan a trabajar que ya apareció el gobernador y la chica esa que desaparece a cada rato.

Guy: Si, señor.

Gene: Si, señor.

Julio de 2005

INGREDIENTES BARATOS

Noche de cine porno con el Topo y el Munúa. Era una linda noche de sueldo recién cobrado así que arrancamos para el Private de la calle Convención. El Private era el único cine porno que visitábamos porque era muy limpio. No había rastros de pajas de otros, a quienes imaginábamos vestidos de gabardina llena de manchas y sombrero estilo detective de Los Ángeles de un policial negro. Además había papel higiénico por todas partes. Muy importante.

Antes de entrar nos fumamos un porro para agudizar nuestros sentidos y, más tarde, cagarnos de risa con algunos diálogos de las películas. El Topo se ponía muy paranoico cuando fumaba así que, al final, fue un duelo jamaiquino entre el Munúa y yo. El Munúa era un tipo de aspecto «metal pesado». Cara de mohicano, peludo, orejas perforadas, tez ligeramente negra. Un metalero tipo Herrumbre pero algo influenciado por el *nü-metal* de Korn, Coal Chamber, entre otras. A esa altura empezaba a dar vergüenza hablar de Korn porque habían sacado el Untouchables: una porquería de álbum. Todo lo bueno que habían hecho hasta entonces fue sepultado por ellos mismos y su repetición de fórmula con ingredientes baratos.

Nos fumamos el porro e ingresamos. Mientras caminamos por el largo pasillo oscuro fuimos sintiendo gemidos cada vez más intensos. Durante ese pequeño momento en el que vas por el pasillo siempre te entran unos nervios terribles, como si al final del pasillo hubiese un escenario y cuarenta mil personas esperándote a los gritos. Entramos en la sala y nos sentamos en la última fila. El ritual era siempre el mismo. Primero nos sentábamos en la última fila a esperar que los ojos se adaptaran a la oscuridad

para luego buscar un lugar más adelante y con poca gente alrededor. Luego cada uno hacía la suya. El Munúa, por ejemplo, siempre se iba a una sala individual con el primer gay que le quisiera chupar la pija de onda. Había pocos heterosexuales en los cines xxx, por lo que éramos muy codiciados y cada vez que íbamos siempre recibíamos muchas ofertas de chupadas o de «darnos una mano». El Topo es reservado, nervioso, paranoico y muy tacaño. Tiene una cara muy exótica, tipo vasco, cabello rubio enrulado y ojos claros, lo que lo hace algo más atractivo que nosotros, simples mortales de pelo castaño. Los gays le pasaban ofreciendo favores pero el Topo siempre se negaba. Tampoco se masturbaba en las butacas. Solo miraba la película. Miraba fijamente la pantalla sin seguir movimientos con la cabeza.

Yo siempre me alejaba un poco del Topo y a los dos o tres minutos me masturbaba. El porro tiene un efecto muy afrodisíaco en mí, por lo que apenas siento un gemido y ya estoy *on fire*. Se imaginarán que uno no va al cine porno porque la peli que van a dar tiene buenas reseñas y, en caso de querer saberlo, no existe un IMDB del porno que ayude. Hay que ser intuitivo y apostar por el nombre.

Es muy probable que uno siempre ingrese en la mitad de una película cualquiera, la que tocó ese día. Y ese día tocó «La Fuente 6», un clásico de los 80´s con Peter North, un tipo parecido a Guy Pierce –el de «Memento»–, que se destacaba por su enorme pene y más aún por sus interminables acabadas en las caras de las pornstars del momento; en ese caso, Kari Foxx.

Lo malo era que tenía que contenerme mucho porque si no acababa a los cinco minutos y luego tenía que ver la peli por un rato sin estar excitado, lo cual era muy embolante. Así que ver una peli porno drogado era todo un juego mental. Tenía que estar muy concentrado y esperar el momento adecuado para largar

la fuente justo cuando Peter largaba «La Fuente» sobre Kari.

A los cuarenta y cinco minutos todos estábamos satisfechos, el Munúa volvía feliz de la individual y arrancábamos. Nunca hablamos del asunto «siempre me voy con un gay apenas llego» del Munúa. Si bien íbamos al mismo lugar a estimularnos, no profundizábamos en algunos asuntos que hacen a la verdadera amistad. Éramos tipos duros y no hablábamos de esos asuntos.

Septiembre de 2005

EL BLINDADO Y LAS COMPAÑERAS TRISTES

En el blindado íbamos todos como miembros de una secta clandestina. Sentía que iba a ser lo más parecido a estar dentro de un tanque de guerra sin haber querido nunca estar dentro de uno. Todos apretados en pequeños bancos largos. El clima era siempre distendido, aunque había en el aire un toque de tensión. Cada tanto me caía la ficha del dinero que cargaba y que había gente que podía matarte para llevarse lo que había en el blindado. Ya había pasado una vez. El conocido «Cotorra Loca» asaltó uno de los blindados y mató a quemarropa al padre de Silvana Olivera, una de mis compañeras de oficina. Ella era muy callada y religiosa. Era testigo de Jehová. Siempre andaba de pollera, sonreía poco y nunca festejaba su cumpleaños. Era muy amiga de Martina, quien había sufrido también la muerte trágica de su querida mamá. Pobre Martina. Esa joven alegre que hacía más de un año me había enseñado a contar la plata y depurar los billetes, con una práctica pedagógica que el propio Julio Castro felicitaría, estaba ahora perdida en su inconsciente, internada en estado psicótico, quizás cerca de ascender por la misma escalera que su madre. Por suerte la vi hace poco, viva, en su trabajo, aunque sus ojos seguían desorientados y vacíos. Tal vez aún busca esa escalera.

Al principio lo del blindado me parecía una gran aventura, pero con el tiempo me empezó a carcomer. Eso de que en cualquier momento podía pasar algo era muy estresante, y eso que iba a lugares en apariencia inmunes a cualquier ataque, como el Hospital Militar o una mutualista. De pronto pensaba que igual con tal de llevarse la plata algunos son capaces de entrar a una

iglesia y matar a un cura. Justo te puede tocar un chorro con problemas psiquiátricos o con falta de empatía como enseñan los programas del Discovery sobre asesinos seriales.

Todo lo anterior empezó a meterse en mi cabeza con el tiempo y supongo que al resto de la «tripulación» les pasaría aún más. Ellos eran los que tenían que defender la fortaleza en caso de algún ataque. Ellos tenían que disparar, atrincherarse, arriesgar su vida por dinero de terceros. Yo lo único que podría hacer en un caso así sería esconderme y temblar de miedo. El mundo del policía es muy tensionante y la única compensación es una microscópica parte de la plata que contaba y ellos luego custodiaban a diario.

Si no pasaba nada, llegábamos al destino y bajábamos. No todos juntos. Primero bajaban los de chaleco y escopeta junto con los policías uniformados que iban en un auto detrás del blindado. Una vez posicionados, salía junto con el portavalores y nos dirigíamos al cajero. Era un operativo importante y con el tiempo me acostumbré a ser foco de atención. Al poco tiempo, toda esa parafernalia era moneda corriente; no tenía nada raro ni exótico: era mi trabajo. A veces me imaginaba bajando en *slow motion* con la banda sonora de «Un detective suelto en Hollywood» pero solo cuando hacía mucho calor y mi mente entraba a delirar.

Era septiembre de 2005 y la primavera se acercaba radiante. Era una buena época para andar en los blindados. En verano era insoportable. Te derretías mal. Mismo que había como cuarenta grados o más ahí dentro. Muchas capas de metales resistentes, poco espacio, muchas personas, imaginate. Así que septiembre era una buena época, pero a la vez te iba advirtiendo que se venía el calor de nuevo, por eso uno andaba siempre con aires nostálgicos.

Octubre de 2005

INFLUENCIAS PADRASTRO-HIJASTRA

Sobre la primavera de ese año me empecé a colgar con Serrana, la «madre» de todos. Mi atención se había ido de Tesa y se volcaba al gran culo de Serrana. Comencé a acercarme y a darle charla. Buscaba excusas para estar cerca de ella y el período más fructífero fue cuando conseguí ayudarla a controlar los cheques de los depósitos. Allí nos sentábamos los dos en una mesa y yo aprovechaba para conocerla mientras veíamos que los cheques tuvieran número de cuenta, teléfono y firma:

—¿Vivís sola?

—No, vivo con mis padres desde que me separé.

—¿Vivís muy lejos?

—Sí, vivo en Nuevo París, por allá por Triunfo y Carlos de la Vega.

—¡Mirá! Yo vivía por esa zona. En Carlos de la Vega había un almacén al que iba seguido —acoté refiriéndome al del viejo O'Hara, que en paz descanse.

—Ah, ¿sí? Entonces conocés el barrio.

—Sí. Mi abuela vivía cerca de ahí. A veces cuando me quedaba con ella íbamos a una feria que pasaba por Triunfo.

—Sí, la feria, claro.

—No me gustaba ir a la feria. No tanto porque la feria fuese fea o aburrida en sí, sino porque me gustaba mucho quedarme encerrado con mis autitos en ese universo de estrellas del deporte de todo el mundo y yo como presidente de mi FIFA (Federación Internacional de Fútbol con Autitos).

—Pa, se ve que te gustaban mucho ¿no? ¿Te gustan los autos?

—No, no me gustan nada. Soy muy poco hombre en ese sentido. Te hablo de fútbol, de mujeres pero de autos no sé

nada. Ahí me quedo en cero. Cuando era chico jugaba con autitos pero al fútbol. Los agarraba como si fuesen jugadores y los hacía patear un dado que hacía de pelota. Era muy divertido. Hacía campeonatos. Primero hacía un campeonato local de autitos en el que cada autito era un país. El color de cada autito me ayudaba a determinar su país. Los más raros eran los autitos de Lituania y Cuba.

—Pa, nunca conocí a alguien que hiciera eso con autitos.

—Sí, bueno, cada uno con su locura, ¿no? Me gustaba sumergirme en mis pensamientos y... como que mi mejor amigo era la imaginación.

—Pa, estabas re solo.

—No, tenía amigos pero yo solo me divertía pila. A veces nos quedábamos con mi hermano en lo de mi abuela y él se iba a jugar con los amigos mientras yo me quedaba en mi mundo de objetos inanimados que cobraban vida y eran grandes estrellas del fútbol. Incluso muchos se destacaban por sus habilidades y otros por ser muy malos. La forma del autito hacía que fuera más fácil manipularlo que otros. Por ejemplo, los minicamioncitos eran lo peor. No servían para nada. Pateaban para cualquier lado.

—Asi que eras como un pequeño niño loco.

—Y no termina ahí. Después de terminado el campeonato local, comenzaba el mundial. Allí elegía a los mejores autitos que formaban la «selección», entonces jugaban contra otras selecciones como la de ruleros, los comunes y los que se calientan, la selección de pilas que era muy mala y una selección de pinzas para el pelo que también era de lo peor.

Serrana estaba deleitada con mi historia demente de objetos que cobraban vida para jugar un campeonato de fútbol –aunque para mí era lo más normal del mundo–. Nunca me pareció raro pero a la gente sí.

—¡Qué niño loco por favor!
—¡Qué! ¿Me vas a castigar?
—Jaja, no...
—¿Por qué no salimos un día, nosotros dos?
—Sí, puede ser.
—Sí... vamos a la playa.
—Dale.
—Te paso a buscar a tu otro trabajo y vamos.
—Bueno. ¿Cuando?
—No sé. ¿El sábado podés?
—Puedo.
—Sábado entonces. ¿A qué hora salís?
—A las tres.
—Dale, estoy ahí.
—Bueno.

¡Hecho! Tenía una cita con Serrana para hacer travesuras en la playa. Nunca había estado con alguien diez años mayor que yo pero siempre hay una primera vez y ella valía la pena. No esperaba comenzar una relación ni mucho menos, tan solo flirtear un poco, unos besos, unas apretadas, tal vez sexo, nada más. Otra intención no tendría sentido. Éramos muy diferentes. Ella buscaba un hombre que reemplazara al padre de su nena y yo buscaba una mujer de mi edad que entendiera los problemas de nuestra generación.

Pasaron esos dos días. Era un sábado bien soleado, precioso para ir a la playa. Yo estaba muy contento porque sabía que la iba a pasar bien. Lo presentía y además me sentía seguro con Serrana. Sentía que podía ser casi yo mismo. Digo casi porque tenía que disimular que no quería ni que jamás se me pasaría por la cabeza sustituir al padre de la niña –el último de mis intereses en la vida–. Tenía que ponerme un disfraz de alguien

más responsable que yo.

A las tres en punto la pasé a buscar por el Multiahorro de Propios cerca de la playa. Demoró un rato pero a la media hora salió. Caminamos despacio por Propios hasta la rambla charlando de asuntos de su trabajo. Yo le preguntaba cómo hacía para trabajar en dos lugares tantas horas y ella respondió que no tenía problema en hacerlo, que estaba para eso. Yo me sentía un pendejo total. Sentía que mi vida era un cúmulo de privilegios de un hijo de senador del Imperio Romano. Yo era un londinense y ella una inmigrante ilegal turca enamorada de un nigeriano. Ella tenía treinta y dos y luchaba por mantener a su hija con dos trabajos. Yo vivía con mis padres y lo que ganaba lo volcaba en alcohol, porro, cigarros, comida en los carritos y crema para el acné. Por dentro me sentía un degenerado, una escoria, un juez al que le gritan «¡laaaaarva humaaaaana!», pero por fuera trataba de ser un igual frente a ella aunque tuviese pocos argumentos.

Llegamos a la playa con una Paso de los Toros en botella de vidrio. Nos sentamos debajo de unos arbustos en la playa y allí charlamos largo y tendido sobre sus padres, mis padres, su familia, su hija, su ex, sus aficiones, mis aficiones. Confirmé que teníamos muy poco en común aunque eso no disminuía mi deseo que ya era más bien carnal. En un momento comencé con mi previa al ataque así que la empecé a halagar: lo bien que le quedaba la ropa; lo linda que era; la buena persona que se notaba que era, azúcares del estilo. Luego de esto, me lancé a por un beso y funcionó. Nos empezamos a besar con lengua y metí mi mano por debajo de su blusa para acariciar su espalda. Al rato la levante con fuerza y la puse encima de mis piernas. Pude sentir esa cola esponjosa que daba de lleno contra mi miembro semi-erecto. Si era por mí ya estábamos desnudos en algún lado pero había que ser paciente. Ya había logrado algo importante.

Tan solo esos besos que nos dimos podían convertirse en parte de una anécdota de años en la empresa. Eso no sucedió porque todo esto lo mantuvimos en extremo secreto. Fue el secreto más «ninja» que tuve que mantener.

Seguimos a los chupones en la playa hasta que en un punto ella se distanció un poco, se dio cuenta de que estaba en el jueguito adolescente con un pendejo compañero de trabajo y allí se terminó la historia. Le cayó la ficha. No había encontrado un nuevo padre para su hija.

Octubre de 2005

DOS DIAS LARGOS

1 El incidente de la Foto de la Hermana / Miguel y la Vida de Cárcel.

Era octubre y comenzaba la temporada alta para los festivales de música y cualquier otro espectáculo al aire libre. No hay nada como una masiva muchedumbre en un parque del interior rociada con alcohol, cargada de feromonas, lejos de los padres y, por lo tanto, de las prohibiciones. En este caso se trataba del Pilsen Rock, una idea muy divertida para los pendejos que podrían asistir y disfrutar de las bandas en boga, y por otro lado, un negocito muy rentable para la marca de cerveza que, aunque no vendía su alcohol, marcaba a fuego a decenas de miles de cerebros con su publicidad omnipresente.

Arrancamos con Jomi de La Banda de las Canicas y mi hermano Johnatan. Primero pasamos a buscar a Jomi a la escuela de policía donde estaba haciendo el curso para ser uno de ellos. Lo esperamos un rato hasta que, luego de quince minutos, salió vestido con el uniforme de entrenamiento: remera blanca lisa, pantalón deportivo azul y championes marca perro. Jomi no quería ser policía pero tampoco pensaba en otra profesión, así que simplemente siguió la carrera del padre, quien llegó a ser Comisario Inspector hasta que fue en cana por robar carne que iba destinada a los presos y le dieron de baja. Eventualmente le hizo un juicio al Ministerio del Interior y demostró que era inocente y que en realidad le hicieron una cama para que lo rajaran puesto que, al parecer, el padre de Jomi era muy reglamentarista en su función y no dejaba cometer irregularidades. Fue así

que entre los altos mandos y subalternos cercanos a Miguel, el padre de Jomi, conspiraron para borrarlo y poder seguir con los chanchullos. Al final logró retirarse con el cobro mensual correspondiente.

Luego pasamos por una boca a comprar porro y nos fumamos uno en casa de Jomi. Quedé muy drogado y empecé a mirar un punto fijo. Ese punto estaba en la misma dirección donde colgaba un cuadro con una foto grande de la hermana de Jomi en su cumpleaños de quince. En ningún momento quise enfocar la mirada en la foto como un pajero, solo coincidió con el punto en el vacío. Cuando me di cuenta del infortunio desvié rápido la mirada y miré de reojo a Jomi que me observaba y esperaba con paciencia que terminara mi paja mental:

—¿Te gusta la foto? —preguntó esbozando una sonrisa perversa.

Yo sonreí y le expliqué mi viaje. No me creyó demasiado pero como también estaba drogado no le importó. Creo que se calentó un poco más cuando mi hermano le dijo :

—¡Che, está buena tu hermana! ¿Cuánto tiene ahora?

Esa pregunta borró todo lo que había pasado antes.

Al rato llegó el padre de Jomi mientras nosotros seguíamos en el living de la casa. Esperábamos que pasara a buscarnos una camioneta para arrancar a Durazno. Miguel se sentó con nosotros y hablamos:

—¿Es verdad que conociste a Pablo Goncalvez, el asesino serial?

—Es verdad —respondió orgulloso—. Lo conocí en Cárcel Central.

Ignoraba que nosotros sabíamos todo lo que le había sucedido.

—Buen tipo ¿eh? Muy educado, cordial. Era de los pocos que no tenía cara de haber hecho algo. Nadie podía imaginar sus manos en el cuello de una mujer, presionando con fuerza

hasta que la mirada de la víctima se congela, y su cara pasa del terror a la inercia, a los músculos que se relajan para siempre... yo nunca tuve una persona muerta en mis brazos pero sí se me han muerto gatos en los brazos y al menos tengo una idea de lo que es un cuerpo vivo y uno muerto. No me puedo imaginar lo que debe ser sostener un cuerpo sin siquiera un puto músculo tenso. Difícil de cargar.

Pasados unos segundos de incomodidad, con la sutileza que nos permitía la locura, tratamos de cambiar el rumbo (no el tema) de la conversación:

—Parecido a Riki Musso el del cuarteto, ¿no?

Miguel no tenía elementos para afirmar esa comparación así que siguió:

—Los presos le temían. Era el Ted Bundy uruguayo. Había un pequeño grupo que le había perdido el miedo, o más bien ganado curiosidad, que se reunía a jugar a la conga con él.

—¿Y de qué hablaban?

—De lo que se habla en cualquier lado. Política, fútbol, la familia, lo que hizo cada uno para estar ahí. Porque son todos inocentes, ¿viste? Ninguno hizo nada... a todos los cagaron. A mí me cagaron de verdad pero ta...

—¿Había algún otro delincuente conocido?

—Que yo sepa, no. Casi todos de guante blanco. Anónimos que se llevaron millones... ah, pará... estaban los Peirano. Nadie hablaba con ellos. Todos les habían hecho la cruz. Además, ellos no querían hablar con nadie, eran como una logia, una secta. Después de los violadores ellos eran lo peor. Todos sabíamos que habían cagado a medio pueblo, así que en ese sistema de gente más o menos jodida, los Peirano eran más jodidos que Goncalvez.

—Eso puede ser por la sociedad machista —alegué. Se ve que en el subconsciente es más jodido robarle millones de dó-

lares a la clase media que asesinar y violar un par de mujeres.

Todos quedamos en silencio.

Se escuchó una bocina... era la camioneta que nos llevaba a Durazno. Una combi vieja llena de gente desconocida con botellas de vino cortado con Sprite y jugo rectificado[1].

El viaje en esa combi valió cada peso que pusimos para el combustible. En ella iban Gandhi, mecánico de bicicletas, treinta y dos años con aspecto de cuarenta y tres, pelo largo enrulado e hirsuto, despeinado pero bien cuidado o al menos lavado todos los dias con shampú Suave; Giovanna, esposa de Gandhi, veintisiete años con aspecto de treinta y ocho, cabello castaño claro y cara de pocos o ningún amigo. Aparte de ellos, viajaba Danilo, un guacho de acento muy canario de Melilla; Marcelo, otro canario con un palito de dientes en la boca y Javier el conductor junto a su novia Karen, una morocha de ojos verde oscuro y un mentón algo pronunciado aunque no llegaba a conformar una cara de luna en fase cuarto menguante.

La combi iba con una carga abundante de alcohol y personas así que, después de dos horas, llegamos al parque donde se llevaría a cabo el festival. Apenas bajamos –todos borrachos de jugo rectificado a excepción de Javier y su novia– nos despedimos a los abrazos. Éramos todos extraños cuando nos conocimos, pero grandes cantidades de alcohol guerrero en un espacio reducido pueden generar amistades tan entrañables como efímeras.

Teníamos dos intereses en ese festival: ver a Motosierra y a los Buenos Muchachos, bandas que nos partían la cabeza en ese momento, y luego levantar unas neo-hippies en la noche, en especial esas de calza ajustada color lila o verde fuerte. En realidad no importaba el color.

Llegamos borrachos al festival y apenas ingresamos al predio no

1 Jugo de naranja con alcohol rectificado.

dejábamos de cruzar gente, gente y más gente. Era una corriente incesante de todo tipo de personas en diferentes estados. La gran diferencia es que se notaba que esa vez había comida, que había escaseado en ediciones anteriores. Nosotros nos tambaleábamos para esquivar a la gente, parecíamos personajes de un juego de Atari bien básico, esos de eludir macaquitos y acumular puntos hasta el infinito. Cuando vimos que no podíamos avanzar más nos sentamos –a más de setenta metros del escenario–. No había pantalla gigante y los que tocaban se veían bien chiquitos. En ese instante tocaba RendHer, la banda nueva de la preciosa Stella Maris, ex-cantante de Elefante, una banda que comenzó siendo horrible y mejoró poco a poco hasta convertirse en referente de la movida electro-rock en Uruguay. Ese nuevo proyecto de Stella Maris no me conmovió en lo más mínimo y las canciones dejaron de interesarme al segundo veinte. Además, la banda se veía desde muy lejos como para por lo menos disfrutar del satisfactorio cuerpo de Stella Maris.

A una hora de haber llegado estábamos harto eufóricos y en plan desenfreno. Empezó Motosierra y nos volvimos locos. Gozamos los primeros temas y nada más ya que al tercero notamos que estábamos demasiado lejos como para entender algún arreglo. Era una pelota de sonido indefinido. Lo vimos y escuchamos igual con bastante atención. En el «entrebandas» nos pusimos a buscar pendejas neo-hippies para charlar, pero nuestros cerebros navegaban en un mar de estupidez. Después vino el plato principal para nosotros: los Buenos Muchachos. Atardecía cuando comenzaron y sonaban muy bien en comparación con Motosierra. Tocaron algo así como media hora y fue lo que queríamos ver. Quedó algo corto pero era comprensible porque tocaban como diez bandas. Ya en esa época no nos gustaba la Trotsky ni La Vela Puerca, que eran quienes cerraban. Nos fuimos a la ciudad, encontramos una plaza, nos recostamos en un árbol y caímos dormidos. Quizás fueran las nueve de la noche.

DOS DÍAS LARGOS
2 Ciudad Tomada / El Pueblo Amargado / Españolas

Nos despertamos a eso de las 3 AM, congelados y todavía borrachos. Intentamos dormir un poco más, pero hacía mucho frío. Ya no era posible volver a caer en coma del pedo. Así que, resignados, nos incorporamos y decidimos ir a la ciudad a ver cómo estaba el *downtown*[1] duraznense.

Caminamos unas cuadras hasta la plaza central y al llegar encontramos un gentío con botellas y cajas de vino en las manos. La ciudad era un caos. Parecía el 2015 de Volver al Futuro. Solo faltaba encontrar al villano que encontró el diario con los resultados del *5 de Oro*[2] ...y las patinetas voladoras, obvio.

Comenzamos a recorrer las calles y no dejaba de ver pendejas tiradas en la vereda listas para ser tomadas por esos que andan siempre en busca de reventadas. Nosotros fuimos a la plaza principal y nos sentamos a esperar que pasara algo. Al rato pasaron dos guachas de veintitantos con calzas de colores y acento extraño. Iban riendo y tomaban algo que parecía vino blanco. Las detuvimos de inmediato para pedirles un trago y de paso comenzar con la charleta.

—¿De dónde son? —preguntó Jomi.

—Ella es de Valencia y yo de Madrid —responde la más extrovertida, aunque no la más linda.

Yo tuve una erección apenas escuché ese acento de chica Almodóvar.

—¿Y qué hacen por estos lados?

—Somos psicólogas sociales. Estamos haciendo unas pasantías en el barrio Borro de Montevideo.

1 Centro de la ciudad.

2 Juego de azar uruguayo.

—¡Guau! Esa no me la esperaba. Les pregunto de nuevo: ¿Qué hacen por estos lados? —repreguntó Jomi acusando su falta de empatía y cero altruismo.

Las españolas rieron. Estaban borrachas y felices. Yo también estaba feliz.

La conversación se intensificó, las palabras y el alcohol viajaban y se diluían en nuestras gargantas y todos estábamos más cerca unos de otros. Todo se calentaba y todavía no habíamos decidido quién se quedaba con quien dado que, habrán sacado la cuenta, sobraba uno. Caminamos unas cuadras hacia las afueras de la ciudad y nos sentamos en una pequeña y semioscura placita con el busto de un tipo de bigotes parecido a Stalin pero con el pelo un poco más largo. Sofía, la más extrovertida, conversaba con Jomi sentada pero inclinada hacia la derecha, mostrando algo del culo que tenía buena pinta. Yo estaba de ese lado. Lentamente me empezaba a refregar con su culo y a ella no le importaba. Mi hermano ya estaba trenzado con la otra española, Angustia.

En una empecé a besarle despacio el cuello mientras ella seguía hablándole a Jomi pero ya divagaba y suspiraba un poco cada seis o siete palabras. Jomi también comenzó a besarla pero más grosero, con lengua babosa por el otro lado del cuello. Sofía parecía atrapada por dos gigantescas sanguijuelas y no lograba reaccionar. Se dejaba llevar por lo que parecía ser una experiencia sexual con latinos, de quienes tantas palabras halagüeñas hablan en materia amatoria.

A pocos minutos de acometer en su cuello, Jomi ya le había quitado la ropa interior a Sofía y la penetraba con furia. Yo me acerqué y puse lo mío en su boca. Jomi tenía una poronga enorme y Sofía no paraba de gozar. Parecía decir chanchadas que no se entendían por lo que tenía en la boca. A mi hermano se la chupaba Angustia y él nos miraba con ganas de meterse pero sabía que no iba a poder. Nosotros estábamos muy en-

simismados en lo nuestro, aunque a veces nos mirábamos con Jomi y nos enviábamos pensamientos telepáticos.

Sofía comenzó a jadear con más euforia. Iba a llegar. Yo intenté controlarme y mientras ella gritaba con la boca llena, saqué mi pene y le rocié la cara con el semen que salió a la velocidad de la luz y en abundantes cantidades. Creo que nunca había visto salir tanto de mi miembro. Su cara quedó blanca. De forma sorpresiva, apareció también mi hermano y le llenó la cara con sus fluidos. Quedó más blanca aún. De inmediato pidió algo para limpiarse. Mi hermano se sacó la remera y se la dio. Sofía se limpió y se la devolvió. Mi hermano la agarró con la puntita de los dedos y la tiró a un costado. Angustia se paró, frunció el ceño, resopló y llamó a Sofía, quien nos sonrió y siguió su camino. Nosotros estábamos eufóricos y a los dos minutos se nos pasó y nos quedamos dormidos.

Nos despertamos con el sol como una enorme brasa sobre nuestros cuerpos. Mi hermano tenía puesta la remera. Yo lo miré con la cara arrugada de asco y él me dijo: «¡Qué!». Le dije que se la sacara por lo de ayer. Miré a Jomi en busca de un cómplice, pero él levantó las cejas sin entender. «¿Te acordás de anoche?», le pregunto. Jomi negó con la cabeza. Le pregunté a mi hermano. Tampoco se acordaba. Conté lo de las españolas sin dar mucho detalle por la vergüenza. Básicamente les dije que conocimos dos españolas, conversamos, nos pusimos en pedo y cogimos. No recordaban. Comencé a dudar de lo sucedido, pero ¿cómo saberlo? Me acerque a mi hermano, pellizqué su remera, me acerqué y olí: solo desodorante Dufour.

Fuimos a la terminal y esperamos el primer bus que saliera a Montevideo. No nos interesaba quedarnos todo el domingo en esa ciudad. La tristeza que transmitía era demasiado fuerte y nos pegaba a todos. Llegó el bus y nos volvimos felices. Yo, como buen pendejo, quedé medio colgado con Sofía, exista o no.

FIESTA DE FIN DE AÑO

La fiesta era en lo de Marquitos, el Brad Pitt uruguayo versión pelo corto y una voz escalofriantemente aguda. Toda esa masculinidad que emanaba por cada poro de su cuerpo desaparecía con sus primeras palabras. También tenía esa suerte de inocencia que tiene la gente del interior. Si uno piensa en emprendimientos titánicos es probable que alguien del interior esté detrás de ello por ese ideal de que si se hace con amor y esfuerzo tiene que salir bien. Así vemos festivales de rock de diecisiete bandas, jornadas de intercambio masivas de constructores de aviones a escala y otros eventos de diverso estilo. Siempre hay gente del interior detrás de todo esto. Y lo agradezco. Agradezco ver personas con esa inocencia despojada del cinismo y la porquería cultural que suele haber en una ciudad. No sé muy bien lo que es. Solo puedo decir que la ciudad nos ha quitado algo... algo importante... quizás coraje... quizás ganas... quizás estímulos visuales que no llevan a ninguna parte... ¿Quién sabe? Marquitos era uno de esos tipos: bueno, inocente, sin ganas de profundizar en algún tema, como que no tenía muchos intereses más que el fútbol y la construcción. Nada más. Su casa era grande y ordenada, con una barbacoa recién construida por él.

Cuando llegué a la fiesta ya había ambiente regado. Estaban divididos en dos grupos: el macho alfa Seba con su esposa, Superlabios, Natalia Sanz, Fabián y Joanna, una pareja de grasas Nivel Uno junto a Marquitos en el parrillero; Teo, Mariano, Tesa y Dumas sentados lejos del fuego. En el grupo del Seba, dominaba el *Johnny* rojo mientras que en el otro grupo predominaba la cerveza. De todas formas, ambos grupos estaban animados. El Seba ya se estaba poniendo colorado y tenía una

sonrisa perpetua, Teo estaba con los ojos bien abiertos, como de sorprendido, y también tenía una sonrisa perpetua.

Al llegar me senté con el grupo de la cerveza pero con un vaso enorme lleno de whisky. El Seba me sirvió y fue muy generoso. Cuando me senté, agarré una conversación empezada sobre las prostitutas. Mariano continuó con un pensamiento que se había interrumpido con mi llegada:

—...entonces, la lápida de la mina dice: «Fui meretriz en la ciudad de Bizancio y mío fue el amor que he vendido. Soy Calirroe, experta en las artes de la voluptuosidad. Herido por las mordeduras del amor, Tomás puso este epitafio en mi tumba, mostrando así la pasión que se apoderó de su alma. Su corazón se derritió y se ablandó como la cera». Me lo sé de memoria porque me impactó esa consideración que tenían con la prostituta. Esto es una demostración de cómo involucionamos en ese sentido. Los antiguos griegos lo veían como algo natural el tener mujeres como válvulas de escape a la vida conyugal. Les hacían monumentos y los ponían al lado de personas célebres y a nadie le molestaba, ni siquiera a las mujeres casadas.

—Qué loco el tipo que le hizo el epitafio. Como que se enamoró de verdad, ¿no? —agregó Tesa que se comenzaba a interesar por el tema.

—Se ve que sí —coincidió Teo.

—¿Por qué decía «Arte de la voluptuosidad»? —preguntó Tesa sin encontrarle sentido a la frase—. Porque a mí, arte de la voluptuosidad me lleva más a las pinturas de este tipo que los hacía a todos gordos... se me fue el nombre ahora.

—Botero —dice Mariano.

—Ahí va, Botero. Me da más Botero que sexo o lo que quiera que haya querido decir con voluptuosidad.

—Sí, es raro. Capaz que la traducción del libro que leí no está bien hecha. Lo único que sé es que esa expresión es algo así

como lo contrario al amor. Viste que nosotros a veces decimos «No es amor, es solo sexo». Sería algo así. La voluptuosidad sería el sexo.

—Ahora, si el tipo estaba enamorado de la prostituta y le grabó eso en el epitafio: ¿Por qué no dejó a la esposa y se fue con ella? —preguntó Tesa a Mariano admirada por el gesto romántico de Tomás para con Calirroe.

—No sabemos si estaba casado, pero si lo estaba, no había nada raro. Te digo que valía todo. No tenía necesidad de separarse. La esposa en la casa encerrada cuidando a los hijos y él con esa doble vida aceptada socialmente.

—No entiendo... —dijo una Tesa desconcertada.

—Es que es normal que no entiendas porque todo eso fue en una época en la que el concepto de «pecado» no existía entonces la gente no estaba reprimida por una piedra que dijera «No cometerás adulterio», ¿entendés?

—Ahh...

El grupo del parrillero hablaba del trabajo: que los cheques, que los sobres, que los portavalores, que los policías, que los nuevos, etc. Claro, las encargadas se pasaban metidas ahí dentro más de la mitad del día, así que era normal que no tuvieran de qué hablar más que de la nada misma que sucede en una oficina.

Una hora más tarde ya estaba la oficina completa. Faltaron muchos nuevos que tal vez intuyeron no llegar a sentirse a gusto yendo a una fiesta de fin de año con desconocidos.

Yo estaba medio borracho al igual que casi todos. El grupo de la cerveza nunca se separó, más bien se amplió. Se agregaron el loco Pablo, Eduardo y Martin.

La fiesta fermentaba y de a poco aparecían los primeros actos decadentes. Primero el Seba, que empezó a perseguir a Natalia Sanz con su palabrería patinosa de borracho, y Natalia que huía

pero, al mismo tiempo, reía. La esposa de Seba en otra. Era muy evidente lo que hacía Seba, pero ella estaba enceguecida por la idea que tenía de él. Cuando la gente no quiere ver, no ve y listo. Teo que hablaba de música electrónica –que nadie escuchaba–, obsesionado con el house, mencionaba referentes anónimos para todos. Él parecía pensar que todos le prestaban atención. Su ego estaba más borracho que él. Tesa estaba *on fire* y hablaba rapidísimo de pelotudeces relacionadas con la noche, la ropa y nimiedades de la rutina laboral. En una se colgó conmigo a hablar de todo eso y, mientras profundizaba en la relación de los grasosos Fabián y Joanna, la paré y le dije:

—¿Y si dejamos de hablar del trabajo?

—Bueno, ¿y de qué querés hablar?

—De vos. De lo linda que estás.

—Ah, callate.

—En serio, estás para el secuestro.

—¿Para qué?

—No, que estás divina. Nada más.

Mantuve los ojos fijos en ella, me precipité hacia su boca y le di un beso de esos que te hacen temblar todo el cuerpo. Su sorpresa pareció canalizarse en el beso y le dio un gustito especial. Ella también temblaba. Yo ya estaba en las nubes por haberla besado, algo que hacía más de un año deseaba. Ahora había que avanzar. Me la tenía que llevar.

Al alejar nuestros labios uno del otro, nos quedamos inmóviles por un rato hasta que, de a poco, nos empezaron a hablar los que estaban allí, pasado el shock de haberse enterado de que Tesa y yo andábamos en algo. Con los minutos nos fuimos olvidando de lo que había sucedido, aunque igual seguíamos juntos, uno al lado del otro. Nos sentíamos; nuestras caderas se rozaban, nos acariciábamos con el dorso de nuestras manos y, de a ratos, nos mirábamos. Me pareció que al menos esa noche la había enamorado.

La noche terminaba. Fuera de lo de Marquitos, el Seba se comía a Natalia Sanz sin ningún remordimiento como buen macho alfa. La esposa conversaba con Fabián y Joanna sobre cómo hacer para que el pan quedara bien esponjoso. El loco Pablo se puso en pedo y se cayó un par de veces. Superlabios estaba en plan lujuria. Quería a Sandino, un tipo alto y ancho que hacía años estaba en la empresa, pero este se resistía. Creo que al final el sacrificado Jorge agarró viaje y se fue con ella y el loco Pablo en el taxi.

El final de ese 2005 fue muy parecido a los anteriores. Chupe, ácido, cabezas flotando...

Parte 3

Enero de 2006

UN ROBO EN LA EMPRESA

El 2006 empezó con una gran desaparición de plata. De un día para el otro se esfumaron siete mil doscientos dólares destinados a recargar un cajero. Parece que la maniobra fue no cambiar el cajón semi-vacío de los dólares por el lleno, dejando el cajero con los dólares que quedaban. Como no se suelen retirar muchos dólares esto saltó al día siguiente a última hora. Paralelamente, Ricardo Facciolo, uno de los que trabajaba en la oficina hacía mil años y cuyo padre también trabajaba allí hacía más todavía, dejó de ir a trabajar sin avisar. No demoraron mucho en deducir que Ricardo se había llevado la guita.

La oficina estaba en shock. Ricardo era un tipo tranquilo, práctico, reservado y eficiente. Lo único sospechoso que tenía era ese bigote de mexicano que le daba aspecto de villano a cualquiera que lo poseyera, por lo demás, nada que reprochar. Tenía una novia que aparecía con un ojo negro cada tanto pero se sabía que no era Ricardo sino el padre de ella: violento y alcohólico. Cuando la vi por primera vez con el ojo negro le pregunté a Martina y ella me contestó con gran naturalidad: «Si, cada tanto viene así. El padre le pega».

A pesar de la casi certeza de que había sido Ricardo el culpable del robo, la revisión a la salida fue exhaustiva. No nos pusieron en bolas porque debe violar algún derecho del trabajador pero fue lo único que faltó. Revisión de bolsos, bolsillos, cacheos: parecía la entrada a un clásico.

Terminó la semana y Ricardo no aparecía. La empresa hizo la denuncia penal y al lunes de la semana siguiente lo encontraron. Estaba en Maldonado. Se había gastado toda la plata luego de alquilar una casa, llenarla de menores de la zona, Johnny

Walker y veinte gramos de merca. Lo primero que pensé es que en algún momento le diagnosticaron una enfermedad terminal, mandó todo a la mierda y se llevó la guita para reventarse hasta implosionar. Aún no sabemos bien qué pasó, solo que el padre habló mucho con los altos directivos para que no siguieran con la denuncia y parece que los convenció. Más adelante me enteré que el viejo trabajó tres meses gratis luego del robo.

Diez años después me encontraba en la cantina de un bar tomando un whisky y en la tele del bar daban un programa dedicado al baby-fútbol en VTV[1]. De pronto apareció Ricardo y la leyenda abajo decía: «Ricardo Facciolo - Entrenador de Estrella del Norte». Se había quitado el bigote de mexicano.

PANÓPTICO

El clima laboral se enrareció luego del robo. Las encargadas nos miraban con expresión de guardia carcelario que intenta encontrar al culpable de fabricar el corte incrustado en el cuello de un preso. Yo intentaba olvidar todo aquello y en la media hora me sumergía religiosamente en una biografía no autorizada de los Rolling Stones. Nadie me podía joder en ese universo de drogas de calidad, música, sexo en aviones y trabajo flexible. Esa vida que se le presenta a algunos seres, los que más se acercan a las vivencias de un ángel.

Natalia Sanz estaba rara. A veces, se paraba en medio de la oficina y nos comenzaba a mirar detenidamente uno a uno. Nos estudiaba. Intentaba deducir quién sería el próximo en robar y nos lo hacía notar. Ella venía de una familia de policías pero no siguió el mismo camino. Arrancó para Economía, y mientras terminaba la carrera, ejercía el poder desde la microficina y últimamente desde el propio centro de la oficina grande de forma

1 Señal televisiva de Uruguay.

panóptica como si recién hubiese leído a Foucalt sin haberlo interpretado correctamente.

Natalia Sanz era la que estaba más buena de las tres encargadas. Era la menos voluptuosa, la más bajita y tenía las mejores tetas o por lo menos las más grandes que para mí es lo mejor. Lo único que estropeaba ese buen cuerpo era esa cara de bruja anciana, mezclada con un Goris de los Fraggle Rock, aquellos títeres gigantes de nariz con forma de boniato que tanto asustaban a los diminutos *fraggles*[2]. Parecía una anciana bajo una maldición que le permitía mantener la juventud en todo su cuerpo menos en su cara.

Aldana estaba como siempre, solo que un poco más gritona. Antes, si había algún error en nuestros balances o no entendía algún número, se paraba, se dirigía al cubículo donde estaba el responsable y le preguntaba personalmente. Luego del robo, bastaba un dígito ambiguo para poner el grito en el cielo. ¡MARIANOOOO! ¡FABIANAAAA! ¡¡TEOOO!! ¡¡TESAAAAA!! Y allí iban sin saber si se trataba de un gancho incomprensible o un error en los cálculos. A mí generalmente me llamaba por números que no se entendían. Mi cuatro y mi cinco se parecían. A partir del nuevo método «alarido» de Aldana empecé a hacer los números más claros aunque me tomara unos minutos más cerrar la planilla. Eso me molestaba porque me impedía cumplir con el objetivo diario de cerrar tres cajeros por día. No era una meta de la empresa sino personal, como correr solo para batir mi propia marca. Autosuperación: la clave del éxito.

Superlabios no cambió después del robo. Siempre fue la más buena de las tres, cómplice de sus empleados. Nunca olvidó que alguna vez estuvo en nuestro lugar.

---

2 Marionetas similares a los Muppets.

Febrero de 2006

AMOR ASIÁTICO

Cada tanto iba a trabajar los sábados. Algunos viernes Superlabios pedía interesados en trabajar los sábados de mañana en la tesorería de la empresa, un lugar más subterráneo, más sombrío y más cerrado que la oficina donde trabajaba habitualmente. A veces precisaba una plata extra o más bien compensar el sueldo perdido por ir tarde cerca de tres veces por semana. Tenía que recuperar al menos nueve horas semanales para tener un sueldo decente, así que algunos sábados iba.

Un sábado de abril se armó un buen grupo ahí abajo y coincidió que casi todos estaban resaqueados de la noche anterior. Esa tesorería subterránea parecía una planta de destilación en decadencia. El alcohol en estado gaseoso ocupaba todos los espacios y el aspecto general de los allí presentes parecía representar lo peor de nuestra generación. *White trash*[1] uruguaya. El Seba, Dumas, Nicolás, Eduardo, Martin, Teo, Mariano y yo. También estaba Jennifer, la novia de Sandino. Sandino era un loco que trabajaba hace años en la empresa, fachero a su manera, vulgar y militante a morir del Frente Amplio. Iba a todos los actos con la bandera y la matera con los stickers alusivos a la causa. Buena gente pero con poco para aportar a una conversación interesante. Superlabios moría por él pero no podía torcer su fidelidad a Jennifer quien no tenía linda cara pero tenía un culo grande con forma de manzana que compensaba. Era grande como el de Serrana La Madre pero más formado, más firme y juvenil, de mina de veintidós años. A no muchos les llamaba la atención esa voluptuosidad más que a los policías y portavalores, a Sandino y a mí. Se ve que los culos grandes son para hombres

1 Basura blanca. Así se le llama al norteamericano caucásico de clase media baja.

vulgares. Mi vista se entretenía a roletes mirándola sentada de espaldas con medio culo que no entraba en sus jeans, a la vista de todos, pero que nadie miraba con particular atención. Yo parecía el único hipnotizado por esa alcancía.

Esa mañana de abril conversé mucho con Mariano

—El otro día vi una película china. Se llamaba «In the Mood for Love». ¿Viste que los chinos no cogen?

—¿Cómo que no cogen? —respondí azorado.

—No. O sea sí, pero es implícito. Para los chinos no es relevante poner una escena de sexo en una película: lo sugieren.

—¿No será que está prohibido por el régimen comunista?

—Mmm... puede ser. Pero igual... se ve que perfeccionaron tanto el arte de dar a entender que no utilizan escenas de sexo para mostrar el amor y la pasión entre los personajes aunque igual se nota que están enamorados, o que se quieren dar por lo menos.

—¿Y cómo te dabas cuenta en esta peli que andaban en algo?

—Te dabas cuenta al toque. Con sus miradas, música sensual, ligeras caricias, y además se encontraban en la habitación de un motel: la 2046. Parece que así se llama la secuela.

—La única peli asiática que vi fue Audition. No la entendí mucho y me dio algo de asco o impresión. La mina le clava decenas de alfileres en los ojos a un tipo. Es lo único que me quedó de la peli. Después nada. No entendí nada.

—Ta, pero esa es una película «perturbadora». No es lo mismo. Esto era un drama romántico. Dos personas casadas o en pareja que viven en soledad porque sus respectivas parejas trabajan todo el día o están de viaje. Por ejemplo, en la peli, nunca ves al esposo de la mina que protagoniza. Entonces con el tiempo se empiezan a cruzar, charlan, y ves cómo se enamoran pero de una forma muy sutil, todo muy frío. Te cuesta mucho imaginar a la mina desnuda teniendo sexo. La verdad que lo

hacen muy bien los chinos. Tres o cuatro pelis de esas y podés pensar en la vida sin sexo.

—Para mí sería imposible no incluir una escena por lo menos excitante. Ahora por ejemplo, pondría una cámara directa a lo que se ve del culo de Jennifer. Aumentaría el zoom hasta que sea un primer plano y luego una monedita tipo dibujito animado que se incrusta de a poco, bien vulgar como película de Porcel y Olmedo.

—Jajaja. ¿Vas a dedicarle tanto tiempo a ese culo? Es muy grande.

—Ay perdón señor exquisito, amante de *escorts*[2] de quinientos dólares (un día se le cayó una tarjetita perfumada que a lo lejos se veía que era de un «servicio especial»).

—Ta, para empatarle a tu cabecita podrida te cuento una que me pasó el otro día. Iba en el 306 rumbo a Malvín a la altura de la Curva de Maroñas, ahí por la sede de Danubio. Iba sentado en el medio del ómnibus en un asiento del pasillo porque el sol estaba bravo. En esa veo que se para, allá bien adelante, una morena preciosa, medio pendeja, con una pollerita turquesa re terraja pero cortita. Camina un par de pasos hasta la puerta delantera mientras yo la miro hipnotizado e imagino chanchadas, tan colgado que no me doy cuenta de que con su mano derecha sostenía dos muletas y que claro, se había levantado del asiento para lisiados. Me sentí un degenerado y me puse color culo de mandril. Después me acordé de la película «Crash, Extraños Placeres» y los personajes que, en realidad, no estaban mal de la cabeza sino que solamente se excitaban con choques y las mutilaciones. Eran gente bien pero con la cabeza un poco jodida nomás. Así que al final no me sentí tan perturbado.

—¡Qué hijo de mil puta! Una pendeja lisiada. Dejá, me diste vuelta el partido.

—¡Callate!

2 Prostitutas de alto nivel.

—Esa película es más sucia que la mía. Muy poco asiática.

—Jeje.

En ese momento me di cuenta de que cualquiera de los que estaba allí podía escuchar la conversación y no entender nada de lo conversado. Por un instante me sentí solo, mi espacio se expandió rápidamente y, de un momento al otro, me encontré a cientos de miles de kilómetros de todos en la tesorería, menos de Mariano. En un flash, me abordó la imagen de una nave gigante que nos transportaba a Mariano, a mí y a cientos de personas más fuera de la Tierra, dejando al resto con la mirada hacia arriba y sus ojos enrojecidos. Todavía tengo esa imagen cuando me pasan tres o cuatro cagadas en un día. Es mi lugar seguro.

Marzo de 2006

LA GRASA

Fabián y Joanna eran tratados con normalidad pero en realidad todo el mundo hablaba a sus espaldas. Durante los primeros meses no registré su presencia, pero con el tiempo su repugnancia empezó a invadir mis rincones.

Fabián tendría un poco más de treinta años, pelo bien corto, cara de brasilero mezclada con Quico del Chavo del Ocho y algo de Kevin Bacon pero con granos. Cuando lo conocí deseé no haberlo conocido. Resultó tremendamente soberbio, grosero, machista, misógino, ignorante y otros adjetivos –aún peores– que se te puedan ocurrir. Un verdadero supervillano. Su gran fortaleza era ir para adelante. El tipo, feo como era y con la cara desfigurada por el acné, actuaba como si fuera el rey del mundo. Al final, uno terminaba olvidando los defectos de su cara y toda atención se dirigía a su ser, espantoso ser, pero con una autoestima tan alta que nos encandilaba a todos.

Joanna estaría cerca de los treinta y me daba más asco que Fabián. Tenía toda la cara grasosa de maquillaje berreta y no tantos granos como Fabián porque probablemente se pondría trescientas cremas por minuto para detenerlos. Tenía un cuerpo con sobrantes por todas partes, particularmente en su cadera donde su cinto parecía haber sido tragado por lo que sobresalía. Era más mala que Fabián. Era la que más hacía pagar derecho de piso a los nuevos. Cuando conversábamos me hablaba mal de otros sabiendo que con otros iba a hablar igual de mal sobre mí. Su risa era un insulto a la alegría y sus gestos eran siempre exagerados, como los de los italoamericanos satirizados en programas de humor americanos. Gastaba un millón de dólares en comida, nunca una viandita. Y lo peor de todo: se burla-

ba abiertamente de la novia de Fabián. Se vanagloriaba como amante ideal.

Eran la pareja perfecta de soretes. De mi parte no había problema. No sabía por qué hablaban tanto de ellos todo el tiempo. Un día me enteré de casualidad en el descanso mientras Sonia hablaba con Fabiana:

—¡Otra vez chuponeando ahí atrás!

—Siempre acá adentro además. ¿Por qué no se van a la vuelta donde nadie los ve? —dijo Fabiana indignada.

—¡Porque quieren que los vean, m'hija! —dijo Sonia con tono experiente.

—Me parece un mamarracho.

—A mí también pero ustedes los jóvenes son así ahora. Hacen lo que hacen más para que los vean que para ustedes mismos. Les gusta mostrarse.

—¡Ah no! A mí nunca se me ocurriría hacer eso —dijo Fabiana mientras se acomodaba las tetas en el sutién con delicadeza.

—No tuviste la oportunidad —respondió Sonia mirándola de reojo.

—¿Qué oportunidad? —respondió Fabiana algo sorprendida por el tono que tomaba una simple conversación en el descanso.

—Dale, si yo veo como lo mirás, m'hija...

Un silencio muy incómodo se apoderó de todo el lugar incluyendo a un simple trabajador como yo que tan solo buscaba un lugar donde poner la mente en blanco o en mi libro de Henry Miller. Fui a mi lugar seguro.

Era cierto: Joanna y Fabiana eran amigas. Yo no sabía bien cuán profundo era ese vínculo, tan solo sabía que ellas iban juntas a comprar el almuerzo y se sentaban con el grupo del almuerzo comprado. Las del almuerzo comprado no tenían nada especial. Lo que las hacía especiales era solo el hecho de com-

prar la comida todos los días. En ese grupo estaban Superlabios, Natalia Sanz, Aldana, Marquitos, Joanna, Fabián, Sonia y Raúl. Supongo que adquirieron una especie de sentimiento de pertenencia perturbador, ya que cuando alguien compraba comida y se sentaba donde estaban ellos, había cierta tensión. Una vez terminé sentado ahí por casualidad y tuve la peor digestión desde mi ingreso a PROVAL. Ellos disfrutaban de su status de compradores diarios de comida. Así se alejaban de los otros que no compraban comida porque trabajaban menos horas y podían aguantar a llegar a su casa. Tal vez esa sensación de superioridad que tenían solo en la media hora era algo reconfortante, compensatorio de una vida chata.

Abril de 2006

EL MEJOR CUMPLEAÑOS

Durante el verano anduvimos a los apretones con Tesa. Buscábamos cualquier ocasión para ir al comedor, que en el verano pasó a estar en otro sector de la oficina tapado con una pared de yeso blanca que pronto cambió de color, y ahí darle al manoseo. Nos queríamos con pasión. Hablábamos poco y nos tocábamos mucho, aunque no era un toqueteo tan sexual, sino más bien adolescente de trece en sus primeras apretadas: mucha cintura, brazos, espalda y un poco de cola. Ella era virgen y lo afirmaba con sus acciones.

Fuimos a ver a Los Jugadores Sensibles que tocaban con otra banda llamada El Búho Arnau, una supuesta banda de «auténtico» *grunge* al decir de algunos que ya la habían visto.

Era mi cumpleaños y había invitado solo a mis amigos íntimos: al Topo, al Munúa, a Patricia –que no fue porque estaba enferma–, a mi hermano y a La Banda de Las Canicas. Imaginé que Tesa iba a estar como sapo en otro pozo, pero de todas maneras me arriesgué. Prefería jugar de local. Entraba en pánico cuando pensaba en la idea de ir a una discoteca con los amigos pendejos de Tesa, bailar música *cachichín cachichín,* evidenciar que era un tronco para el baile y pagar tragos de un millón de dólares.

El toque era en Intramuros, un antro apestoso al que se accedía bajando una escalera. En la puerta, un flaco buena onda te cobraba una entrada de cuarenta pesos y te dejaba pasar. Bajabas unos treinta escalones y te encontrabas con una suerte de caverna con luz tenue. Luego se dividían los caminos pero el principal te dejaba de cara con la barra y luego, a la izquierda, se veía otro pasillo que terminaba en el escenario ya armado para tocar.

El lugar donde tocaban las bandas era un ambiente semicerrado porque las vigas que lo dividían del ambiente donde se paraba el público eran arqueadas, entonces el sonido rebotaba y volvía hacia la banda, lo cual generaba un loop que convertía cualquier intento de buen sonido en una bola. No había manera física de sonar bien.

Yo me sentía un poco encerrado en ese antro. Seguía perturbado por la reciente tragedia de Cromañon que durante Enero nos tuvo viendo cadáveres de adolescentes todos los días en la tele.

Tesa se lo tomaba mejor de lo que pensaba. Hasta creo que le agradaba el lugar:

—¿No te da un poco de asco esto?

—No... Se parece a algún lugar que fui.

—¡Uf, que alivio! Pensé que ibas a salir corriendo.

—¿Por?

—Porque te imaginé un poco más delicada.

—Arqueó las cejas y se mordió el labio inferior. Luego me besó:

—¿No toca Eduardo?

—Sí.

—Y bueno. Eso es lo más. ¿Te imaginás a Eduardo tocando?

—Sí, ya lo vi.

—¿En serio? Qué loco verlo haciendo algo que no sea contar.

—Eso es cierto. La primera vez que lo vi me sorprendió. ¿Te imaginás que cada uno de la oficina tuviese un pasatiempo así re-loco? Por ejemplo que Mariano sea trapecista, o que el loco Pablo sea actor de teatro.

—Natalia Sanz y Aldana haciendo *stand-up*.

—Jaja, sí. Teo remontando cometas.

—Jaja, me lo re-imagino.

Y así seguimos hasta que empezaron las bandas.

Arrancó El Búho Arnau. Presentaba un cantante muy alto con

la voz de Eddie Vedder y un guitarrista que también era muy alto y hacía muchos ruidos con la guitarra. El otro guitarrista era un pelado que meneaba la cabeza y parecía gozar con lo que estaba haciendo. Al fondo estaba el bajista que, inmóvil, era implacable en cada pulsación. El baterista no estaba visible pero musicalmente estaba muy presente. No se equivocaba. Luego tocaron Los Jugadores Sensibles. Sonó mucho mejor que cuando los había visto en Amarcord. Su sonido había madurado mucho y, para mi agrado, hicieron una versión de «Nr. 13 Baby» que me resultó un deleite auditivo. Eduardo estaba en su lugar. Miré a mi derecha y ahí estaba Tesa, como quería, disfrutando con Eduardo y sus poses en el escenario. A Cantidades no le gustó la banda. La Amarga trataba de callarlo pero no lo lograba así que nos fumamos al pelotudo que le gritaba a la banda cualquier disparate. Cada vez que veía a Noelia La Amarga, me daba pena, en especial porque no dejaba de sentir esa impotencia de ver una mina tan linda, sensata, con un imbécil de esa magnitud.

Salimos del toque emocionados por la actuación de Eduardo. Al llegar a la esquina la tomé de la cintura con las dos manos y la llevé contra la pared de un bar cerrado. La besé con intensidad y la invité a mi casa:

—¿A tu casa? ¿No vivís con tus padres?

—Sí, pero no hay problema. A esta hora están durmiendo.

Ella me miró un momento, sonrió, y asintió con la cabeza. Tomamos un taxi hasta mi casa y, ocho minutos después, estábamos ahí.

En casa el ambiente era propicio. Era muy tarde y, además, todas las situaciones incómodas ya las había vivido con Viviana, así que estaba todo bien. *¡No problem!*

Al llegar, fuimos derecho a la cocina. Le ofrecí un vaso de agua y ella aceptó. Subimos las escaleras y llegamos a mi cuarto.

Mi cuarto era pequeño y no tenía ventanas. Era en realidad un cuarto largo dividido por un biombo gigante que hacía de pared. A mí me había tocado la parte sin ventana, pero más grande.

En el otro cuarto mi hermano roncaba como mi tío gordo. Al escuchar los ronquidos inescrupulosos, nos miramos con Tesa y nos reímos. Enseguida prendí una radio despertador que tenía a mano y puse cualquier música. Nos sentamos en la cama y comenzamos a besarnos. De a poco comencé a sacarle la ropa. Primero le saque la remera rosada con el dibujo de un pato que exhibía una paleta de caramelo. Luego me saqué la remera. Me levanté y apagué la luz. No se veía nada y todo era un juego que sentía que debía ganar. Me resultaba difícil hacer todo sin luz. Al final lo logramos. Nos quedamos sin ropa. Igual sentía que algo no andaba bien. Le dije «¡tapate!» y me levanté. Prendí la luz y allí estaba Tesa, recostada en mi cama, tapada con una sábana. Era un sueño, el mejor momento de mi vida. Fui hacía ella y le dije «no vamos a estar como dos topos. Vamos a mirarnos». Ella respondió «bueno». Nos besamos y nos tocamos aunque no nuestras partes íntimas. Luego de un rato frotándonos, me puse sobre ella y la penetré. No sabía si iba a estar mojada o no porque no había podido tocarla. Estaba mojada. Ella gimió levemente y ante cada introducción su gemido disminuía hasta que se convirtió en un jadeo. Yo estaba feliz. Lo estaba haciendo bien. Al cabo de unos diez minutos todo había terminado. No sentí espasmos orgásmicos de su parte pero creo que para ser la primera vez estuvo bien. No sufrió. Yo tuve un orgasmo de seis segundos.

Abril de 2006

¿NUEVOS PARADIGMAS O VEINTICUATRO PESOS?

Mi tiempo en la empresa comenzaba a agotarse. De pronto todo me parecía absurdo. El loco Pablo ya no me parecía tan loco, a las encargadas las veía cada vez más grasosas, desagradables. La oficina me asfixiaba, el cubículo en el que trabajaba me parecía una jaulita de esas que usan para llevar animales al veterinario, y cada vez con más frecuencia, sentía «el gran ojo» que tenía sobre mi cabeza. La paranoia me tomaba y controlaba mis movimientos. Cada día soportaba menos a todo el mundo y cada día iba menos horas a trabajar. En el transcurso de unas semanas, pasé de entrar a la una de la tarde a entrar a las cuatro, solo para salir de recorrida y volver a cerrar los balances. Sabía que iba a cobrar muy poco pero no me importaba: prefería el tiempo libre. De todas formas no precisaba mucha plata en ese momento y si me faltaba le podía pedir a mis padres para tirar unos días hasta el siguiente cobro. Durante esos días lluviosos de abril decidí que a fines de julio renunciaba. Se terminaba el ciclo. Ya había hecho todo lo que se podía hacer y solo quedaba estancarse para siempre en la rutina y ascender pequeños pasos cada cinco, seis años. No, yo no iba a terminar así. La vida tenía mucho más para mi. Tenía el destino en mis manos y lo manipulaba con decisión. Había abandonado los estudios por ese trabajo y eso no me lo podía permitir. No podía dejar una carrera universitaria que me permitiría cambiar la vida de los jóvenes mediante la planificación de políticas educativas de calidad y el establecimiento de nuevos paradigmas, por un trabajo de veinticuatro pesos la hora. No, no podía permitirlo.

Tenía que pensarlo con tiempo porque requería un trabajito

psicológico. Al ser humano, y al uruguayo en particular, le gusta lo seguro, lo rutinario, y no le gustan los cambios. Los cambios son el mismísimo demonio. Cuando una persona anuncia que va a hacer un cambio radical, la reacción circundante suele ser; «¿Estás seguro?» como si uno hubiese dicho lo que dijo como un pensamiento en voz alta o un delirio pasajero producto de algún vaso de vino. «Bueno, quería reunirlos para avisarles que me mudo a Paso de los Toros», «Amigos, aprovecho esta reunión para decirles que voy a adoptar un niño del INAU», «ya que estamos reunidos les quería comentar que pensaba cerrar mi academia de choferes para irme a Estados Unidos a manejar un taxi, tengo un amigo allá que lo tiene todo arreglado.» Puedo asegurar que la reacción en todos esos casos fue «¿Estás seguro?».

Dos años y medio es mucho tiempo. Aunque no tanto como los tres y medio que estuve con Viviana. El otro día soñé con ella. Íbamos en un ómnibus de los interdepartamentales sentados en los asientos del fondo. Yo iba sentado en un asiento de la última fila y ella iba con uno de los nuevos del trabajo un lugar más adelante, solo que esos asientos estaban enfrentados al mío, así que estábamos frente a frente. Yo estaba vestido de blanco (remera y bermuda) y ella con un vestido negro con flores rojas verdes y blancas. En el sueño yo sabía que Viviana y mi compañero del trabajo eran amigos de toda la vida. En una nos empezábamos a mirar fijamente. No nos quitamos los ojos de encima. Nos mirábamos con una lascivia Nivel Rojo. Nuestra mirada decía «Te extraño», «¿Volvemos?», «Nos bajamos ya y vamos al primer telo que veamos», «Nunca te dejé de amar preciosa». Y nos seguíamos mirando. Ella comenzaba a recorrer mi cuerpo con sus ojos y yo miraba sus ojos haciendo ese recorrido. Ver esos ojos yendo lentamente hacia mi entrepierna para luego volver a chocar miradas era una experiencia harto excitante. Mi cabeza estaba a mil, no tanto por las feromonas que había en ese

aire onírico, sino por la emoción de volver a tener a Viviana en mis brazos y retomar lo que habíamos dejado. Me encantaba la idea. Cuando nos inclinábamos para darnos un largo beso me desperté. Estuve todo el día melancólico y ahí brotó la idea de abandonar la empresa.

Mayo de 2006

LA ALEGRÍA VA POR BARRIOS

Me compré un Nokia 1100 para comunicarme con Tesa. Estaba colgadísimo con ella pero comenzaba a sentir algo tibio de su lado. Sentía algo parecido a cuando tuve una novia a los catorce que de un día para el otro me dijo que andaba con otro cabezón. Y algo así pasó. Comencé a llamarla y me respondía con palabras secas, frías. En el trabajo me evitaba. Era claro que ya había pasado el momento de pasión. Una tarde la agarré en el comedor:

—¿Y? ¿Terminamos?

—¿Eh? ¿Qué decís, boludo?

—Que terminamos. Ya está, ya fue. No hay onda, nada.

—Dejate de joder.

—No me dejo nada. Decime ya la posta que está todo bien.

—¿Qué posta?

—¡Decime ya la posta!

—¿Qué posta?

La tomé con ternura del brazo y la miré fijo con cara de póquer. Ella cedió y finalmente dijo:

—No me gustas más.

—Ok...

Salí del comedor y me fui al baño. Cagué y después lloré. Yo estaba seguro de que se iba a quedar pegada a mí después de ser su primer hombre, aunque ahora que lo pienso, estaba muy tranquila la noche que lo hicimos...

LA CASA DE BIGOTES

El fin de semana siguiente a la ruptura con Tesa fuimos a una fiesta en la periferia de Montevideo con el Topo y Patricia. Nunca habíamos ido más allá de 8 de Octubre, por lo que Camino Maldonado (la extensión de 8 de Octubre) nos pareció otro país.

Llegamos a la fiesta de Bigotes, el organizador. Solía hacer fiestas de disfraces e imponía su impronta en las mismas, desde la música que se pasaba hasta espectáculos intermedios como concursos de baile y menciones especiales como «Mejor estrategia para levantarse una mina», «Mejor disfraz», y «Mejor paso raro». Todos competían por lograr esos premios. Yo ganaría recién en 2008 "Mejor estrategia para levantarse una mina" con "La Burbuja", consistente en rodear a la mina sin tocarla y simulando estar fuera de una burbuja, mientras le digo "estás en una burbuja, sos intocable, solo vos la podés romper". Cuando salía bien, la mina hacía un gesto como de pinchar la burbuja y allí yo me acercaba triunfante.

Me llegó el dato de estas fiestas por Jomi, quien estaba ahí con su novia Fernanda. El disfraz de Fernanda no hacía más que resaltar unas enormes tetas, preciosas pero algo desproporcionadas respecto de su estatura. Igual sentí un poco de envidia.

Resulta que en el lugar estaba Daia, una amiga de años de Viviana mi antigua novia, que era también compañera del Bigotes en el profesorado de Historia. Siempre le había tenido ganas a Daia. Me encantaba su pelo enrulado, su baja estatura y ese cuerpo con las curvas bien marcadas. Tenía también un cierto aire inocente que me ponía como un fierro. Por supuesto que todo esto fue un sentimiento ultra secreto y nunca demostré siquiera un atisbo de entusiasmo.

La noche transcurrió rodeada de mucho vino. Terminamos todos en pedo y el Topo se enroscó con Patricia. El Topo tiene una personalidad repulsiva pero siempre gana. Yo también gané. Lo que pasó lo escribí al día siguiente en Ardiles Personas:

¿COGEMOS O NO?

Recuerdo esa noche con absoluta claridad. Yo quería un intercambio con Daia si o si, y habíamos tenido un encuentro en la casa de Mori que había terminado en «la próxima nos damos con todo» y yo fui con esa cabeza.

Pero apareció algo que, sin intención, detuvo este encuentro tan planificado. Su amiga Marie, una morocha que no me llamó la atención hasta que sus ojos verdes me penetraron como el más efectivo consolador. Daia no sabía que estaba desechando sus propósitos amatorios al llevar a Marie de colada en la fiesta. Luego del vino y las extrañas vinculaciones entre gente anónima que se anima a salir por un rato de su cáscara, me encuentro con Marie. Yo, con unos tres vasos de vino encima, hablé con ella del modo suelto que concede esta ingesta de líquido violeta, y en un determinado momento, vi que esa sonrisa me empezaba a gustar.

Luego de un parloteo trivial pero interesante, sin darme cuenta, tengo a Marie acorralada contra la pared. Al tomar conciencia de esto, le balbuceo el mejor halago que se le puede hacer a una mujer, y salto con mi lengua turbia e incontrolable en busca de esa otra lengua desconocida, pero familiar en cierto modo perverso.

Luego de un rato de reconocimiento de saliva azul oscura, no aguanto más, y la invito a coger. No me dice nada y procedemos a salir de la casa para buscar un lugar oscuro. A mitad de camino recapacita y se da cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Ahí me di cuenta que no iba a poder bajar esa bombacha fucsia y, luego de un intento de convencimiento, me

resigné. Volvimos a la casa donde se realizaba la fiesta pero no entramos. Nos sentamos en el frente de la casa apoyados en la pared que obviamente daba hacia la calle. En ese momento recién noto que Marie está muy borracha y, casi sin pensarlo, le pido permiso para manosearle los pechos. Ella dice «sí». Quizás en otro momento mi nivel de excitación hubiera llegado a su máximo al toque, pero como yo también estaba borracho, tuve esa actitud típica de alguien en ese estado, que es la de tomar los acontecimientos más locos y delirantes de tu vida como si fueran algo corriente que te sucede todos los días. Y yo tuve esa actitud. Inmediatamente al «si» me apresté a meter mis manos por debajo de su ropa hasta llegar a sus senos que a propósito eran muy suaves y dignos de una chica de veinte. Lo que más me excitaba de la situación no era el estar tocando sus pechos como una mera actividad para mis manos sino el hecho de saber que ella no era de las chicas que usualmente se dejaba manosear. Cada vez que pensaba en eso comenzaba una erección que terminaba en su nuca y ahí bajaba nuevamente. No quería que lo notara porque, aunque parezca mentira, no quería que se diera vuelta y comenzara a chupármela. A pesar de estar manoseando descaradamente aparecía el pudor para no dejarme recibir una buena mamada. Pero estaba feliz. Luego de un buen rato, quise más y comencé a deslizar mi mano por debajo de su pantalón rosado claro, que combinaba perfectamente con la bombacha fucsia. Quería más. Ella se resistió una sola vez. Empecé a acariciarla y ella se empezó a alterar en serio. Era lindo tocarla. Su clítoris era grande y me facilitaba la tarea. Si pasaba un vecino por esa casa, iba a ser una situación muy extraña, pero parecía no importarnos. La conversación íntima que veníamos teniendo cambió por un monólogo de gemidos femeninos y yo, excitado.

Luego de cinco minutos de puro monólogo de gemidos, una palabra se cuela: ¡COGEME! Sin pensarlo le digo que no porque ya la había invitado antes, y además estaba muy cómodo en esa situación. Ella no lo

pregunta dos veces y sigue gimiendo hasta que llega.

Al terminar nos paramos y volvemos a la fiesta como si nada. Yo vuelvo con el vino y ella con sus amigas. 4:30 AM. Jamás volví a verla. Solo quedó su olor en mis dedos.

JUNIO DE 2006

SUPERLABIOS

La mejor de las encargadas, Superlabios, tenía una historia de vida bastante compleja. Un sábado nos contó una buena parte. Vivía en una de las viviendas del Euskalerría sola desde hacía años. Cada tanto llevaba tipos pero siempre los echaba antes de quedarse dormidos. Fanática de Sonora Borinquen, tenía un hermano que trabajaba como portavalor. Había en su cara una huella de algún desamor jodido, violento. Tenía severos problemas de salud aunque solía restarles importancia. Hablaba del pedacito de útero que le quedaba con el mismo tono con el que podría hablar de los defectos de su lavarropas.

—¿Y vos no tenés novia? —me pregunta de sopetón.

—Y, no...

—Cómo que «y, no...» ¿Por qué lo decís así como resignado?

—Y... mirame la cara —respondo sabiendo que estaba en uno de esos días terribles de acné agravado en cara y cuello.

—Ta, pero las mujeres no miran eso. Mirá que cuando nos enamoramos vemos más allá de esas boludeces.

—Ta bien. Mi amigo acá abajo piensa distinto y se basa en la experiencia —dos años de trabajar juntos genera este tipo de confianza con la jefa.

—¡Jaja!

—Pero igual estoy de acuerdo con lo que decís. Yo sé que algún día va a aparecer una que no se va a fijar en esto y va a escarbar un poco más. Tenés razón. Por eso digo siempre que sos la mejor encargada.

—Jaja, dale alcahuete, andá a laburar.

—En realidad vine a la oficina para avisarte que dentro de poco me voy.

—Uh, ¿y eso?

—Es que ya está. Siento que no puedo aprender ni progresar más; no tengo más ambiciones acá. Me voy para buscar algo nuevo, nada más.

—Bueno. ¿Y cuándo tenés pensado irte?

—En julio. Pero te aviso ahora un par de semanas antes para que puedas preparar a alguien más con los recorridos y los cierres.

—Ok, bien. Yo aviso y que vayan tramitando la liquidación.

Esa noche, como tantas otras, me puse a navegar por foros porno. Al entrar a una de las tantas publicaciones llamada PAJA ASEGURADA, me encuentro nada menos que con el tan deseado video de las tetas de Fabiana desde arriba. El tan anhelado video estaba ahora delante de mis ojos y era hermoso, celestial. Lo tuve que descargar. A 3,5 kilobytes por segundo iba a estar un buen rato. En casa había un plan de internet de veinte horas mensuales y tuve que agotar las que me quedaban por ese video. Por suerte era el único en casa que usaba internet.

Julio de 2006

PLAN «COMMANDO»

Últimos días en PROVAL. Se sentía raro. «No voy a tener que venir más acá» pensaba. Ahora sé por qué cuesta tanto cambiar: es muy difícil. ¿Por qué cambiar de liceo no me costó tanto como esto? Se ve que de adolescentes estamos más preparados para lo sorpresivo y cambiante pero ya de grande es mucho más complicado. Definitivamente no me gustan los cambios.

Me iba a ir el viernes de la primera semana de julio, así tenía el resto del mes para ver el mundial de Alemania. El miércoles de esa semana, a eso de las 18:15, estaba haciendo el cierre del primero de los tres cajeros que solía cerrar todos los días. Lo cerré, lo lleve a la microficina, volví, tomé otro cajero y volví a mi cubículo. Me senté, abrí el primer sobre que tenía un fajo gruesísimo de billetes de mil pesos. Según el sobre eran cincuenta y siete mil pesos. Mientras los contaba escucho:

—¡MARCEEEELOOOOO!

Me puse todo colorado. Nunca Aldana me había gritado tan fuerte. Me levanté, fui hasta la microficina y me acerqué a ella que estaba con la cara brillante de grasa, como si hubiese pasado el día entero haciendo tortafritas:

—¿Qué pasó? —pregunté con sorpresa.

—Esto está todo mal sumado.

—¿Cómo?

—¡Mirá! —me puso la planilla de cierre casi pegada a la cara.

Tomé la planilla, volví a mi lugar, revisé. Mi respiración era corta y el corazón latía como el de una ardilla. «¡La puta madre!», otra vez el problema del cinco que parece un cuatro. Me levanté, me dirigí a la microficina, me acerqué a Aldana:

—Mirá, es este cinco que se puede confundir con un cuatro.

—Bueno, tratá de escribir los números bien claros porque yo no puedo estar adivinando qué son estos ganchos.

—Ok.

Volví a mi lugar. Empecé con el segundo cajero. Era de esos cajeros excepcionales que había que cerrar temprano sí o sí porque había un par de procesos posteriores que se les hacía. Siempre estaba cargado de sobres, lleno de plata. Empecé a contar la plata. Ya lo había hecho mil veces ese cajero, estaba acostumbrado. Terminé de contar los cerca de quinientos mil pesos en depósitos y empecé a llenar la planilla con el balance. Me faltaban catorce mil pesos. «¡La puta madre!» Conté todo de nuevo. Me tomó como siete minutos. Otra vez la misma suma. Se acercaba la hora de mandar el cajero cerrado y me seguían faltando los catorce.

—¡MARCEEEEELOOOOO!

—Voy.

No encontraba la diferencia por ningún lado. Tomé el rollo de auditoría que larga el cajero y empecé a mirar los movimientos para ver la cantidad de depósitos hechos y ver si no faltaba un depósito de catorce mil pesos. Eso era lo más probable. Pero era una tarea que tomaba un rato. Ocho minutos después:

—¿Y? —parada al lado de mi cubículo.

—Estoy buscando la diferencia —ya estaba colorado de nuevo y las axilas empapadas. Estaba hediendo mal.

—Bueno dale, que estamos en la hora.

—Pero si es un sobre que no está no tengo la culpa. Yo conté bien.

—Vos sabés que este cajero hay que entregarlo en hora.

—Pero te estoy diciendo que yo conté bien. Falta un sobre.

—¿Lo encontraste?

—No, pero estoy seguro que es eso.

—No me digas que falta un sobre si todavía no lo encontraste. Aún puede ser que hayas contado mal.

—Ah, te encantaría que fuese eso, ¿no?

—¿Cómo?

—...

—¿Qué dijiste atrevido?

—Ya lo dije. Gente sorda acá no hay.

—¡Pero qué chiquilín atrevido! Dale, apurate que estamos en la hora.

—¿Por qué no buscás vos la diferencia si andás tan bien, eh?

Agarré los 506.340 pesos en billetes con las dos manos y se los arrojé en un arrebato de furia que pocas veces había tenido. Yo estaba todo colorado, hediondo y con los ojos llorosos, pero con ese acto sentí que mi dignidad prevalecía en esa batalla. En ese momento se enlenteció el tiempo y comencé a ver todo en *slow motion*: los billetes en el aire, Aldana toda colorada en furia, los demás con sus bocas formando una O y el sonido de los tubos de luz que se volvió más grave. Me paré y me alejé de la lluvia de billetes. Fui al cuartito donde teníamos nuestras cosas y tomé mi mochila. Me fui hasta la puerta, la abrí y salí. Fui hasta la segunda puerta que da al depósito de los blindados, trancada como siempre. Toqué timbre esperando que me abrieran. Sonó pero la puerta no se abría. Toqué de nuevo el timbre. Volvió a sonar pero no pude abrir. «¡La puta madre!». Tuve que esperar a que fueran a abrirme y mi salida gloriosa se apañó. Pasaron unos treinta segundos hasta que se abrió la primera puerta y de ahí salió Aldana, con cara de tener claro lo que me iba a decir. Se acercó despacio con la llave para abrir manualmente. Destrabó la puerta, la abrió, se acercó a mi oído y me dijo:

—No te quiero ver nunca más por acá, ¿me oíste?

No le respondí, solo la miré un milisegundo con cara de póquer y me fui. Fin de mi relación con PROVAL.

Yendo para mi casa, mientras pensaba en todo esto, me empecé a agitar. Tuve que dejar de caminar y apoyarme contra el muro de una veterinaria. Miré hacia la vidriera y un loro me miraba fijo. Bajé la cabeza unos segundos, la volví a levantar y el loro seguía con la mirada inmóvil. Cuando me preparaba para seguir escuché «no te vayas de ahí, ¡boludo!». Sacudí la cabeza y seguí mi camino. Tal vez el mundo me daba señales de que tomaba la decisión equivocada. Supongo que es lo que le pasa a todos los que hacen un cambio de este tipo, y a los que leen a Paulo Coelho y creen en eso de la conspiración del universo y las señales.

Al llegar al cruce de 18 de Julio y Pablo de María, a la altura del *McCarro*, me encontré con Noelia, la Amarga. Cada tanto pensaba en ella y justo ahí estaba.

—Hola, ¿qué hacés? —me pregunta.

—Todo bien. ¿Vos?

—Bien.

—¿En qué andás? —pregunto rápido para seguir la charla.

—Estoy yendo a Humanidades.

—¿Sí? ¿Qué estás haciendo?

—Ciencias de la Educación.

—¿En serio?

—Sí. ¿Por?

—Yo estudié Ciencias de la Educación. No suelo encontrar gente que quiera estudiar eso.

—Jaja. No, siempre quise hacer eso, desde que estaba en el liceo y veía unos libritos que me daban mis viejos de todas las carreras y cursos que había para hacer. Lo tenía decidido de hace tiempo. Cuando les dije, me preguntaron qué era, si tenía salida laboral.

—Ah, sí ...nadie sabe de qué se trata.

—¿Viste?

—Bueno, tal vez seamos compañeros. Yo me anoté para cursar un par de materias.

—¿Sí? Qué bien.

—Che, y ¿cómo está Cantidades?

—Supongo que bien. Hace tiempo que no lo veo.

—¿Qué pasó?

—Que es un desbundado y un tarado. Eso pasó. Me enteré de que me dicen la Amarga por cosas que él estuvo diciendo de mí. ¿Vos sabías que me decían así?

—Eh, bueno... sí, pero no te conocía lo suficiente como para hablarte de eso. Lo único que te puedo decir es que me pareció cualquiera que te llamaran así, pero ta...

—Todo bien.

—¿Te acompaño a la facultad?

—Bueno.

FIN

Se terminó de imprimir en La
Imprenta Ya SRL, Hipólito
Bouchard 4381, Munro,
Provincia de Buenos Aires,
en febrero de 2017.